Jack Vance
El Planeta Grande



LIBRO dot.com

http://www.librodot.com

1 — SABOTAJE

Hacíase llamar Arthur Hidders, vestía ropas al estilo terráqueo y, salvo el largo de su cabello y sus grandes mostachos retorcidos, parecía ser natural de la Tierra. De un metro noventa de estatura, era delgado, de facciones delicadas y cabeza algo grande.

Apartando la vista del ojo de buey por el que contemplaba el espacio, miró a Eli Pianza con expresión ingenua, casi infantil.

—Muy interesante... ¿pero no es un tanto fútil?

—¿Fútil? —dijo Pianza con gran dignidad—. No acierto a comprender.

Hidders abrió los brazos al tiempo que replicaba:

—La Central-Tierra ha mandado comisiones al Planeta Grande desde hace quinientos años y una vez cada generación. A veces regresan con vida sus componentes, pero con más frecuencia no vuelven. En cualquiera de los casos, no se consigue nada, unos pocos investigadores pierden la vida, se gasta mucho dinero, los habitantes del planeta se ponen furiosos y las cosas siguen como hasta ahora.

—Lo que dice usted es verdad —asintió Pianza—, pero esta vez quizá, resulten de otro modo las cosas.

Hidders enarcó las cejas y encogióse de hombros.

—¿Acaso ha cambiado el Planeta Grande... o la Central-Tierra?

El otro miró a su alrededor con cierta desconfianza. Se hallaban en la sala de descanso, la que estaba desierta, excepción hecha de una Hermana del Socorro que estaba sentada completamente inmóvil, como si estuviera entregada a la meditación.

—Las condiciones son diferentes, muy diferentes —expresó—. Las comisiones anteriores fueron enviadas para... En fin, digamos que las mandaron para aplacar las conciencias terráqueas. Sabíamos que en el Planeta Grande imperaba el asesinato, la tortura y el terror, y comprendíamos que debía hacerse algo. —Sonrió melancólicamente—. Ahora hay algo nuevo en el planeta: el Bajarnum de Beaujolais.

—Sí, sí. A menudo he viajado por sus dominios.

—Pues bien, en el Planeta Grande debe haber centenares de gobernantes no menos crueles, arrogantes y arbitrarios; pero el Bajarnum, como sin duda sabrá usted, está extendiendo su imperio y su campo de actividades, y no sólo en su planeta.

—¡Ah! —dijo Hidders—. De modo que vienen a investigar a Charley Lysidder, ¿eh?

—Sí, así podría decirse, y esta vez tenemos autoridad para obrar enérgicamente.

En ese momento entró en el salón un hombre moreno, de estatura mediana, musculoso y de movimientos ágiles. Era Claude Glystra, director de la comisión, quien paseó la mirada por el recinto con expresión fría y recelosa. Después acercóse a Hidders y Pianza que estaban junto al ojo de buey y señaló hacia el llameante sol amarillo que se veía en el espacio.

—Allí tenemos a Fedra. Dentro de unas horas estaremos en el Planeta Grande.

Se oyó entonces el resonar de un gong.

—El almuerzo— dijo Pianza, levantándose con un suspiro de alivio.

Glystra salió a la cabeza del grupo, deteniéndose a la puerta para permitir que se le adelantara la Hermana del Socorro con sus amplios ropajes negros.

—Extraña criatura— murmuró Pianza. Glystra soltó una risita.

—En el Planeta Grande no hay más que gente extraña; por eso viven allí —dijo—. Si quiere convertirlos a todos, nadie le negará el privilegio de intentarlo, y salvo su manera de vestirse, diría que lo que tiene de extraño haría honor a cualquier planeta.

Asintió Hidders con gran seriedad. Las Hermanas del Socorro, corno las antiguas Hermanas de la Merced, habíanse ganado una reputación muy honrosa y merecida en todos los mundos civilizados.

—Hay una democracia perfecta en el Planeta Grande, ¿en, señor Glystra? —

comentó.

Pianza les escuchaba expectante, pues Glystra jamás callaba lo que pensaba, y esta vez no defraudó sus esperanzas.

—Perfecta anarquía, señor Hidders —fue la respuesta del jefe.

En silencio descendieron la escalera de caracol que conducía al salón comedor y fueron a sentarse. Uno por uno entraron los otros miembros de la comisión: Primero Roger Fayne, corpulento y rubicundo; luego Moss Ketch, moreno y de saturnina expresión; después Steve Bishop, el más joven de todos, individuo atento, con el cerebro lleno de erudición y víctima de una hipocondría tenaz. Satisfacía al uno con una biblioteca portátil en microfilm y a la otra con un botiquín también portátil. Tras él, y cerrando la marcha, se presentó Bruce Darrot, erguido y de apostura militar, de pelo rojizo y labios casi siempre apretados como para contener palabras airadas que estuvieran a punto de aflorar a ellos.

La hora del almuerzo transcurrió con placidez, aunque se notaba cierta tensión que persistió y fue acreciendo durante el resto de la tarde a medida que el gran disco del Planeta Grande se iba ensanchando ante los ojos de todos.

De pronto se sintió un sacudón al que siguió un cambio perceptible de rumbo. Glystra apartóse del mirador y en ese momento parpadearon las luces, se apagaron y volvieron a brillar ahora con menos brillantez que antes. Glystra corrió por la escalera hacia el puente de mando. En el rellano superior se encontró con un hombre bajo que lucía uniforme de a bordo. Era Abbigens, el radiooperador y mayordomo.

—¿Qué sucede? —le preguntó Glystra en tono perentorio—. ¿Qué ha pasado?

—No lo sé, señor Glystra. Yo mismo quise entrar, pero la puerta está cerrada con llave.

—¡La nave parece sin gobierno y como si fuéramos a chocar contra el planeta!

—No se aflija por eso, señor Glystra. Tenemos el equipo automático de aterrizaje que nos sacará del aprieto. Quizá, haya un sacudón, pero no pasará nada grave si nos quedamos tranquilos en el salón.

Así diciendo, tomó del brazo a Glystra, pero éste la apartó bruscamente y volvió de nuevo hacia la puerta, la que era tan sólida como el resto de la mampara de metal.

Descendió entonces por la escalera con gran premura, riñéndose por no haber tomado precauciones para un caso de esa naturaleza. Eso de descender en el Planeta Grande en un lugar que no fuera el ocupado por la Junta Terrestre significaría para ellos una tragedia sin remedio, Al detenerse a la puerta del salón oyó el murmullo de voces y vio los rostros pálidos vueltos hacia él: Fayne, Darrot, Pianza, Bishop, Ketch, Hidders y la hermana; allí estaban todos.

Corrió entonces hacia la sala de máquinas y pudo abrir la puerta sin dificultad, pero enseguida le salió al paso Asa Elton, el ingeniero jefe.

—Tenemos que llegar a los salvavidas— gritó Glystra.

—No hay ninguno.

—¿No hay ninguno? ¿Qué ha sido de ellos?

—Los despidieron al espacio. No nos queda otra alternativa que quedarnos a bordo.

—Pero el capitán, el piloto...

—No contestan el teléfono.

—¿Pero qué ha sucedido?

La respuesta de Elton quedó ahogada por el resonar de una sirena que se oyó en toda la nave.

Abbigens entró entonces en el salón, miró a su alrededor con aire triunfal e hizo una señal de asentimiento. Glystra volvió la cabeza, de inmediato, pero no vio otra cosa que un mar de caras pálidas y bocas abiertas. Después se presentó a sus ojos otro espectáculo que jamás olvidaría: se abrió la puerta y entró el piloto con una mano sobre la garganta

mientras que con la otra señalaba a Abbigens. De pronto se le llenaron de sangre los labios, dobló las rodillas y desplomóse al suelo.

Glystra miró fijamente al hombre de pelo rubio y el uniforme de radiooperador.

Hubo unas sombras oscuras que pasaron más allá de los ojos de buey; después un crujido ensordecedor y se abrió en dos el piso del salón.

Claude Glystra recobró el conocimiento poco a poco, abrió los ojos y reaccionó su cerebro ante lo que veía.

Se hallaba tendido sobre un lecho bajo en la parte posterior de una casa de madera. Con gran premura levantóse sobre un codo para mirar hacia la puerta abierta y experimentó entonces la impresión de estar observando el espectáculo más maravilloso que viera en su vida.

Tenía frente a sí una ladera verdosa, salpicada de flores amarillas y rojas, y cuya elevación la llevaba muy suavemente hacia una selva. Por entre el follaje pudo ver los tejados rojos de las casas de una aldea y todo el paisaje estaba bañado por un resplandor dorado que hacía brillar cada color con extraordinaria viveza.

Tres mujeres jóvenes ataviadas con vestidos de paisana se presentaron dentro de su radio visual, danzando alegremente. Glystra oyó entonces la música de una concertina, el mandolín y una guitarra.

Después llegó a sus oídos el rumor de pasos y vio entonces a Pianza y Roger Fayne que entraban en la casa. Tras ellos presentóse una joven de rostro sonrosado y trenzas rubias como el oro con una bandeja en las manos.

De nuevo se incorporó Glystra sobre un codo y Pianza le dijo enseguida:

—Quédese acostado, Claude. No olvide que está enfermo.

—¿Murió alguien? —quiso saber el jefe.

—Los mozos que se habían ocultado en el casco. También la hermana. Parece que se fue a su cabina un momento antes de la caída, y la cabina está ahora a seis metros de profundidad. En cuanto al capitán y al piloto, los habían asesinado.

Glystra cerró los ojos.

—¿Cuánto tiempo ha pasado? —inquirió.

—Cuatro días.

—¿Y qué ha sucedido?

—La nave está perdida —expresó Fayne, acercando una silla para sentarse—. Se rompió en tres partes y es una maravilla que nos salváramos.

La joven puso la bandeja sobre la cama, arrodillóse y se aprestó a dar de comer al enfermo.

—¿Esto es lo que han estado haciendo? —preguntó Glystra.

—Teníamos que cuidarle —explicó Pianza, tocando la cabeza de la joven.

—Esta señorita es Natilien-Thilssa, y la llamamos Nancy para abreviar. Es una enfermera excelente.

Fayne hizo un guiño a su jefe.

—¡Qué hombre de suerte!

Glystra apartó la cara al ver la cuchara que avanzaba hacia sus labios.

—Puedo comer solo —declaró, y volvióse hacia Pianza—. ¿Dónde estamos, Eli?

—En la aldea de Jubilith —contestó el otro, frunciendo levemente el ceño—, cerca del límite noreste de Beaujolais.

Glystra apretó los labios.

—No podría ser peor. Me extraña que no nos hayan aprisionado ya.

Pianza miró hacia la puerta al responder:

—Estamos algo aislados y, por supuesto, no hay comunicaciones. Eso sí, admito que

nos sentimos un poco nerviosos.

De nuevo acudió a la memoria del jefe la escena en el salón de la nave.

—¿Dónde está Abbigens? —exclamó.

—¿Abbigens? Desapareció.

Glystra soltó un denuesto ahogado.

—¿Por qué no lo mataron?

Pianza meneó la cabeza sin saber qué decir, mientras que Fayne respondía:

—Se nos escapó.

—Había algún otro — dijo Glystra, con voz débil.

Eli Pianza inclinóse hacia adelante, mirándole con gran fijeza.

—¿Otro? —exclamó—. ¿Quién?

—No sé. Abbigens mató al capitán y al piloto; el otro descompuso los motores y despidió los botes salvavidas.

Movióse en el lecho, algo agitado, mientras que la joven le ponía una mano sobre la frente.

—He estado cuatro días sin sentido. ¡Extraordinario!

—Le hemos administrado sedativos para que reposara —le dijo Pianza—. Durante un tiempo estuvo como enloquecido.

2 — UN PASEO DE SESENTA MIL KILÓMETROS

A pesar de que Nancy se esforzaba por contenerle, Glystra sentóse en el lecho y se tocó la nuca. Luego quiso ponerse de pie, y Fayne se levantó de un salto al tiempo que exclamaba:

—¡Cálmese, Claude, por favor!

—Tenemos que irnos de aquí lo antes posible —repuso Glystra—. Piensen un poco. ¿Dónde está Abbigens? Se ha ido a dar su informe a Charley Lysidder, el Bajarnum,

Fue hacia la puerta y se paró a la luz dorada del sol, observando el panorama que se presentaba a su vista. Pianza le llevó una silla y el jefe dejóse caer en el asiento.

La casita, la selva y la aldea se hallaban situadas sobre una ladera tan vasta como no podía haber otra en la Tierra. Arriba no podía Glystra ver la línea terminal de la montaña, pues la tierra se iba desdibujando lentamente hasta perderse en una lejanía remotísima.

Fayne extendió sus brazos al tiempo que decía:

—Aquí voy a venir a pasar mi vejez. No deberíamos haber dejado el Planeta Grande para los fenómenos.

Nancy entró en la casa con la cabeza en alto.

—Seguro creyó que la incluía a ella entre los fenómenos —rió Fayne.

—No llegará a viejo si no nos vamos de aquí —le dijo Glystra—. ¿Dónde está la nave?

—A cierta distancia de aquí, allá en la selva.

—¿Y estamos lejos de Beaujolais?

Fayne tendió la vista hacia el sudoeste en dirección a lo alto de la ladera.

—Los límites de Beaujolais son muy vagos — dijo —. Al otro lado de la cumbre de esta cuesta hay un valle profundo, aparentemente volcánico y lleno de manantiales calientes, fuentes sulfurosas y otras cosas por el estilo, según me han dicho. Es el valle de los Sopladores de Vidrio. El año pasado fue allí el Bajarnum con sus tropas y ahora el valle pertenece a Beaujolais. Hasta el momento no ha mandado a Jubilith ningún representante ni cobradores de impuestos, pero aquí los esperan en cualquier momento, junto con una guarnición.

—¿Por qué una guarnición? ¿Para cuidar el orden?

—Para protegerlos de los nómades cazadores de esclavos —dijo Fayne, indicando la parte inferior de la cuesta con un ademán—. Les llaman gitanos.

El jefe se puso a mirar la aldea.

—No parecen haber sufrido mucho —murmuró—. ¿A qué distancia está Grosgarth?

—Según calculo, a trescientos kilómetros hacia el sur, y por la cuesta a unos ochenta kilómetros de aquí, hay una guarnición en un pueblo llamado Montmarchy.

—Ochenta kilómetros. —Glystra meditó un momento—. Probablemente hacia allí se dirigió Abbigens...

Se interrumpió para mirar a su interlocutor con expresión inquisidora al oír un ruido metálico procedente de la selva.

—Están desarmando la nave. Jamás han visto tanto metal en sus vidas. Parece que los hemos convertido en millonarios.

—Hasta que el Bajarnum lo confisque todo —dijo Fayne.

—Tenemos que irnos —gruñó el jefe, moviéndose inquieto en su silla—. Debemos llegar a la Junta de algún modo...

—Está al otro lado del planeta —le advirtió Pianza—. A sesenta mil kilómetros de aquí.

Glystra se puso de pie con cierta dificultad.

—Es necesario escapar de aquí, Eli; estamos demasiado expuestos. Si nos atrapan,

Lysidder hará un ejemplo de nosotros... ¿Dónde están los demás?

—Nos han dado una casa grande — expresó Pianza, indicando la aldea—. Hidders se ha ido.

—¿Se ha ido? ¿Dónde?

—A Grosgarth. Dice que tomará una barca hasta el Golfo Marwan para unirse a una de las caravanas que van por la costa hacia Wale.

—¡Hum! Los mozos muertos, el capitán y el piloto también, lo mismo que la monja. Abbigens y Hidders se han ido—. Glystra contó con los dedos—. Quedamos entonces ocho: la comisión y dos oficiales de la sala de máquinas. Convendría que los trajera a todos aquí para que sostengamos una conferencia.

Con expresión preocupada observó Glystra a sus dos compañeros que ascendían por la cuesta hacia la aldea, después se puso a mirar hacia abajo. En caso de acercarse durante el día, los soldados de Beaujolais serían visibles desde varios kilómetros de distancia. Glystra se alegró de que el planeta no tuviera una estructura metálica, pues al no haberla no existían maquinarias ni electricidad, y, por consiguiente, eran imposibles las comunicaciones a larga distancia.

De la casa salió Nancy, quien se había cambiado el vestido celeste de paisana por un traje enterizo a cuadros rojos y anaranjados que resultaba muy llamativo. Cubría su cabello un gorro ajustado.

Glande Glystra quedóse mirándola con gran interés mientras que Nancy giraba frente a él y hacía una graciosa pirueta.

—¿Todas las jóvenes de Jubilith son tan hermosas como usted? —le preguntó él.

Sonrió ella, elevando su rostro hacia el sol.

—No soy de Jubilith —repuso.

—¿Sí? ¿De dónde es?

La joven señaló hacia el norte.

—De la Selva Veillevaux. Mi padre tenía el don de la profecía, y desde largas distancias llegaba la gente a interrogarle sobre el futuro. Mi padre se hizo rico y me enseñó oficios. Yo viajé a Grosgarth, Calliope y Wale, así como por los Canales Stemvelt como trovadora, con otros artistas. Vimos muchas ciudades y castillos. —Se estremeció débilmente—. También vimos cosas muy malas, en Glaythree, por ejemplo... —Afloraron las lágrimas a sus ojos y agregó en tono apesarado—: Al volver a la Selva Veillevaux encontré la ruina y la desolación. Los gitanos del Páramo Norte habían atacado la aldea y quemado mi casa con toda mi familia dentro. De allí me vine a Jubilith para aprender a bailar y olvidar mi profunda pena...

Glystra la miró con atención, notando sus facciones movedizas, los ojos llenos de luz, la voz argentina, y aquellos labios quo en ningún momento estaban en reposo.

—¿Y por qué fue que la eligieron para cuidarme? —preguntó. La joven se encogió de hombros.

—Soy extranjera y conozco los métodos de Grosgarth, algunos de los cuales fueron aprendidos en libros de la Tierra. *Naisuka*.

La miró él con expresión intrigada al tiempo que repetía la palabra.

—¿Qué significa? —quiso saber.

—Es una palabra de Beaujolais y sirve para nombrar a las personas que quieren hacer cosas sin razón alguna.

Él señaló hacia la parte inferior de la cuesta.

—¿Qué país es el de allá abajo?

Se volvió ella.

—Los terrenos de Jubilith terminan en el Bosque Tsalombar. —Indicó una línea de árboles muy lejana—. Allí viven los hombres de los árboles.

Arriba en la aldea aparecieron los terráqueos y Glystra les observó acercarse sin ver en ninguno de ellos la menor expresión culpable. Sin embargo, alguien había ayudado a. Abbigens y algún otro arruinó las máquinas de la nave. Claro que bien podría haber sido Arthur Hidders, el que ya no estaba con ellos.

—Siéntense —les invitó, y cuando lo hubieron hecho manifestó—: Compañeros, estamos en un aprieto serio, aunque supongo que no necesito decirlo.

No le respondió nadie.

—Somos náufragos sin posibilidad alguna de obtener ayuda de la Tierra. En lo que respecta a superioridad técnica, no estamos mejor que las gentes de la aldea. Quizás estemos peor, pues ellos entienden sus herramientas y materiales, mientras que nosotros no. Si dispusiéramos de un tiempo ilimitado tal vez podríamos armar un aparato de radio y llamar a la Junta, pero no tenemos tiempo para ello; en cualquier momento podrían llegar soldados que nos lleven a Grosgarth... Nos queda una sola posibilidad, y es la de salir de Beaujolais y alejarnos a toda prisa.

Hizo una pausa para contemplar a sus oyentes. Pianza le miraba serio, Fayne tenía el ceño fruncido, Ketch jugueteaba con un trozo de piedra. La cara de Bishop indicaba preocupación, Darrot pasábase una mano por el pelo mientras decía algo por lo bajo a Ketch, quien asintió. Elton, el jefe de máquinas, parecía no prestar atención.

Vallusser, el segundo jefe, miraba a Glystra como si fuera éste el causante de sus dificultades.

—¿Qué pasará cuando escapemos? — preguntó—. ¿Dónde iremos? Allá no hay nada más que salvajes —Indicó la parte inferior de la cuesta—. Nos matarán o nos convertirán en esclavos.

Glystra se encogió de hombros.

—Usted puede hacer lo que quiera y salvarse como pueda. Por mi parte sólo veo una escapatoria. Es dura y peligrosa, quizás imposible, y creo que no todos lograremos llegar; pero para poder salvar la vida hemos de intentar el viaje hacia la Junta Terráquea. Es la única salvación.

—Me parece bien y lo apruebo —declaró Fayne—. ¿Cómo lo nacemos?

—Con el único medio de locomoción que tenemos —sonrió Glystra—. A pie.

—¿A pie? —exclamó Fayne.

—Me parece una caminata muy larga —murmuró Darrot.

—Sería inútil querer engañarnos —adujo el jefe—. Sólo tenemos una posibilidad de volver a la Tierra, y depende de que lleguemos a la Junta Terráquea.

—¡Pero sesenta mil kilómetros! —protestó Fayne con voz quejosa—. Soy demasiado pesado para darle tanto trabajo a mis piernas.

—Recogeremos animales de carga —dijo el jefe—. Los compraremos o robaremos.

—¡Pero son sesenta mil kilómetros!

Asintió Glystra.

—Es un viaje largo; pero si hallamos algún río apropiado, podremos navegar, o quizá podríamos desviarnos hasta el Océano Negro, buscar un barco y viajar siguiendo la costa.

—Imposible —objetó Bishop—. La Península Australiana se extiende hacia abajo y describe una curva en dirección al este. Tendríamos que esperar hasta llegar a Henderland, ir entonces hacia abajo, rodear la Cordillera Blackstone hasta el Parmarbo, y, según el Almanaque del Planeta, el Parmarbo no es navegable a causa de los arrecifes, piratas, anémonas carnívoras y huracanes semanales.

Roger Fayne dejó escapar un gemido. Glystra oyó que Nancy reía por lo bajo y se volvió hacia ella, poniéndose de pie. Pianza le miraba con expresión dubitativa.

—¿Corno se siente, Claude?

—Estoy algo débil, pero mañana estaré como nuevo. No tengo nada que el ejercicio

no pueda curar. De una cosa podemos estar agradecidos.

—¿De qué? —preguntó Fayne. El jefe le indicó los pies.

—Tenemos buenas botas, impermeables y casi eternas. Nos harán mucha falta.

—Supongo que adelgazaré un poco —dijo Fayne, mirándose el abdomen.

—¿Alguna idea? —preguntó Glystra a todos en general—. ¿Usted, Vallusser?

—Voy con ustedes —fue la respuesta.

—Magnífico. El programa es el siguiente: Debemos preparar un bulto para cada uno. Tendríamos que llevarnos todo el metal que nos sea posible cargar, pues tiene mucha importancia en este planeta. Cada uno de nosotros podría portar siete u ocho kilos. Lo mejor serían herramientas y cuchillos, pero supongo que llevaremos lo que podamos sacar de la nave. Después harán falta dos cambios de ropa para cada uno. Un mapa del planeta si lo hay, una brújula... Conviene que cada uno se busque un buen cuchillo, una manta y, lo que es más importante, armas portátiles. ¿Ha examinado alguien la nave?

Elton introdujo la mano bajo su camisa y sacó una pistola de rayos.

—Esta era del capitán. Me la apropié.

—Yo tengo las dos mías —dijo Fayne.

—Debe haber una en mi cabina de la nave —expresó Pianza—. Ayer no hubo manera de entrar, pero quizá pueda hacerlo hoy.

—Hay otra en la mía —manifestó Glystra.

Los siete hombres marcharon cuesta arriba hacia la selva de árboles de sedoso follaje azulado. Glystra los observó desde la puerta.

—Ahora conviene que duerma —le dijo Nancy, poniéndose de pie.

Entró él y acostóse en el lecho. Nancy se quedó un momento mirándolo.

—Claude Glystra.

—¿Qué?

—¿Puedo ir con ustedes?

La miró él con asombro.

—¿Ir adónde?

—Dondequiera que vayan.

—¿Al otro lado del Planeta?

—Sí.

Glystra negó con la cabeza.

—Moriría con el resto de nosotros. Hay una sola posibilidad en mil.

—No me importa; se muere una sola vez... y quisiera ver la tierra. He andado por todas partes y sé muchas cosas...

El jefe se puso a pensar, pero el cansancio le impidió coordinar bien sus ideas. Algo marchaba mal. La miró a los ojos y la vio sonrojarse.

—Se ruboriza usted con facilidad — le dijo.

—Soy fuerte. Puedo trabajar tanto como Ketch o Bishop.

—Una joven bonita podría causar dificultades.

Ella se encogió de hombros.

—Hay mujeres en todas las regiones del Planeta Grande.

Glystra volvió a echarse sobre el colchón, meneando la cabeza.

—No puede ir con nosotros, Nancy.

—Dígales que soy el guía. ¿No me deja ir hasta la selva?

—Bueno, pero sólo hasta la selva.

3 — LA PARTIDA

Glystra durmió un par de horas y el reposo le hizo mucho bien. Cuando despertó, el sol de la tarde lanzaba sus oblicuos rayos por la puerta, tiñendo de amarillo todo el interior de la casa. Cuesta arriba continuaba la fiesta en la aldea con tanto entusiasmo corno antes. Hileras de hombres y mujeres jóvenes, con atuendos tan llamativos como el de Nancy, bailaban sin cesar, riendo en todo momento. A los oídos de Glystra llegaron los acordes de una contradanza ejecutada con violines, concertinas, guitarras y otros instrumentos de cuerda.

Pianza y Darrot se asomaron a la puerta.

—¿Ya está despierto, Claude? —preguntó el primero. El jefe se sentó en el lecho.

—Estoy como nuevo —declaró al ponerse de pie y desperezarse, comprobando que casi no le dolía la cabeza—. ¿Todo listo?

—Sí, y ya podemos partir. Encontramos su pistola de rayos y una calórica que pertenecía al piloto. —Miró a Glystra de soslayo—. Tengo entendido que Nancy ha sido incluida en la expedición.

—No. Le dije que podía ir con nosotros hasta la selva que está a dos o tres horas de camino.

Pianza le miró dubitativamente.

—Se ha preparado una mochila; dice que va con nosotros.

Darrot meneó la cabeza al tiempo que decía:

—No me gusta, Claude. Esta aventura no es para mujeres. Su presencia provocará fricción, inconvenientes...

—Pero ella ya está preparada —dijo Pianza.

—Si nos sigue a cien metros de distancia, no veo cómo puedo impedírselo sin apelar a la violencia —arguyó el jefe.

—Bueno, naturalmente... —murmuró Pianza. Darrot se mostraba dubitativo.

—Ha viajado mucho y estado en Grosgarth. ¿Y si es un agente secreto del Bajarnum? Tengo entendido que están por todas partes, aun al otro lado del planeta y hasta en la Tierra.

—Es posible. Que yo sepa, hasta usted podría ser agente del Bajarnum. Alguno lo es.

Darrot lanzó un resoplido, dándole la espalda.

—No se aflija —le dijo Glystra al tiempo que le daba una palmada en el hombro—. Cuando lleguemos a la selva, la mandaremos de regreso.

Así diciendo, fue hacia la puerta y salió de la casa.

—Bishop ha logrado sacar el botiquín de primeros auxilios de la nave y todas sus píldoras alimenticias y de vitaminas —expresó Pianza—. Pueden resultarnos útiles; no siempre obtendremos comestibles de calidad.

—Magnífico.

—Fayne encontró su equipo de acampar y nos llevaremos la cocinilla y el purificador de agua.

—¿Hay cargas de repuesto para las pistolas de rayos?

—No.

—Eso es malo —Glystra meditó un momento—. ¿Hallaron el cadáver de la monja?

—No.

—Lamentable —murmuró el jefe, aunque no lo sentía realmente. Al fin y al cabo, la mujer casi no había existido para él y sólo había atisbado su rostro muy a la ligera, notando más sus negras vestiduras, el capuchón y su aire constantemente abstraído. De la aldea llegaron los terráqueos rodeados por los bailarines que le seguían sin prestar atención más que a sus propios movimientos llenos de ritmo. Eran Ketch, Elton, Vallusser, Fayne,

Bishop... y Nancy, quien se mantenía algo alejada, observando el baile con aire de sereno desapego, como si hubiera renunciado ya a los lazos que la ligaban a Jubilith.

Glystra contempló de nuevo los alrededores y la luz algo más dorada del sol que lo bañaba todo. Detrás de él formaban los bailarines grupos de cinco, girando y levantando sus piernas al compás de la música. Mirando hacia la parte de abajo de la vasta cuesta, el jefe sintióse de pronto desfallecer ante la inmensidad del viaje que lea esperaba. Jubilith parecíale cálido y acogedor, casi como su propio hogar. Frente a ellos sólo tenían una distancia inconmensurable, trechos sin límites cuya vastedad sobrecogía el ánimo. *Sesenta mil kilómetros*, pensó. *Una vuelta y media a la Tierra...*

Mirando hacia donde estaría el horizonte de la Tierra pudo elevar los ojos y ver grandes extensiones que se perdían a lo lejos, delgadas líneas de colores diversos que marcaban la presencia de una selva, un mar, un desierto, una cadena montañosa... Dio un paso hacia adelante, mirando a los otros por sobre el hombro.

—Vamos.

Durante largo tiempo les siguió la música, y recién se perdió a la distancia cuando se ocultó el sol detrás de la gran montaña y una penumbra color de malva inundó los alrededores.

El camino pasaba por entre unas plantas similares a los helechos de la Tierra, algo más grandes, de color gris y con pequeñas cápsulas en los extremos de las hojas. La cuesta era suave y uniforme, y la llegada de la noche no trajo consigo dificultades, pues sólo era necesario seguir descendiendo.

Fayne y Darrot marchaban juntos a la cabeza del grupo; después seguía Glystra flanqueado por Nancy y Pianza. A la izquierda de ellos avanzaba Ketch, algo apartado, y detrás iba Bishop, fijos los ojos en el suelo. Cerraban la marcha Elton, que caminaba sin dificultad alguna, y Vallusser, a quien parecían dolerle los pies.

Al cabo de un rato empezaron a aparecer las estrellas en el cielo, y ahora no hubo en el mundo nada más que oscuridad, el firmamento, el planeta y sus personas.

Nancy habíase mantenido silenciosa hasta entonces; pero ahora, en la oscuridad, acercóse más a Glystra, preguntándole en tono muy quedo:

—¿Cuál de esas estrellas es el Sol?

El jefe estudió el cielo. Las constelaciones resultábanle extrañas y no formaban ningún dibujo conocido.

Recordó que al partir de la Tierra hacia el Planeta Grande, tuvieron a Cetus a popa hasta llegar a Index... Allí estaba Spica, y muy cerca vio el bulto negro del Manchón.

—Creo que el sol es aquel de allá, justo encima de la estrella blanca brillante, hacia el lado de ese gran manchón de niebla. Miró ella el cielo con los ojos agrandados.

—Háble me de la Tierra.

—Es nuestro hogar —le dijo él, mirando unos segundos a la estrella blanca—. Me gustaría estar allá...

—¿Es más hermosa que el Planeta Grande?

—Resulta difícil responder a esa pregunta. De primera intención diría que no. El Planeta Grande es... enorme, impresionante. Los Himalayas de la Tierra son lomas diminutas comparadas con la Cadena Sklaemon de aquí o con la Cordillera Blackstone.

—¿Dónde están? —preguntó Nancy.

Glystra se había distraído y preguntó a su vez:

—¿Dónde están qué cosa?

—Esas cadenas de montañas.

—Las Sklaemon se hallan unos cincuenta mil kilómetros hacia el noroeste, en una parte del planeta llamada Matador, donde creo que viven los Skis. La Cordillera

Blackstone está hacia el sudeste, a unos ocho mil kilómetros, encima de la Península Australiana, en Henderland.

—Hay tanto que aprender... tantos lugares que ver... —Se quebró la voz de la joven—. Los terráqueos saben más de nosotros que lo que sabemos nosotros mismos. No es justo.

Glystra rió de mala gana.

—El Planeta Grande es una combinación de las ideas de mucha gente. Nadie opina que sea justo.

—Crecemos para convertirnos en bárbaros —protestó ella—. Mi padre...

La miró él con atención.

—Los bárbaros no se dan cuenta de que lo son.

— ...fue asesinado —concluyó ella—. Por todas partes reina el asesinato y la muerte...

—No es culpa de ustedes que así sea... pero tampoco lo es de la gente de la tierra. Nunca hemos intentado ejercer nuestra autoridad más allá de los Arrecifes Vírgenes. Cualquiera que los rebase queda librado a sus propios recursos... y sus hijos pagan el precio.

Nancy meneó la cabeza, indicando no estar del todo convencida.

Por su parte, el jefe trató de meditar mesuradamente. Detestaba el dolor y la miseria humana tanto como ella. Estaba igualmente convencido de que la Tierra sólo podía mantener su autoridad en un ámbito limitado del espacio. Era imposible evitar que la gente que así lo deseaba rebasara los límites demarcados y se declarara libre por completo. Tenía que admitir que, en tal caso, muchos podían sufrir por los errores de unos pocos.

Nancy había conocido la injusticia, el asesinato, el dolor y las aberraciones que, al ir tomando incremento generación tras generación, infectaban ahora a las tribus, los pueblos, las razas y los continentes de todo aquel mundo. Todo esto llenaría la mente de la joven, haciéndole olvidar otros de importancia no inmediata.

—En la Tierra, desde nuestra historia más antigua, la raza se ha distribuido en diferentes capas sociales. Algunos han vivido en completa armonía con los tiempos, otros poseen una independencia no conformista, un rasgo aparentemente nato, una emoción básica como el hambre, el miedo, el afecto. Esa gente se siente desdichada e insegura en una sociedad de estructura rígida, y en todas las épocas hemos tenido tipos inclasificables que han sido los pioneros, exploradores, revolucionarios, filósofos, criminales, profetas y progenitores de nuevos complejos culturales.

Iban avanzando por la oscuridad, haciendo crujir las ramillas bajo sus pies y oyendo las voces ahogadas de los otros que les precedían o seguían.

Sin dejar de observar la lejana estrella que era el Sol, Nancy objetó:

—Pero esa gente no tiene nada que ver con el Planeta Grande.

—Jubilith fue fundada por una troupe de ballet que sin duda deseaba gozar de soledad y paz para perfeccionar su arte —dijo Glystra—. Tal vez tenía la intención de quedarse un año o dos, pero aquí continuaron viviendo. Los primeros pobladores, que datan de hace casi seiscientos años, eran primitivistas, gente que odiaba la maquinaria moderna. El primitivismo no está prohibido en la Tierra, pero a ellos se los trató como a fenómenos. Por eso compraron una nave espacial y salieron a explorar fuera de los límites del sistema. Cuando descubrieron el Planeta Grande lo creyeron al principio demasiado vasto para ser habitable...

—¿Por qué creyeron tal cosa?

—Por la gravedad —explicó él—. Cuando más grande es un planeta tanto más fuerte es la atracción de la gravedad. Pero el Planeta Grande está formado por materiales livianos con una gravedad específica que equivale a la tercera parte de la que hay en la Tierra, la

que es muy densa, con abundancia de metales y elementos pesados, de modo que la gravedad resulta más o menos la misma que aquí, aunque este planeta tiene un volumen treinta veces mayor... A los primitivistas les gustó esto; era un paraíso lleno de luz, con un clima benigno y, lo que es más importante, con una composición orgánica similar a la de la Tierra, es decir apropiado para los terráqueos, los que podían alimentarse de vegetales y animales del planeta. Aquí se instalaron y mandaron a buscar a sus amigos de nuestro mundo.

»Aquí había espacio de sobra para otras minorías, y aquí vinieron todos los cultos, los misántropos y la gente en general. Algunos fundaron ciudades, otros vivieron a solas y a dos o tres mil kilómetros de sus vecinos más próximos. En el Planeta Grande no existen depósitos de mineral útil, de modo que no se inició una civilización basada en el tecnicismo o la máquina, y la Tierra se negó a permitir el envío de armas modernas, de modo que esto se convirtió en un conglomerado de estados pequeños y ciudades aisladas y grandes extensiones de terreno abierto entre ellas.

Nancy se dispuso a decir algo, pero Glystra se le anticipó.

—Sí, nosotros podríamos haber organizado el planeta colocándolo bajo la ley que rige en el sistema. Pero, en primer lugar, se halla más allá de los límites establecidos por el gobierno central, y, además, de ese modo combatiríamos el propósito de las personas que renunciaron a su lugar en el mundo civilizado para ganar la independencia. Por otra parte, les negaríamos el refugio a otros desconformes, los que tendrían entonces que ir a buscar otros mundos sin duda menos propicios. Por eso dejamos que el Planeta Grande se convirtiera en el archivo de misceláneas del sistema. Sólo establecimos la Junta Terráquea, con la universidad y la escuela de oficios para los que desearan regresar alguna vez a la Tierra. Pero son muy pocos los que se anotan.

—Por supuesto —dijo Nancy con desdén—. Es un refugio de locos.

—¿Por qué dice eso?

—Lo sabemos todos. Una vez uno de los Bajarnum de Beaujolais fue a la Junta, asistió a la escuela y volvió completamente cambiado. Libertó a los esclavos y prohibió todos los castigos. Cuando declaró nulo el sistema feudal, el Colegio de Duques se levantó en armas y lo mató, pues era evidente que estaba loco.

—Era el hombre más cuerdo de todo el planeta —dijo Glystra con una leve sonrisa. La joven respondió con un murmullo de disconformidad.

—Sí —continuó él—. Muy pocos van a la Junta. El Planeta Grande es el hogar que conocen, es libre y vasto. En él puede el hombre vivir como quiere, aunque también corre el riesgo de ser asesinado en cualquier momento. En la Tierra y en otros mundos del sistema tenemos una sociedad rígida con convencionalismos muy precisos. Ahora marcha todo muy bien, ya que casi todos los desconformes se han venido aquí.

—¡Qué aburrido debe ser! —exclamó ella.

—No del todo. Al fin y al cabo, hay cinco mil millones de habitantes en la Tierra, y no se encuentran dos iguales.

Nancy guardó silencio durante un momento, diciendo luego:

—¿Y qué me dice del Bajarnum de Beaujolais? Piensa conquistar el planeta, y ya ha extendido sus dominios al triple de lo que eran originariamente.

—Si el Bajarnum de Beaujolais, o el Nomarca de Skene, o el Barón Gaypride, o los Nueve Hechiceros, o cualquier otro llega a dominar el Planeta Grande, entonces sus habitantes habrán perdido su libertad mucho más seguramente que si el sistema organizara aquí un gobierno federal, pues en tal caso se verían obligados a adaptar sus vidas a aberraciones que no concuerdan con su modo de ser en lugar de tener que aceptar simplemente unas pocas reglas y leyes esencialmente racionales.

La joven no pareció muy convencida.

—Me sorprende que el gobierno central considere al Bajarnum lo bastante importante como para preocuparse por él.

Sonrió Glystra al oír esto.

—El solo hecho de que estemos aquí le dice ya algo respecto al Bajarnum. Tiene espías y agentes en todas partes, incluso en la Tierra. Con toda regularidad viola nuestra ley principal; la que prohíbe la importación de armas y metales.

—Lo mismo muere un hombre atravesado por una espada de madera de birk que tocado por un rayo calórico.

Glystra meneó la cabeza.

—Usted considera un solo aspecto del asunto. ¿De dónde vienen esas armas? El gobierno central prohíbe la fabricación de ella sin un permiso especial. Es muy difícil instalar una fábrica moderna en secreto, de modo que las armas del Bajarnum son robadas o provistas por piratas. Se asaltan naves y depósitos, y se matan hombres o se los encierra en jaulas para llevarlos a los reinos de un solo hombre.

—¿Reinos de un solo hombre? ¿Qué son?

—Entre los cinco mil millones de habitantes de la Tierra que mencioné hace un momento hay individuos muy extraños —manifestó él en tono meditativo—. No todos los fenómenos han venido al Planeta Grande. En la Tierra tenemos hombres demasiado ricos y hastiados de todo, y muchos de ellos han hallado algún mundo pequeño en las afueras del sistema solar e instalado en él sus dominios. Los piratas les venden esclavos y en esos dominios su voluntad es ley. Después de dos o tres meses vuelven a la Tierra y por un tiempo cumplen con su deber de ciudadanos. Cuando se cansan de ello, regresan a sus reinos de un solo hombre en la soledad del espacio.

4 — OCHO CONTRA UN EJÉRCITO

—¿Y qué tiene eso que ver con Charley Lysidder? —preguntó Nancy.

La miró él de soslayo, viendo el manchón claro de su rostro en la oscuridad.

—¿Cómo paga el Bajarnum las armas que compra? Son muy caras y cada pistola o cañón de rayos vale mucha sangre y mucho dolor.

—No lo sé; nunca pensé en ello.

—En el Planeta Grande no hay metales, pero existe una mercadería más valiosa.

Nancy no dijo nada.

—La gente —aclaró él.

—¡Ah...!

—Charley Lysidder es como un enfermo de la plaga que la va contagiando a medio universo.

—¿Pero qué pueden hacer ustedes? Sólo son ocho, y no tienen armas, ni planes, ni documentos. . .

—Tenemos inteligencia.

Ella volvió a guardar silencio, lo cual hizo que Glystra la mirara sonriente.

—¿No le parece suficiente? —le preguntó.

—Yo... yo... Es que no tengo ninguna experiencia en esas cosas.

De nuevo trató él de ver su rostro con más claridad, esta vez para asegurarse de que hablaba en serio.

—Formamos un equipo en el que cada uno es un especialista —expresó—. Pianza es organizador y administrador, Moss Ketch deja constancia de nuestros descubrimientos con su cámara y sonógrafo, Bruce Darrot es un ecólogo...

—¿Y eso qué es?

Miró Glystra hacia adelante, donde iban Fayne y Darrot, oyendo el ruido de sus pasos sobre los helechos secos que cubrían el camino. Estaban entrando ahora en una región salpicada de grandes árboles y adelante se destacaba el Bosque Tsalombar, una línea negra pintada sobre el cielo oscuro.

—La ecología estudia las relaciones entre los organismos y el medio en que viven. En este caso, nuestro ecólogo se ocupa de buscar la manera de alimentar pueblos. La gente hambrienta es siempre peligrosa.

En voz baja dijo Nancy:

—Los gitanos están siempre hambrientos... Mataron a mi padre...

—No lo mataron porque estuvieren hambrientos; un muerto no sirve de nada a los traficantes de esclavos. Lo que querían era capturarlo vivo... Pero, para continuar, Fayne es nuestro geólogo. Yo soy el coordinador y propagandista. —Al adivinar la pregunta que le iba a formular la joven agregó—: ¿Por qué puede el Bajarnum conquistar a sus vecinos?

—Porque tiene un ejército más fuerte... Es muy astuto.

—Y suponiendo que su ejército dejara de obedecer sus órdenes, ¿Qué haría él?

—Nada. Estaría indefenso.

—La propaganda bien dirigida logra precisamente eso. Yo trabajo con Bishop que es un especialista en culturas y sociedades humanas. Es capaz de observar una punta de flecha y decir si el que la hizo usa el nombre de su padre o de su madre. Estudiando los antecedentes de una raza descubre sus aberraciones y las ideas que la hacen reaccionar como... —estaba por decir "ovejas", pero recordó que no había tales animales en el Planeta Grande, por lo que nombró otros que se les asemejaban por sus características generales— ... como pechavíes.

Sonrió ella a medias mientras le miraba de soslayo.

—¿Y usted puede hacer reaccionar a la gente como pechavíes?

—No, no. Es decir, no siempre.

Continuaron su marcha cuesta abajo, entrando al fin en el Bosque Tsalombar. Alrededor de Glystra avanzaban ocho bultos oscuros, casi invisibles. En voz muy baja dijo a la joven:

—Alguno de los que viajan conmigo es mi enemigo, aunque no sé cuál de ellos es. De alguna manera debo descubrir su identidad...

La joven había contenido el aliento.

—¿Está seguro? —preguntó muy quedo.

—Sí.

—¿Qué hará ese enemigo?

—Si lo supiera estaría preparado para impedirlo.

—La Fuente Mágica de Myrtlesee podría decírselo. Lo sabe todo.

Meditó él un momento, preguntando luego:

—¿Dónde está Myrtlesee?

—Muy lejos hacia oriente. Nunca he estado allí; es un viaje peligroso, a menos que se haga en la monolínea, y eso cuesta mucho metal. Mi padre me habló del oráculo de la Fuente que habla estando en trance y responde a todas las preguntas para luego morir. Los Dongmans eligen entonces un oráculo nuevo que lo reemplace.

Poco más adelante se detuvieron de pronto Fayne y Darrot.

—¡Silencio! —susurró el segundo—. Hay un campamento algo más allá. Veo las hogueras.

El espeso follaje de los árboles ocultaba el cielo, de modo que la oscuridad era casi completa en el bosque. A cierta distancia alcanzaron a ver un débil resplandor rojo entre los troncos.

—¿Serán los arbóreos? —preguntó Glystra a Nancy.

—No lo creo —fue la respuesta—. Nunca bajan de los árboles, y le tienen mucho miedo al fuego...

—Acérquense todos —ordenó el jefe por lo bajo, y al aproximarse los otros, continuó rápidamente—: Me adelantaré para explorar el terreno y quiero que todos ustedes se queden juntos y sin hacer el menor ruido hasta que regrese. Nancy, usted permanezca en el centro del grupo; los demás formen un círculo y que cada uno toque el codo de su vecino para que nadie se retire.

Una vez formado el círculo, dio una vuelta alrededor del mismo.

—¿Cada uno toca a su vecino? Bien. Digan sus nombres.

Así lo hicieron.

—Volveré lo antes posible. Gritaré si necesito ayuda, de modo que estén atentos.

Crujieron las ramillas bajo sus pies cuando avanzó sigilosamente cuesta abajo.

Era una hoguera enorme que ardía en el centro de un claro. A su alrededor se hallaban tendidos o sentados unos cincuenta hombres que vestían uniformes azules compuestos de pantalones abolsados y blusas amplias sujetas a la cintura por medio de una faja negra. Sobre sus pecheras lucían una insignia roja que representaba un triángulo con la base hacia arriba. Todos estaban armados de cuchillos y catapultas sujetos a sus fajas, y de sus hombros pendían unos canastillos llenos de dardos.

Aquellos individuos rudos, bajos y fornidos, de rostros morenos, barbudos y de narices aguileñas, bebían vino de sus odres y charlaban animadamente, olvidando sin duda la disciplina que regía casi siempre sus vidas.

Algo apartado y de espaldas a ellos se hallaba un hombre que vestía uniforme negro y en quien reconoció Glystra a Abbigens. Este conversaba con otro que evidentemente era el comandante de la tropa y a quien estaba dando instrucciones, pues su oyente escuchaba

con atención y asentía de tanto en tanto.

No muy lejos de donde se hallaba vio Glystra un hato de bestias de aspecto extraño que se movían inquietas, agitando sus largos cuellos, dando mordiscos al aire y gimiendo por lo bajo. Eran muy altas de lomo, algo flacas, y poseían seis patas y una cabeza poco atractiva, todo lo cual las hacía parecer una combinación de camello, caballo, cabra, perro y lagarto. El encargado de los animales no se había molestado en quitarles las albardas con su carga. Con súbito interés observó Claude Glystra lo que llevaban encima aquellas bestias.

Una cargaba tres cilindros de metal y otra un cañón no muy largo y un atado de varillas metálicas. Glystra reconoció enseguida el mecanismo; se trataba de un cañón de rayos capaz de arrasar por completo la aldea de Jubilith, y era de fabricación terráquea. Con súbita inquietud miró hacia atrás por entre los árboles. Era extraño que no hubiera centinelas apostados en los alrededores.

Luego le llamó la atención cierta actividad repentina a un costado del claro. Una docena de soldados se hallaban mirando hacia arriba mientras señalaban con las manos y cambiaban animados comentarios. Glystra siguió la dirección de sus miradas y observó a treinta metros de altura una aldea arbórea formada por rústicos soportes de troncos, caminillos pendientes de fuertes lianas y chozas que colgaban de los árboles a manera de nidos gigantes. No había luces, y por sobre el costado de los soportes asomaban numerosas caras blancas coronadas por abundosas cabelleras castañas. No hablaban, movíanse muy poco y al moverse lo hacían nerviosamente y con brusquedad, a la manera de animales silvestres. Al parecer, los soldados de Beaujolais no habían visto la aldea hasta ese momento. Glystra observó entonces que acababan de descubrir a una joven de rostro pálido y ojos enrojecidos, aunque no del todo mal parecida.

Claude miró a los animales de carga con renovado interés, calculando sus posibilidades de llevárselos al interior del bosque mientras los hombres se hallaban entretenidos contemplando a la joven arbórea. Al final se dijo que no le convenía arriesgarse.

En el lugar donde los soldados molestaban a los de arriba se animó más la escena, pues uno de ellos empezó a trepar por una rústica escalera en dirección a la choza por cuya entrada asomaba la cara de la joven no era difícil el ascenso; en los lugares donde las ramas apuntaban hacia arriba se habían socavado escalones perfectamente cómodos. Acicateado por los comentarios aprobadores de sus compañeros, el soldado subió aprisa y se detuvo en la plataforma de arriba, donde quedó parcialmente oculto por el follaje. Se vio luego un movimiento, se oyó un golpe sordo entre las ramas y el cuerpo del individuo cayó dando vueltas por el aire para dar con fuerza contra el suelo.

Glystra dio un paso atrás, lleno de sobresalto, y miró hacia arriba sin ver movimiento alguno en la aldea arbórea. Al parecer, el intruso había hecho funcionar una trampa oculta que le derribó de la plataforma, y ahora yacía gimiente en el suelo, rodeado por sus compañeros que le contemplaban sin la menor compasión. Algunos miraban hacia arriba, mas sin aparente hostilidad.

Abbigens y el oficial se acercaron entonces para observar al caído, el que ahogó sus lamentos y quedó silencioso, mirando a su superior con expresión atemorizada. El oficial dijo algo que Glystra no alcanzó a oír y el soldado herido le contestó en tono bajo al tiempo que se esforzaba por ponerse de pie. Mas no le fue posible hacerlo porque tenía una pierna fracturada, de modo que volvió a. tenderse mientras lanzaba otro lamento.

El oficial habló con Abbigens, quien le contestó señalando con la mano hacia la aldea arbórea. El jefe de los soldados hizo entonces una señal a uno de sus hombres y alejóse del lugar.

El soldado miró a su camarada, masculló algo en tono resentido y, sacando su espada

de la vaina, atravesó al caído.

Glystra, que observaba desde detrás de un árbol, dio un respingo de sorpresa ante el innecesario asesinato.

El oficial empezó a pasearse por el campamento, dando órdenes en alta voz.

—¡Arriba todos! ¡A formar filas enseguida! Nos hemos demorado mucho. Conductor, ocúpese de las bestias...

Abbigens se adelantó para decirle unas palabras en tono bajo a las que respondió el oficial con una señal de asentimiento tras de lo cual cruzó el claro. Glystra no pudo oír lo que decía, pero el soldado que atendía a las bestias de carga apartó a las dos que tenían sobre sus lomos el cañón de rayos.

¿Es que lo iban a usar para hacer desaparecer la aldea arbórea? Glystra miró con más atención que nunca.

El soldado armó el cañón y lo montó sobre su trípode, moviéndolo luego hacia arriba y hacia abajo, así como hacia ambos costados. Después retiró el seguro, puso la válvula y tiró del gatillo. De inmediato salió por la boca un rayo de luz violácea que hizo crujir el aire y quemó las hierbas en un trecho larguísimo.

Ya estaba listo el cañón.

El artillero volvió a poner el seguro, fue hacia la hilera de animales y eligió al más fuerte, empezando a tirar de las riendas sujetas al cabezal. El encargado del hato se adelantó en actitud airada y los dos empezaron a reñir acerbamente.

Glystra avanzó unos pasos, se detuvo y retrocedió de nuevo. Después se dijo que no era el momento de vacilar y, decidiéndose, avanzó con paso firme hasta salir al sector iluminado por el fuego. Apoderándose del cañón, lo hizo girar, cerró la válvula lo más posible y quitó el seguro. Era tan simple el manejo que resultaba casi ridículo.

Uno de los soldados le vio en ese momento y lanzó un grito agudo mientras lo señalaba con el dedo.

—¡Quietos! —ordenó Glystra con voz tonante.

5 — LA CAPTURA

En todo el claro se inmovilizaron los soldados, volviendo sus rostros sorprendidos en la dirección de la que provenía la voz. Aullando de furia se adelantó al artillero con intención de atacar al intruso, pero Glystra accionó el disparador y se vio salir otra vez el rayo violáceo que se fue abriendo a manera de abanico, haciendo crujir de nuevo el aire al descomponerlo. El artillero quedó destrozado y con él cayeron cinco soldados más alcanzados por los efectos mortíferos del arma.

—¡Pianza! —gritó Glystra—. ¡Fayne!

Ya no se movieron los soldados, mientras que Abbigens miraba a Glystra con ojos agrandados por el horror.

—¿Quién es? —preguntó al oír pasos apresurados que se acercaban.

—Eli Pianza... y los demás.

—Bien. Pónganse a un costado para no estar expuestos a los efectos del rayo. —Elevó más la voz—. A ver ustedes, soldados de Beaujolais, vayan hacia el centro, por este lado del fuego... ¡Aprisa!

Muy cabizbajos se trasladaron los soldados hacia el centro del claro. Abbigens dio tres pasos en la misma dirección, pero se detuvo al oír la voz de Glystra que le decía:

—Abbigens, ponga las manos sobre la cabeza y retroceda hacia mí. ¡No pierda tiempo! —Miró de soslayo a Pianza, ordenándole—: Quítele el arma.

Vio entonces al oficial que avanzaba hacia sus hombres.

—Adelántese usted con las manos sobre la cabeza —le ordenó, agregando en dirección a los suyos—: Elton, regístrelo.

Se adelantó Elton y Vallusser se dispuso a imitarlo, pero Glystra gritó entonces:

—Que los demás se queden donde están... Es peligrosa la situación.

Abbigens tenía una pistola de rayos y el oficial una que disparaba cohetes explosivos.

—Ponga las armas en el suelo y átelos con cuerdas de los bultos.

Abbigens y el oficial quedaron indefensos, mientras que los soldados los contemplaban desde el centro del claro, mascullando maldiciones.

—Nancy —llamó el jefe.

—Sí.

—Haga exactamente lo que le digo. Recoja las dos armas tomándolas por el cañón y tráigamelas. No se ponga entre los soldados y yo.

La joven cruzó el claro hacia donde se hallaban las armas en el suelo.

—¡Por el cañón! —reiteró Glystra.

Titubeó ella, volviéndose para lanzarle una mirada extraña. El jefe la observaba con atención. No era aquél el momento de confiar en nadie. Ella se agachó al fin, tomó las armas por el cañón y se las llevó. Glystra las dejó caer en su morral sin dejar de observar los rostros de sus compañeros. Uno de ellos debía estar formulando planes desesperados, ¿pero cuál era?

Había llegado el momento crítico y el enemigo trabaría de ponerse a sus espaldas.

—Quiero que todos se paren allí, a un costado —dijo, y esperó que lo hubieran hecho, diciendo entonces a los soldados—: Ahora, crucen el claro de a uno por vez...

Media hora más tarde estaban todos los soldados en cuclillas y formando un circulo, mirando hacia el interior del mismo. Abbigens y el oficial continuaban tendidos en el suelo, atados. Glystra observaba al primero, deseoso de descubrir hacia donde dirigía sus miradas.

Eli Pianza contempló dubitativamente a los prisioneros.

—Esto representa un problema —dijo—. ¿Qué piensa hacer con ellos?

Glystra dejó relajar un poco la vigilancia, aunque sin alejarse del cañón.

—La verdad es que no podemos soltarlos, y ganaremos una gran ventaja si conseguimos evitar que el Bajarnum se entere de lo que ha sucedido hoy. —Ambos contemplaron a los prisioneros que les miraban temerosos—. Es cuestión de matarlos o llevarlos con nosotros.

Le miró Pianza con expresión alarmada.

—¿Llevarlos con nosotros? —exclamó.

—Cuesta abajo, a unos pocos kilómetros de aquí, empieza la estepa de Nomadland. Si hemos de luchar, tal vez podamos convencerlos de que luchen por nosotros.

—Pero... tenemos el cañón; no necesitamos espadas ni dardos.

—¿De qué sirve el cañón si nos tienden una emboscada y nos atacan desde tres o cuatro direcciones a la vez? El cañón es un arma extraordinaria cuando uno puede ver el blanco.

—Podría ser difícil gobernarlos.

—Ya lo he pensado. Al cruzar la selva los ataremos unos a otros. Una vez en la estepa, pueden marchar frente al cañón. Naturalmente, tendremos que andar con mucho tiento.

Puso el seguro al arma, bajó la boca hacia el suelo y fue hacia donde se hallaba Abbigens.

—¿Le parece que ya es hora de hablar?

El otro frunció los labios.

—Seguro que hablaré. ¿Qué quiere saber?

—¿Quién le ayudó a bordo del Vittorio?

Abbigens paseó la mirada por los rostros de todos.

—Pianza —dijo al fin.

El aludido enarcó las cejas con expresión de protesta y sobresalto. Entre los otros hubo uno que también demostró asombro.

Glystra dio la espalda al prisionero. Por el momento sólo podía estar seguro de sí mismo. Señalando a Darrot y Elton con la mano, les dijo:

—Ustedes dos encárguense del cañón. No confíe el uno en el otro, pues hay un enemigo entre nosotros. No sabemos quién es y no hay que darle la oportunidad de que nos destruya a todos. —Dio un paso atrás con su pistola en alto—. Quiero localizar las armas del grupo. Pianza, ¿tiene una pistola de rayos?

—Sí, una de las de Fayne.

—Vuélvase de espalda a mí y póngala en el suelo.

Así lo hizo Pianza, sin protestar. Glystra avanzó entonces hacia él para palparle las ropas y examinar su morral sin encontrar ninguna otra arma.

Con el mismo sistema le quitó la pistola a Fayne y la que llevaba Ketch. Vallusser y Bishop sólo tenían cuchillos y Nancy no poseía ninguna arma.

Guardándolas todas en su morral, colocóse detrás del cañón y le quitó el arma a Elton, de modo que tenía ahora cinco pistolas de rayos, y la calórica del piloto.

—Ahora que están todos desarmados, creo que deberíamos dormir. Ketch, usted y Vallusser tomen un par de espadas y monten la guardia uno a cada lado del claro, formando triángulo con el cañón. No se coloquen entre éste y los soldados, pues perderán la vida si llega a suceder algo. —Volvióse hacia Darrot y Elton—. ¿Han oído? Usen el cañón a la menor alarma.

—Bien —repuso Elton, mientras que Darrot asentía sólo con la cabeza.

Miró entonces a Nancy, Pianza y Bishop.

—Nosotros haremos el segundo turno de guardia... Allá cerca del fuego estaremos

bien y fuera del alcance del cañón.

Los helechos caídos sirvieron de muelle colchón debajo de las mantas que tendieron para acostarse al calor del fuego. Glystra se acostó con un suspiro de alivio después de tantas emociones. Con las manos a la nuca, se puso a meditar, viendo en lo alto los manchones blancuzcos que eran las caras de los arbóreos que seguían espiándolos desde sus viviendas aéreas.

Steve Bishop lanzó un suspiro al acostarse cerca de él y Glystra le lanzó una mirada de soslayo no exenta de compasión. Bishop era un estudioso y hombre de ciudad, muy poco amigo de vivir al raso...

Después vio a Nancy que regresaba de la selva. La había observado alejarse con no poca desconfianza, pero después dejó de preocuparse, diciéndose que nada ganaría con espiar los movimientos de todos. Se dijo entonces que debía mandarla de regreso a Jubilith a primera hora de la mañana.

Lo único que se oía en el claro era el murmullo de los comentarios que hacían los soldados entre sí. Darrot y Elton manteníanse rígidos detrás del cañón de rayos, Ketch paseábase lentamente por un costado del calvero y Vallusser por el otro. Detrás de Glystra descansaba Nancy; Bishop dormía como un niño fatigado y Pianza movíase en sueños con inquietud.

Acrecentóse la tensión poco a poco sin que Glystra pudiera ver de quiénes provenía ni localizar a quien miraba Abbigens.

Así pasaron los minutos, un cuarto de hora, media hora...

Moss Ketch dio dos pasos hacia el cañón, hizo una señal, masculló unas palabras y retrocedió en dirección a la selva. Los soldados reaccionaron con un movimiento concertado, pero les inmovilizó una seca orden de Darrot.

Regresó Ketch y fue ahora Vallusser el que se internó en la selva. De nuevo hubo un movimiento entre los prisioneros y de nuevo se aquietaron a una palabra de Darrot.

De pronto apareció alguien detrás del cañón, se vio relucir un acero y oyóse un grito de dolor y sorpresa, así como una corrida.

Con los dientes apretados saltó Glystra de su lecho empuñando la pistola.

Tras el cañón se hallaba ahora un solo hombre, algo agachado, a punto de desviar la boca del arma en dirección a Glystra. Este lo vio hacerlo y disponerse a disparar... y en ese momento apretó la empuñadura de su pistola de rayos. Hubo un relámpago de luz violácea y un crujido sonoro; la cabeza del individuo ardió como consumida por una descarga eléctrica y el cañón quedó destrozado y caído sobre el suelo. Glystra giró enseguida a fin de enfrentar a los soldados, quienes se habían puesto de pie, sin saber si atacar o huir.

—¡Siéntense! —ordenó Glystra en tono salvaje.

Inmediatamente obedecieron todos ellos.

El jefe sacó armas de su morral y las arrojó a Pianza y Bishop.

—Vigílenlos desde aquí; ya no tenemos el cañón.

Avanzó entonces hacia el arma destrozada y vio tres cuerpos. Elton todavía estaba vivo. Bruce Darrot yacía boca arriba, muerto y con expresión de rabia en el rostro ceniciento. El cadáver de Vallusser descansaba atravesado sobre las piernas de Darrot.

Glystra contempló el cuerpo pequeño, algo retorcido.

—De modo que era Vallusser —dijo— ¿Cómo lo habrán sobornado?

Moss Ketch había abierto ya el botiquín y ambos se arrodillaron al lado de Elton, quien sangraba de una herida que tenía en el cuello. Glystra le aplicó un coagulador y antiséptico, rociando luego la herida con una película líquida que al secarse cerraría los bordes de la misma.

Se puso de pie y quedóse mirando a Abbigens.

—Su utilidad es limitada —le dijo—. Ya he descubierto lo que quería saber.

El otro sacudió la cabeza para quitarse el pelo de sobre la frente.

—¿Me va a... matar?

—Espere y verá. —Glystra le dio la espalda al tiempo que consultaba su reloj—. Las doce. —Arrojó a Ketch la pistola de Elton y volvióse hacia Pianza y Bishop—. Acuéstense ustedes; ahora haremos la guardia nosotros.

6 — LOS GITANOS

Darrot y Vallusser fueron sepultados en una fosa común con los de Beaujolais: el que cayera del árbol y los seis soldados que murieran al apoderarse Glystra del cañón.

Abbigens exhaló un suspiro de alivio cuando empezó a caer la tierra sobre los cadáveres. Sin duda alguna, había temido integrar el grupo que fue a parar a la tumba.

Ya se filtraba el sol por entre el follaje y de la hoguera apagada elevábase un humo apenas perceptible. Era casi hora de partir.

Glystra miró a su alrededor, ¿Dónde estaba Nancy? La vio entonces junto a las bestias de carga, tratando de pasar lo más desapercibida posible. Tras ella se elevaban los troncos de los árboles a manera de columnas de un templo enorme, dejando entrever más allá la cuesta iluminada por el sol.

Nancy le sonrió con expresión esperanzada al ver que la miraba. Glystra sintió que se aceleraban los latidos de su corazón, y al volverse notó que le estaba mirando Elton con ojos inescrutables. Apretando los labios se adelantó hacia la joven.

—Será mejor que emprenda viaje, Nancy... de regreso a Jubilith.

Se borró la sonrisa de labios de la joven y asomaron las lágrimas a sus ojos. Comprendiendo que sería inútil discutir, volvióse sin decir palabra y cruzó el claro. Al llegar al borde del mismo se detuvo y miró por sobre el hombro.

Claude Glystra la observaba en silencio.

Nancy giró entonces sobre sus talones y alejóse por entre los árboles, saliendo a la cuesta iluminada por el sol a fin de encaminarse lentamente en dirección a Jubilith.

Media hora más tarde emprendió el grupo la marcha. Los soldados caminaban en fila de a uno, cada hombre atado al de adelante y al de atrás por medio de cuerdas sujetas a sus tobillos. Llevaban sus espadas y catapultas, mas los dardos iban cargados en un solo bulto, a lomos de una de las bestias.

El oficial encabezaba la columna y el último era Abbigens; después seguían los animales de carga con Elton en una litera entro los dos primeros. El herido estaba despierto y animado, e iba vigilando la retaguardia con una gran pistola calórica lista para disparar.

Los arbóreos los observaban desde arriba y al pasar la columna por la selva se oyeron pasos en los caminos de lo alto. A veces les llegaban el murmullo de voces y el llanto de algún niño. A poco llegaron a un punto en que les ocultó la luz del sol una especie de techado que formaba la vegetación entrelazada y sostenida por las ramas de los árboles y las lianas. Aquel piso alto de la selva extendíase de manera extraordinaria y del mismo colgaban enredaderas y ramas rotas.

—¿Qué me dice de eso? —preguntó Pianza.

—A primera vista parece un jardín colgante —repuso Glystra—. Es lamentable que no tengamos ya a nuestro ecólogo; Bruce habría sabido explicarnos algo al respecto...

Los rayos de luz que se veían más adelante indicaban la terminación del techado. Glystra adelantóse a la cabeza de la columna, poniéndose al lado del oficial que marchaba con la vista fija al frente.

—¿Cómo se llama? —le preguntó.

—Morwatz. Jefe de infantería Zoriander Morwatz, del Ciento Doce de la Academia Campo de Marte.

—¿Qué órdenes tenía?

Vaciló el oficial, sin saber si era correcto responder a la pregunta. Era un hombre bajo, de cara redonda y ojos negros muy saltones. Su dicción era más correcta que la de los soldados y su apostura indicaba que se consideraba bastante importante.

—¿Qué órdenes tenía?

—Nos pusieron bajo el mando del terráqueo. —Morwatz indicó a Abbigens con un movimiento de cabeza—. Él trajo una placa de Charley Lysidder que le concedía gran autoridad.

Glystra meditó sobre esta información, inquiriendo luego:

—¿Una orden dirigida específicamente a usted?

—Al comandante de la guarnición de Montmarchy.

—¡Hum!

¿Dónde habría obtenido Abbigens esa orden firmada por el Bajarnum de Beaujolais? Había allí algo que aún no alcanzaba a interpretar del todo. Por cierto que la culpabilidad de Vallusser no explicaba todos los acontecimientos de las últimas semanas.

Hizo otras preguntas y se enteró de que Morwatz pertenecía a los Guerdons, una casta de la nobleza menor, y que se enorgullecía mucho de tal distinción. Era oriundo de la aldea de Pellisade, a unos kilómetros al sur de Grosgarth, y creía que en la Tierra vivía una raza de robots privados de razón que obedecían al sonido de gongs y campanillas a la manera de máquinas.

—Moriríamos aquí en Beaujolais antes que degradarnos tanto —declaró con vehemencia.

Glystra preguntó sonriendo:

—¿Le parecemos carecer del poder de decidir libremente nuestros actos?

—Ustedes son la elite. Aquí en Beaujolais nunca hemos visto una tiranía como la que sufren en la Tierra. Estamos muy bien enterados por lo que nos cuentan los que saben mucho de esas cosas.

Hizo una pausa para mirar de soslayo a su interlocutor.

—¿De qué se ríe? —inquirió.

—*Naisuka* —repuso Glystra—. Por la razón de la sinrazón.

—Emplea usted una palabra exclusiva de las castas muy altas —dijo Morwatz en tono receloso—. Ni aun yo me sentiría tranquilo al pronunciarla.

—¡Vaya, vaya! —Glystra enarcó las cejas con expresión de asombro—. No les permiten usar ciertas palabras... pero tampoco viven bajo una tiranía, ¿eh?

—Exactamente. Así debe ser. —Y Morwatz cobró coraje para preguntar—: ¿Y qué piensa hacer con nosotros?

—Si obedecen mis órdenes, tendrán las mismas posibilidades que nosotros. Cuento con usted y sus hombres para que nos protejan durante la marcha. Una vez que lleguemos a destino quedarán en libertad.

—¿Y dónde van? —quiso saber Morwatz.

—A la Junta Terráquea.

—No conozco el lugar. ¿Cuántas leguas?

—Sesenta mil kilómetros.

Morwatz aminoró el paso.

—¡Usted está loco!

—Los dos podemos dar las gracias a Abbigens por lo que nos pasa —rió Glystra.

A Morwatz le costó trabajo coordinar sus ideas.

—Primero está Nomadland y los gitanos. Si nos capturan nos atarán a sus carros y nos tratarán como a zipangotes. —Indicó a los animales de carga—. Son hombres de otra raza y detestan a los de Beaujolais.

—No atacarán a cincuenta hombrea con el entusiasmo con que atacarían a ocho.

Morwatz meneó la cabeza.

—Hace ya seis lunas, Atinan el Azote se introdujo en Beaujolais y dejó la muerte y la sangre a su paso.

Glystra miraba por entre los árboles hacia la cuesta abierta que se presentaba más

adelante.

—Allá está Nomadland —dijo—. ¿Qué hay más allá?

—¿Después de Nomadland? —El oficial frunció el ceño—. Primero el Río Oust, después los pantanos y los fabricantes de cuerdas de la Isla Pantano. Más allá...

—¿Qué hay?

—Hacia el este no sé; hombres y animales salvajes. Hacia el sur está la tierra conocida con el nombre de Felissima, Kirstendale, y la monolínea hacia la Fuente de Myrtlesee y el oráculo. Después está la Tierra de las Piedras, pero de ella no sé nada, ya que Myrtlesee está muy lejos hacia el este.

—¿Cuántas leguas?

—Varios centenares, aunque no lo sé con exactitud. Desde aquí al río hay cinco días de marcha. Para cruzar hay que hacerlo por la línea elevada de Edelweiss hasta la Isla del Pantano, o de otro modo seguir el río Oust hacia el oeste, en dirección a Beaujolais.

—¿Por qué no podemos cruzar el río en botes?

—Por los griamobots —dijo Morwatz, haciendo una mueca de horror.

—¿Y qué son esos griamobots?

—Unas horribles bestias del río, muy salvajes.

—Aja. ¿Y después del río? ¿Qué hay luego? ¿Cuánto tiempo para cruzar los pantanos?

El otro calculó mentalmente.

—Yendo hacia el este son cuatro días, si encuentra un buen vehículo de pantano. Si prefiere tomar hacia el sur, podría llegar a la monolínea que pasa el Páramo Hiberniano y llega a, Kirstendale. Posiblemente seis días o una semana hasta esa población. Después, si pueden salir...

—¿Por qué no vamos a poder salir?

—Algunos salen —dijo Morwatz, haciendo un guiño—. Otros no... Desde Kirstendale la monolínea va hacia el oeste en dirección a Grosgarth, hacia el sur cruzando los pueblos traficantes de Felissima, hacia el este para llegar a la Fuente de Myrtlesee.

—¿Y desde Kirstendale a Myrtlesee cuánto tiempo hay?

—Pues, más o menos dos o tres días por la monolínea. Por otros medios es un viaje muy peligroso debido a las tribus de Eyrie.

—¿Y más allá de Myrtlesee?

—Un desierto.

—¿Y al otro lado del desierto?

Morwatz se encogió de hombros.

—Pregúntelo a la Fuente Mágica. Si es rico y paga mucho metal, le dirá todo lo que quiera saber —expresó con firmeza.

Arriba se hizo menos espeso el follaje de los árboles y a poco salió el grupo a la luz del sol. La cuesta se extendía ahora en una suave depresión árida, ventosa y vastísima. No se veía casa alguna, pero muy hacia el norte observaron una densa columna de humo que el viento desviaba hacia el este.

Glystra detuvo la columna, reagrupó a los soldados y los formó alrededor de las bestias de carga, o zipangotes como las llamaba Morwatz. La que llevaba los dardos era vigilada por Elton, quien viajaba algo más atrás en una litera. Abbigens marchaba algo hacia la derecha, Morwatz a retaguardia y hacia la izquierda. Los guardias de los flancos eran Pianza y Fayne con sus pis tolas de rayos, y cerraban la marcha Bishop y Ketch.

Dos horas antes del mediodía se internaron en el páramo, y a medida que marchaban notaron que la tremenda cuesta a sus espaldas perdía algo de su imponencia. Los límites superiores se desdibujaban en la lejanía y la selva convertíase en una sombra oscura sobre la ladera. Ya estaban llegando a terreno llano.

Glystra oyó de pronto un murmullo de los soldados al tiempo que les veía aminorar el paso y mostrarse muy temerosos. Siguiendo la dirección de sus miradas observó en el horizonte una docena de altos zipangotes de gran joroba que se acercaban al trote largo.

—¿Quiénes son? ¿Gitanos?

Morwatz observó con aprensión a los que se aproximaban.

—Son gitanos, pero no cosacos, sino guerreros de las castas superiores, quizá politboros, pues sólo ellos montan zipangotes. Podríamos rechazar a los cosacos que tienen poco coraje, nada de disciplina y escasa inteligencia. No bien consiguen capturar unos cuantos esclavos para vender o atar a sus carros, se satisfacen y se van. Pero los politboros...

Se quebró su voz y el oficial meneó la cabeza, muy preocupado.

—¿Qué pasa con los politboros? —le urgió Glystra.

—Son los grandes guerreros, los líderes. Los cosacos por sí solos son simples ladrones, pero cuando los dirige un politboro... ¡son demonios!

Glystra se volvió hacia Bishop.

—¿Qué sabe de estos gitanos, Steve? —preguntó.

—En el libro de Vendome sobre este planeta hay un capítulo que trata de los gitanos, pero el autor da más importancia a sus antecedentes raciales que a su cultura y costumbres. Los antecesores fueron originariamente unos pastores kirguises de la Tierra, creo que del Turquestán. Cuando el Control Climático acrecentó las lluvias en la región del Cáucaso, esos pastores se trasladaron al Planeta Grande, donde las estepas seguirían siendo estepas, según creyeron. Se embarcaron en tercera clase, y en la misma bodega viajaba una tribu de gitanos y un grupo de polinesios. Durante el viaje, el jefe de los gitanos, un tal Panvilsap, mató al jefe de los kirguises y casó con la matriarca polinesia, y cuando desembarcaron en el Planeta Grande ya gobernaba a todo el grupo. La cultura subsiguiente fue una mezcla de las tres razas a las que dominó la personalidad arrolladora de Panvilsap.

La columna de gitanos, bastante numerosa por cierto, se hallaba ahora a cosa de un kilómetro y medio y continuaba avanzando sin prisa.

Glystra se volvió hacia Morwatz.

—¿Cómo viven esas gentes?

—Tienen rebaños de zipangotes, lebreles, pechavis y ratas lecheras. Recogen hongos en los manantiales calientes y frutos de los árboles de la Depresión. En primavera y otoño salen a buscar esclavos en Beaujolais y Kerkaten que están al norte, y en Ramspur hacia el sur. El Oust les impide cruzar a Felissima y molestar a los Rebbirs del Eyrie. ¡Ah, qué conveniente sería una guerra entre los Rebbirs y los gitanos!

—Una sociedad nómada típica —terció Bishop—. No se diferencian mucho de los antiguos escitas.

—¿Qué pueden interesarle las costumbres de las razas? —dijo Morwatz en tono de protesta—. Esta noche estaremos tirando de sus carros.

7 — ATMAN EL AZOTE

El sol estaba en el cenit y el calor hacía despedir a la escasa vegetación de la estepa un olor especial y no del todo desagradable. Al acercarse las guerreros nómades, se le unieron varios grupos de cosacos que echaron a andar detrás de los lentos zipangotes.

Glystra preguntó a Morwatz:

—¿Es éste su método para atacar?

—No tienen método de ninguna especie —repuso el oficial.

—Ordene a sus hombres que tomen cinco dardos cada uno y se preparen para entrar en combate —le dijo Glystra.

Morwatz pareció hincharse y hacerse más alto. A toda prisa fue hacia sus soldados y empezó a impartir órdenes con voz tonante, autoritaria. Los soldados se irguieron, apretando más sus filas, y en grupos de a cinco fueron pasando detrás del zipangote cargado con los dardos para retirarlos y volver a su sitio.

—¿No tiene miedo de que...? —empezó Bishop, pero se interrumpió.

—Tengo miedo de demostrar temor —le dijo Glystra—. Si notaran tal cosa en mí escaparían hacia el desierto como conejos. Es cuestión de infundirles valor. Tenemos que portarnos como si estos gitanos fueran escoria.

—Supongo que tiene razón... en teoría por lo menos.

Los jinetes se detuvieron a unos cien metros de distancia, fuera del alcance efectivo de las catapultas. Las bestias eran más pesadas que las de carga, bien cuidadas, de pelaje reluciente, lomos arqueados y largos cuellos. Estaban adornadas con gualdrapas de cuero pintadas con rústicos emblemas, y cada una tenía un largo cuerno semejante al de un rinoceronte asegurado a su hocico.

El jinete del primero de los zipangotes era un individuo alto y muy fornido que vestía pantalones de satén azul, una capa corta, negra, y un gorro de cuero con visera y orejeras levantadas. De cada una de sus orejas pendía un largo arete de bronce y sobre su pecho lucía dos medallas de hierro pulido. Su cara era bastante grande y sus ojos parecían algo adormilados.

—¡Atman el Azote! —murmuró Morwatz.

Glystra, que le había oído, miró con más atención al jefe nómada, notando su arrogante indiferencia y su evidente confianza en sí mismo. Tras él se agrupaban una docena de individuos ataviados de manera similar, y detrás de éstos había un centenar de hombres y mujeres que vestían calzones rojos adornados con cintas y borlas, blusas de diversos colores y gorros de cuero.

Claude Glystra se volvió para observar la formación de los soldados de Beaujolais y en ese momento pasó algo zumbando muy cerca de su garganta. De inmediato dio un salto atrás y agachóse, volviéndose para ver a Abbigens que bajaba su catapulta.

—Morwatz —ordenó—, quítele la catapulta a Abbigens y átele de pies y manos.

El oficial vaciló sólo una fracción de segundo antes de dar una orden a dos de sus soldados. Siguió un ruido de lucha, que Glystra ignoró, pues Atman y sus politboros habían desmontado y se aproximaban.

El jefe nómada se detuvo a pocos pasos de distancia, sonriendo a medias y jugueteando con su látigo.

—¿Cómo es que invaden las tierras de los gitanos? —preguntó con suavidad.

—Vamos hacia Kirstendale, pasando los pantanos —repuso Glystra—. La ruta cruza Nomadland.

Atman separó los labios, poniendo al descubierto sus dientes incrustados con diminutas piedrecitas de colores.

—Al entrar en esta tierra renuncian ustedes a la libertad.

—El riesgo lo corren los cazadores de esclavos.

—¿Riesgo? —Atman hizo un ademán desdeñoso, indicando a los soldados—. ¿Son peligrosos?

Glystra oyó entonces un gemido y una voz femenina que llamaba:

—¡Claude! ¡Claude!

La sangre le ardió en las venas y se tambaleó un poco, notando la sonrisa desdeñosa en los labios de Atman.

—¿Quién pronuncia mi nombre?

El nómada miró por sobre su hombro hacia las filas de atrás.

—Una mujer de las cuestas a la que hallamos esta mañana en la selva. Nos darán buen precio por ella.

—Tráigala. La compraré yo.

—¿Entonces tiene riquezas? —preguntó Atman—. Parece que hoy es un día afortunado para los gitanos.

—Traiga a la mujer o enviaré un hombre a buscarla —ordenó Glystra, esforzándose por hablar con firmeza.

—¿Un hombre? ¿Uno solo? —Atman entornó los párpados—. ¿De qué raza es usted? No es de Beaujolais, y es demasiado moreno para ser un Maquir...

Glystra sacó su pistola de rayos.

—Soy un electricista —dijo, riendo ante su propia broma. Atman se restregó la barbilla.

—¿De qué región son los electricistas?

—No es una raza, sino una ocupación.

—¡Ah! No los hay entre nosotros. Somos guerreros, asesinos y cazadores de esclavos.

Glystra tomó entonces una tremenda decisión y, volviendo la cabeza, ordenó:

—Traigan a Abbigens.

Mientras se cumplía su orden miró de nuevo a Atman.

—Los electricistas tenemos la muerte en la mano —le dijo. Los soldados empujaron a Abbigens a primera fila.

—Si su muerte no sirviera para un fin práctico, le llevaría hasta la Junta Terráquea para que le curaran de su aberración —expresó Glystra, levantando su pistola de rayos.

Abbigens se puso muy pálido y de pronto rompió a reír histéricamente.

—¡Qué gracioso, Glystra! Usted es la víctima de la broma.

Partió el rayo violáceo de la boca del arma y Abbigens se desplomó sin vida.

Atman contemplaba la escena con expresión de aburrimiento.

—Déme la mujer o lo mismo le pasará a usted —dijo Glystra, agregando en tono perentorio—: ¡Inmediatamente!

El otro pareció algo sorprendido, meditó un momento e hizo luego una señal a sus secuaces.

—Que se la lleve.

Adelantóse Nancy cojeando y cayó temblorosa a los pies de Glystra, quien no la miró siquiera.

—Siga su camino y nosotros seguiremos el nuestro —dijo a Atman.

El jefe nómada había recobrado el aplomo por completo.

—Ya he visto antes esos tubos eléctricos, pero no matan con más seguridad que nuestras lanzas, especialmente en la oscuridad, cuando las lanzas llegan desde varias direcciones.

Glystra hizo una señal a Morwatz.

—Dé la señal de marcha.

—¡Adelante! —ordenó el oficial, levantando la diestra. Atman asintió con la cabeza, sonriendo levemente.

—Es posible que nos encontremos de nuevo —declaró.

La cuesta grande era una sombra que se perdía detrás de la bruma de occidente; la estepa extendíase tan vasta como un océano, alfombrada por una hierba azulada salvo en las depresiones donde crecían unos brezos verdinegros. Detrás quedaban los gitanos, loa cosacos en cuclillas alrededor de los politboros montados en sus zipangotes.

Al caer de la tarde vieron aparecer una sombra oscura a la distancia.

—Parecen árboles; quizá sea un pozo artesiano —dijo Fayne. Claude Glystra tendió la mirada hacia el horizonte.

—Parece ser el único refugio a la vista. Convendría que acampáramos para pasar la noche. —Miró con inquietud los puntos negros que dejaran atrás—. Temo que nos esperen más dificultades.

La sombra fue tomando forma hasta convertirse en una pequeña arboleda bajo la cual crecía una especie de musgo celeste y bastante hierba tierna para los animales.

En el centro del grupo de árboles había un estanque bordeado por un cañaveral rojizo. Glystra miró el agua con recelo, pues parecía impura, pero los de Beaujolais la bebieron con gran gusto y sin vacilar. Junto al estanque se elevaba un árbol muy alto, de ramas enormes cargadas de un fruto similar a las bayas, y junto al árbol veíanse varias bateas llenas de cerveza rancia y un alambique improvisado.

Los soldados se adelantaron con interés para inspeccionar el alambique, pero Morwatz corrió enseguida, ordenándoles que se retiraran, cosa que hicieron de mala gana.

Glystra sacó una taza pequeña de una de las mochilas y la pasó al oficial.

—Sírvale una taza a cada uno de sus hombres. Oyóse un murmullo de aprobación, mientras que Glystra comentaba a Pianza:

—Si pudiéramos servirles alcohol todas las noches no habría necesidad de vigilarlos.

—Son como niñas —repuso Pianza, meneando la cabeza—. No saben dominar sus emociones. Espero que no se emborrachen.

—Con alcohol o sin él, nosotros podemos descansar. Usted y Fayne hagan la primera guardia de cuatro horas; Bishop, Ketch y yo haremos la siguiente. No dejen de vigilar la bestia en que están cargados los dardos.

Fue a cambiar el vendaje del cuello de Elton, pero vio que Nancy se le había adelantado.

Cantando ahora, los soldados encendieron una hoguera y, amontonando sobre el fuego grandes cantidades de ramas del árbol, empezaron a aspirar su humo aromático. Pianza llamó a su jefe.

—Están completamente ebrios y con ganas de luchar. Espero que no se pongan peor.

Glystra observaba con creciente aprensión. Los soldados se empujaban unos a otros, gritando a voz en cuello al esforzarse por aspirar más y más humo. Cuando eran apartados, protestaban airadamente, maldecían y se empujaban para volver hacia la hoguera.

—Debe ser un narcótico —dijo Glystra—. Marihuana del Planeta Grande. ¡Morwatz! —llamó, adelantándose unos pasos.

El oficial, que tenía los ojos enrojecidos y la cara sonrojada por haber aspirado también el humo, se apartó de mala gana a fin de responder al llamado.

—Que coman sus hombres y se acuesten —le ordenó Glystra—. Basta de aspirar ese humo.

Asintió Morwatz, no muy satisfecho, y giró hacia sus hombres, logrando imponer un poco de orden luego de no pocos gritos y maldiciones. Después se preparó una gran olla de potaje con algunos trozos de carne seca, arroz y hongos.

Glystra fue a sentarse al lado de Morwatz, quien comía algo apartado de sus tropas.

—¿Qué es eso? —preguntó, señalando el árbol.

—Se llama zygage, y de él se extrae una droga muy potente y valiosa. —Se irguió el oficial—. Por lo general sólo las castas más bajas aspiran su humo; es algo muy vulgar y causa sensaciones que agradan a las gentes toscas...

—¿Y usted cómo suele aspirarlo entonces?

—Normalmente no lo aspiro —repuso el otro— El zygage quita mucha vitalidad al organismo, ya sea en forma de humo, poción o ungüento para la nariz, y los adeptos pagan muy caro el placer... Pero dígame usted qué droga está tomando su hombre.

Steve Bishop estaba ingiriendo su acostumbrada dosis de píldoras vitamínicas.

—Esa es una droga diferente —repuso Glystra con una sonrisa—. Le hace pensar a Bishop que está lleno de salud. La verdad es que no se daría cuenta de la diferencia si le dieran a tragar tiza en polvo.

—Otra costumbre extraña e inútil —dijo Morwatz, muy intrigado.

Glystra fue a unirse a sus compañeros. Nancy sirvió a Elton y fue luego a sentarse sola entre los zipangotes, tratando de pasar lo más desapercibida posible.

Desde donde ardía la hoguera llegó el súbito tumulto de una pelea. Uno de los soldados acababa de arrojar al fuego otra brazada de ramas de zygage, y Morwatz se adelantó para reñirlo. El soldado que estaba tambaleante y nada sobrio, le respondió con ásperas palabras.

—Es cuestión de disciplina —suspiró Glystra, poniéndose de pie—. Bueno, tendremos que dar un ejemplo.

Morwatz estaba retirando ramas humeantes de la hoguera cuando se le acercó el soldado y le asentó un terrible puntapié, haciéndole caer de bruces sobre el fuego.

Roger Fayne corrió para retirar al oficial que aullaba lleno de dolor y tres de los soldados le saltaron encima, derribándolo. Pianza apuntó con su pistola de rayos, mas se abstuvo de disparar por temor de matar a su amigo. Desde todos lados le atacaron los de Beaujolais y empezó a apuntar y hacer fuego, derribando a tres soldados de otros tantos disparos. Los otros le cayeron encima.

De pronto se hizo general la lucha. Uno saltó sobre Ketch, arrojándole al suelo. Glystra le mató con su pistola, pero casi enseguida le asieron por detrás dos brazos muy fuertes y le derribaron a tierra.

Un momento más tarde estaban los terráqueos sin armas y maniatados.

Allí cerca gemía Morwatz. El soldado que le pateara la primera vez desenvainó su espada y le atravesó con ella. Volvióse luego, fue a observar a los cautivos y tocó la barbilla de Glystra con la punta de su acero.

—Usted no morirá a mis manos. Le llevaremos a Grosgarth y en recompensa nos harán nobles... Que Charley Lysidder se entienda con usted...

—¡Los gitanos! —dijo Glystra con voz ahogada—. ¡Nos matarán a todos!

—¡Bah! ¡Son animales sucios! —El soldado agitó su espada en el aire—. ¡Los mataremos no bien se acerquen!

Lanzó luego un aullido de desafío al tiempo que saltaba hacia las ramas y arrojaba una gran brazada de ellas sobre el fuego. Empezó a elevarse el humo y los de Beaujolais lo aspiraron a pleno pulmón.

Glystra tiró de sus ataduras, mas estaban tan bien hechos los nudos que no le fue pasible aflojarlas en lo más mínimo. Volvió luego la cabeza hacia todos lados. ¿Dónde estaba Nancy?

Oíase un sonido distante al que se puso a escuchar; era un cantar lejano que llegaba de la estepa y al que acompañaban las notas de un cuerno de caza.

Cambió la brisa y el humo del zygage se desvió hacia los terráqueos atados, los que

no pudieron evitarlo y viéronse obligados a aspirarlo.

La primera sensación que experimentaron fue de una vitalidad renovada, extraordinaria, así como la de un aumento en lo que percibían todos sus sentidos. Cada hoja del árbol se convirtió para ellos en algo especial, detallado, cada pulsación era como una experiencia única y singular. Al mismo tiempo, una parte de sus mentes manteníase furiosamente activa, resolviendo problemas y desechando detalles tales como el cautiverio y la muerte a manos de Charley Lysidder, lo que consideraban como problemas sin importancia.

Mientras tanto se hacía más audible el cántico lejano y Glystra se dijo que si lo oía él, también debían oírlo los soldados...

Ahora sonaba muy cerca y al fin le prestaron atención los de Beaujolais, los que se alejaron tambaleantes de la hoguera, con los ojos inyectados y casi fuera de las órbitas, las bocas abiertas y aspirando el aire con dificultad.

El principal de ellos levantó la cabeza y lanzó un aullido muy similar al de un lobo. Esto pareció complacer a sus compañeros, los que le imitaron de inmediato. Hiendo luego y gritando a pleno pulmón, se aprovisionaron de dardos y corrieron al encuentro de la horda de gitanos.

El que había tomado el mando les gritó algo y, sin detenerse, los otros se formaron de a cuatro en fondo y siguieron su precipitado avance.

Volvió a reinar el silencio en el oasis. Glystra se puso de rodillas, luego de pie y miró a su alrededor en busca de algo con qué aflojar sus ataduras. Pianza le dijo entonces con voz ronca:

—Quédese quieto; veré si puedo desatarle.

Así hablando, se puso de rodillas para levantarse al fin con cierta dificultad y retroceder hacia Glystra hasta tocar las cuerdas que le ligaban las muñecas.

Al cabo de un rato lanzó un denuesto.

—Tengo los dedos sin sensibilidad... No puedo mover las manos...

Los de Beaujolais habíanse alejado lo bastante; de pronto cesó el cántico de los gitanos para oírse sólo las notas del cuerno. La penumbra reinante impedía ver bien los detalles; Glystra notó que caían varios hombres y se dio cuenta de que los soldados efectuaban una carga final y desesperada.

El anochecer le impidió ver quien llevaba la ventaja.

8 — CUESTIÓN DE VITAMINAS

Infructuosamente trató Glystra de aflojar las ataduras de Pianza. Sus dedos estaban hinchados y no tenía en ellos sensación alguna. Súbitamente se sintió débil, atontado. Era sin duda la reacción causada por los efectos posteriores de la droga.

De pronto se levantó un poco la tapa del alambique y del recipiente salió Nancy, chorreando líquido, con los ojos agrandados y el rostro muy pálido.

—¡Nancy! ¡Venga aquí enseguida!

La joven le miró como atontada, avanzando vacilante para detenerse luego y mirar en dirección al lugar de la lucha.

Desde lejos les llegaban los aullidos de los de Beaujolais y se notaba en ellos un dejo triunfal.

—¡Nancy! —gritó Glystra—. Suéltenos antes que vuelvan y nos maten—. Le miró ella con extraña expresión contemplativa.

Desde el campo de batalla les llegó un coro de aullidos que resonaban en todos los alrededores. Hubo luego unos golpes extraños y de pronto cesaron los gritos de los soldados de Beaujolais, oyéndose luego la voz profunda de Atman el Azote.

—¡Nancy! —gritó Glystra—. ¡Venga aquí! ¡Desátenos! Llegarán en cualquier momento.

Saltó ella entonces mientras sacaba un cuchillo de su faja. Varios tajos rápidos y los terráqueos se vieron libres y empezaron a frotarse las muñecas, sintiendo ya los efectos de la borrachera producida por el zygage.

—Por lo menos no tenemos ya que preocuparnos de vigilar a los de Beaujolais —masculló Glystra.

—Los gitanos tendrán una fiesta esta noche —dijo Bishop.

Él era el único del grupo que parecía bien despierto y con más viveza mental que todos los otros, dando la impresión de retener aún ese ánimo especial que sintieran sus compañeros sólo bajo la influencia de la droga. Glystra le observó saltar de un lado a otro y ello le hizo sentirse aún más apabullado que antes.

Moss Ketch inclinóse con gran esfuerzo, como si fuera un viejo reumático y recogió un reluciente objeto de metal.

—La pistola de rayos de alguno de nosotros —dijo Glystra recorrió el oasis y halló la suya, donde la arrojaran los soldados.

—Aquí está la mía —dijo—. Estaban demasiado borrachos para preocuparse de nada—. Sintió en la cara una bocanada del humo que le traía el viento y volvió a reanimarse un poco—. ¡Diablos, qué potente es esa droga!

Steve Bishop habíase puesto boca abajo en el suelo y hacía flexiones, levantando el torso con ayuda de los brazos. Al notar las miradas de los otros se incorporó de un salto.

—Es que me siento muy bien —dijo sonriendo—. Ese humo me ha llenado de energías.

Sobre la estepa silenciosa veíanse titilar las estrellas en el cielo aterciopelado. A poco se elevó de nuevo el cántico guerrero di los gitanos, ahora mucho más cerca. Algo pasó zumbando por lo alto y el zumbido se repitió multiplicándose entre las hojas.

—¡Abajo! —exclamó Glystra—. Son flechas... Apartarse del fuego.

El cántico se hizo más audible, aunque los oyentes no alcanzaban a comprender las palabras. Después oyeron la voz tonante de Atman que decía:

—¡Vengan aquí, hombres extraños, miserables intrusos! Yo soy Atman el Azote, el cazador de esclavos. La vida es un peso para ustedes, los pensamientos les torturan. Los engancharé a mis carros, y comerán hierba y no les molestarán los pensamientos. Acérquense a Atman...

Vieron su silueta y, algo más atrás, una hilera de zipangotes. Glystra le apuntó con su pistola de rayos, pero vaciló luego.

—Le conviene dejarnos en paz, Atman —gritó.

—¡Bah! —repuso el otro con gran desdén—. No se atreven a ponerse de pie para hacerme frente. Ahora iré a buscarle. Deje su tubo eléctrico y baje la cabeza.

Glystra se dispuso a dejar su pistola en el suelo, pero después meneó la cabeza, luchando contra la hipnótica influencia del individuo. Apretó entonces la empuñadura y vio saltar el rayo hacia Atman sin que le hiciera el menor daño. *¡Está aislado!*, pensó Glystra, lleno de alarma.

Atman parecía relucir ahora en la oscuridad debido a los rayos que había absorbido. Bishop corrió entonces hacia él y el individuo lanzó un aullido impresionante al tiempo que se le echaba encima. El terráqueo agachóse, le esquivó ágilmente y se levantó de pronto, lanzándole por el aire. El jefe nómada describió dos vueltas completas para caer en tierra con una tremenda sacudida. Bishop sentóse sobre él, movió las manos rápidamente y se puso de pie enseguida. Glystra se le acercó con lentitud, sin saber qué había pasado.

—¿Qué le hizo? —preguntó.

—Le apliqué unos golpes de judo —repuso modestamente su compañero—. Me imaginé que el individuo ganaba sus batallas con la voz y la influencia hipnótica de su personalidad. Ahora acabo de matarlo asestándole un golpe en el lugar más apropiado.

—No sabía que era usted experto en judo.

—No lo soy. Hace unos años leí un libro sobre el tema y ahora me ha vuelto todo a la mente... ¡Diablos, cuántos zipangotes!

—Deben haber pertenecido a los otros politboros que mataron loa de Beaujolais. Ahora son nuestros.

—¿Dónde están los otros gitanos?

Glystra se puso a escuchar y no logró oír nada en los alrededores.

—Se han ido.

Volvieron al oasis aballando a los zipangotes.

—Convendría que partiéramos —propuso Glystra.

—¿Ahora? —exclamó Fayne.

—¡Ahora! —afirmó el jefe—. Me desagrada tanto como a ustedes, pero al menos podemos ir montados.

Por la mañana y por la tarde cabalgaron los terráqueos a lomos de los zipangotes, sintiéndose atontados por la fatiga, aunque sin poder dormir debido al paso desigual de los animales. Al fin llegó el atardecer y empezó a disminuir la luz en el cielo.

Encendieron una hoguera en una depresión, prepararon una olla de potaje y, luego de disponer las guardias, se acostaron a dormir.

La mañana siguiente, al abrir los ojos, Glystra vio a Bishop que corría de un lado al otro con gran energía. Se restregó los ojos, bostezó y se puso de pie. Como se sentía aún muy desanimado y de malhumor, le gritó al otro:

—¿Qué diablos le ha pasado? Es la primera vez que le veo hacer ejercicio.

La larga cara de Bishop se sonrojó levemente.

—Ni yo mismo lo entiendo —repuso—. Es que me siento mejor que nunca en mi vida. Será que las vitaminas me están haciendo efecto.

—Nunca le hicieron efecto hasta después que aspiramos el humo de zygage. Fue entonces cuando se convirtió en un superhombre y dominó tan fácilmente a Atman.

—¿Le parece que esa droga me habrá afectado de manera permanente?

Glystra se restregó la barbilla.

—Si es así, parece ser algo muy bueno... ¿pero por qué nos embriagó a nosotros y nos dejó tan abatidos? —Contempló a su interlocutor con expresión meditativa—. Ahora

recuerdo que usted se había atiborrado de vitaminas un momento antes de que nos cubriera el humo.

—Es verdad, así es. ¿Habrá alguna relación? ¡Qué interesante!

—Si alguna vez llego a echar mano a un poco más de zygage, lo constataré debidamente —masculló Glystra.

Así pasaron cuatro días de viaje constante, desde el amanecer hasta el ocaso. No vieron ningún ser humano hasta que, la tarde del cuarto día, se encontraron con un par de jóvenes gitanas de dieciséis o diecisiete años que atendían a una veintena de torpes animales de pelaje amarillento, muy velludos, más o menos del tamaño de ovejas, y a los que se conocía por el nombre de pechavis.

Las dos jóvenes vestían harapientos vestidos grises y tenían los pies envueltos en trapos.

Al ver a los viajeros abandonaron sus animales para correr hacia ellos.

—¿Son ustedes cazadores de esclavos? —preguntó la primera en tono muy animado—. Deseamos ser esclavas.

—Lo siento, pero no somos más que viajeros comunes —contestó Glystra—. Además, vuestra propia gente se dedica a la caza de esclavos. ¿Para qué buscar extranjeras? ¿Y por qué tienen tanto interés?

Rieron ambas, mirándole como si hubiera formulado una pregunta tonta.

—A los esclavos les dan de comer a menudo y en platos. Además, pueden refugiarse bajo techo cuando llueve. Los gitanos no venden a su propia gente, y nosotros lo pasamos peor que los esclavos.

Las miró Glystra sin saber qué hacer. Si se ocupaba de mejorar la situación de todas las personas a las que encontraran a su paso, jamás llegarían a la Junta Terráquea. Miró luego por sobre su hombro.

—A mí me vendría bien una buena criada —dijo Elton entonces—. Tú... ¿Cómo te llamas?

—Soy Motta. Esta es Wailie.

—¿Algún otro? —preguntó Glystra con muy poco entusiasmo.

Pianza negó con la cabeza. Roger Fayne lanzó un resoplido, apartándose del grupo.

—Yo me quedo con ella —dijo Steve Bishop.

Tres días más de viaje por la estepa, y cada uno igual al anterior. El cuarto día cambió el aspecto del terreno; los helechos tornáronse más altos y difíciles de atravesar. Entre ellos crecían también matorrales muy espesos, de dos metros de altura y con hojas muy similares a las colas de los pavos reales. Adelante, a la distancia, apareció una línea oscura que las gitanas identificaron como la orilla del Río Oust.

A media tarde llegaron a Edelweiss, un fuerte rodeado por una empalizada muy alta y con una construcción de tres pisos en cada esquina.

—A veces los cosacos del sur atacan a los Magickers para apoderarse de la sal gris que viene desde Gammerei. Por eso es que está tan bien fortificado el pueblo de Edelweiss.

El sol de la tarde iluminaba plenamente todo el pueblo, el que desde lejos parecía una miniatura de color castaño claro y oscuro, con ventanas negras y tejados verdes y negros. En el centro del poblado se elevaba un poste muy alto con una caseta en su parte superior, semejante a los miradores de los navíos antiguos.

Motta explicó el propósito del poste.

—El alambre elevado que va hasta la Isla del Pantano está sujeto a lo alto del poste. Además, los Magickers siempre vigilan las distancias, interpretan las señales que les dan las nubes y sus sabios ven así el futuro.

—¿Mirando las nubes?

—Así dicen. Pero, como somos mujeres, nosotras sabemos muy poco al respecto.

Continuaron el avance hacia el río, y con el sol a su espalda, se pusieron a observar el tremendo Oust, el que llegaba desde las lejanías del norte y se perdía muy lejos hacia el sur, desviándose un tanto en dirección al oeste. Veíanse flotar algunas cosas raras en su superficie y de tanto en tanto había una turbulencia procedente de sus profundidades, como si algún monstruo agitara las aguas. La otra costa, distante cuatro o cinco kilómetros, era baja y llana, y en ella crecía una densa selva de troncos pelados de unos sesenta metros de altura. Una gran isla cargada de vegetación dividía en dos el río.

—¡Miren! —gritó Fayne, aunque ya todos observaban lo mismo que él.

Desde detrás de la isla vieron salir flotando un monstruo negro de cuerpo redondeado y brillante, cabeza similar a la de una rana, con una boca espantosamente grande. La cabeza adelantóse de pronto para atrapar algo que había en el agua y se puso a masticarlo, hecho lo cual se tendió luego sobre la superficie y el monstruo describió un círculo y perdióse de vista detrás de la isla.

Fayne lanzó un suspiro.

—¡Diablos! ¡Qué vecino terrible! —dijo.

Pianza observó las aguas con expresión preocupada.

—Me extraña que alguien se atreva a cruzar...

—Usan el alambre elevado —le aclaró Elton.

Era un cable delgado de color gris que se extendía desde el poste del pueblo hasta uno de los troncos de la selva en la orilla opuesta. En la parte más baja de su curva se hallaba sólo a quince metros de la superficie del agua.

Glystra soltó un gruñido de disgusto.

—No hay duda que el cruce del río depende de ellos... Supongo que tendremos que solicitarles permiso para efectuarlo.

—Es así como los Magickers adquieren su riqueza —dijo Motta.

—Probablemente nos lo harán pagar muy caro —masculló Fayne. Claude Glystra pasóse una mano por el pelo.

—No nos queda otro remedio que adaptarnos a las circunstancias —decidió.

Acto seguido partieron a lo largo del cantil de la barranca en dirección al pueblo.

Sobre ellos se elevaban las paredes de Edelweiss formadas por maderos de sesenta centímetros de espesor, clavados profundamente en tierra, atados en lo alto con rústicas fibras y, sin duda, sujetos por el interior por medio de tarugos. La madera parecía ser blanda y algo esponjosa, por lo que pensó Glystra que cualquier individuo decidido podría abrirse paso hacia el interior con ayuda de un hacha.

Se detuvieron frente a la puerta, la que se abría en la parte de atrás de un nicho rectangular bien reforzado con otros troncos colocados de través sobre los que formaban la pared. La puerta estaba abierta y dejaba ver un pasaje breve que terminaba en otro muro de troncos.

—Es extraño —dijo Glystra—. No hay guardianes, no hay portero... ¡No hay nadie!

—Tienen miedo —dijo Wailie, y, elevando la voz, gritó—: ¡Magickers! ¡Salid a conducirnos hasta la línea aérea!

No hubo otra respuesta que un ruido furtivo detrás de la pared.

—¡Salid o quemaremos los muros! —aulló Motta.

—¡Dios mío! —masculló Pianza. Wailie quiso sobrepasar a su amiga.

—¡Salid a recibirnos... o los pasaremos a todos a cuchillo! —gritó.

Steve Bishop le tapó la boca con la mano.

—¡Mataremos a los Magickers y arrojaremos toda la ciudad al río! —chilló Motta.

Hubo un movimiento en el pasaje y se adelantaron tres ancianos calvos, de lento andar, descalzos y ataviados sólo con astrosos taparrabos.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó el primero con voz trémula—. Sigan su camino sin molestarnos; no tenemos nada de valor.

—Queremos cruzar el río —le dijo Glystra—. Crúcenos y no les molestaremos más.

Los ancianos se consultaron en voz muy baja, observando recelosamente a los viajeros. Por fin anunció el que hablara primero:

—Está demasiado avanzado el año. Tendrán que esperar.

—¡Un momento! —exclamó Glystra con indignación—. ¿Esperar aquí fuera?

—Somos gente tranquila, hechiceros inocentes y traficantes honrados. Ustedes son hombres de las tierras salvajes y sin duda vienen a robarnos nuestros efectos de valor.

—¿Nosotros ocho? ¡Tonterías! Sólo queremos cruzar el río.

—Imposible —respondió el viejo.

—¿Por qué?

—Está prohibido.

Retiróse el anciano y se cerró la puerta con violencia.

—¿Por qué diablos...? —masculló Glystra.

Asa Elton indicó el poste elevado con la caseta.

—Allí arriba hay un heliógrafo que ha estado haciendo señales hacia el oeste. Me parece que han recibido órdenes de Beaujolais.

—En tal caso urge cruzar —decidió Glystra—. Aquí estaríamos atrapados.

Fayne avanzó hacia la orilla para mirar al río.

—No se ven embarcaciones —manifestó.

—Ni siquiera materiales para hacer una almadía —gruñó Pianza.

—Una almadía no nos serviría —señaló Fayne—. No hay modo de impulsarla.

Glystra observó los muros de Edelweiss.

—¿Está pensando lo mismo que yo? —le preguntó Elton con una sonrisa.

—Estoy pensando que una sección de esa pared, la que corre paralela al río, sería una balsa magnífica.

—¿Pero cómo cruzaríamos el río? —quiso saber Fayne—. Veo que la corriente es impetuosa; nos arrastraría hasta el Golfo Marwan.

—Allí a la vista tenemos el método más indicado —repuso Glystra, haciendo un nudo corredizo en el extremo de una cuerda—. Voy a trepar el muro; ustedes defiéndanme desde abajo.

Improvisó un lazo que logró enganchar al extremo de uno de los altos postes que formaban la pared y trepó con gran agilidad, asomándose cautelosamente al llegar arriba. Después subió al remate del muro.

—Aquí arriba no hay nadie —dijo a sus compañeros—. Es una especie de tejado. Elton, suba usted.

Elton se le unió en contados segundos. Tras ellos vieron las paredes y ventanas cerradas del pueblo silencioso.

9 — EL GRIAMOBOT

Oyeron luego un ruido a sus espaldas y al volverse vieron que era Moss Ketch que acababa de trepar a lo alto del muro.

—Tenía deseos de ver cómo era esto —dijo, observando los techos bajos de la población—. Muy poca cosa.

—Fíjese en la pared —le dijo Glystra—. Está asegurada arriba por medio de cuerdas y en el medio con tarugos. Si cortamos la cuerda en esos tres puntos —indicó una ranura vertical en la que se veían los tarugos—, y si uno empujara en cada esquina, creo que podríamos derribar esta sección de la pared directamente hacia el río.

—¿Y esas serpientes marinas, los griamobots? —preguntó Ketch.

—Son la incógnita del caso. Tendremos que arriesgarnos.

—Podrían aparecer por debajo de la balsa.

Asintió Glystra.

—Es un riesgo —dijo—. ¿Prefieren quedarse aquí?

—No.

—Manos a la obra —propuso Elton, estirando sus largos brazos. Glystra miró hacia el cielo.

—Una hora de luz —expresó—. Es suficiente para cruzar, siempre que salga todo bien. Ketch, vuelva a bajar, y llévese a todo el grupo, así como a los zipangotes, hasta la playa debajo del barranco. Naturalmente, tengan cuidado para cuando empiece a caer la pared. Si da en el río, asegúrela a la costa para que no se la lleve la corriente.

Ketch descendió a tierra, mientras que Glystra decía a su otro compañero:

—Tenemos que hacer esto antes que descubran nuestras intenciones.

Mirando por el costado del muro vio que seis metros más abajo estaba el cantil de la barranca, desde el cual hasta la playa había cinco metros más.

—No se enganchará en nada —opinó—. Oreo que bajará por su propio peso.

—Con cinco metros de pared creo que bastará —dijo Elton—. Esta madera es muy liviana.

—No se trata de lo que necesitemos, sino de lo que podamos arrancar. No creo que se queden en paz mientras la sacamos.

Abajo, en la playa, vieron la hilera de zipangotes con Ketch, Pianza, Bishop, Fayne y las tres mujeres.

Glystra hizo una señal a Elton, sacó su cuchillo y cortó la cuerda de fibra que aseguraba la parte superior de la pared. Desde atrás les llegó un súbito grito de furor y acto seguido aparecieron cuatro viejas que gesticulaban y aullaban como endemoniadas. Tras ellas vieron a un número de Magickers, individuos flacos, de piel muy blanca, pintados los hombres con pinceladas verdes.

Se partió la cuerda al primer tajo.

—Ahora —dijo Glystra.

Así diciendo, apuntó con su pistola de rayos y apretó la empuñadura tres veces consecutivas. Desaparecieron los tarugos y se ensanchó la ranura que se extendía hacia abajo. Apoyando los hombros sobre el extremo de los troncos, empezaron a empujar con todas sus fuerzas. La sección de la pared se inclinó hacia afuera, crujiendo ruidosamente, mas no cedió del todo.

—Abajo —jadeó Glystra—. Hay otras ataduras más abajo. —Se agachó para mirar al interior oscuro debajo del techo—. Tendremos que disparar a ciegas. Ocúpese usted de su lado; yo haré lo mismo en el mío.

Se vieron dos rayos de luz violácea y una lengua de fuego levantóse por los troncos chamuscados, apagándose casi enseguida. Volvió a crujir la pared y se inclinó más hacia

afuera.

—Ahora —gritó Glystra—. Antes que traigan aquí su ejército... ¡No vaya a caerse con ella!

Se tambaleó la sección de la pared que habían separado y cayó al fin hacia afuera, yendo a dar de canto sobre la playa. Estuvo un instante así parada y se inclinó por último despaciosamente para caer ruidosamente en el agua, levantando una nube de espuma.

Glystra alcanzó a ver a Ketch que corría con una cuerda en la mano. Después no tuvo tiempo para observar más, pues se volvió a fin de hacer frente al ataque de los Magickers, los que gruñían furiosos. Empero, retrocedieron a saltos con gran nerviosidad al notar que los miraba.

Las mujeres seguían aunando y llorando, pero los hombres no se decidían a atacar. Glystra lanzó otra mirada hacia el río. La pared, convertida ahora en una gran almadía, flotaba sobre el agua, poniendo tirante la cuerda con la que la había asegurado Ketch. Fayne y Pianza se hallaban de pie en la playa, mirando hacia arriba.

—Lleven a bordo a los animales y atenlos en el medio —les gritó Glystra.

Bishop le respondió algo que el jefe no alcanzó a captar, pues en ese momento se volvió de nuevo hacia los Magickers que se adelantaban furtivamente.

—¡Atrás, atrás! —les gritó—. Si siguen avanzando les dejaré sin piernas.

Mas sus palabras cayeron en el vacío. Con los dientes al descubierto, los Magickers continuaban su avance sin detenerse. De pronto empezaron a blandir largas picas rematadas de negras puntas muy aguzadas.

—Parece que tendremos que matar a unos cuantos, a menos que se asusten... —masculló Glystra.

Acto seguido apuntó con la pistola hacia el techo e hizo un agujero a los pies del Magicker más cercano.

El individuo no levantó siquiera la vista que tenía fija en ellos.

—Están como enloquecidos —dijo Glystra—. ¡Pobres diablos! No me gusta nada...

Apretó de nuevo la culata y de sobre el techo volaron los que quedaban vivos, huyendo de la muerte eléctrica que les perseguía. Glystra acercóse al borde, gritando a los de abajo.

—Preparen una cuerda y aten lo que sigue.

Asa Elton miraba hacia el alto poste.

—Convendría que derribáramos todo —dijo—. De otro modo pasará el cable tan rápidamente que no lo verán siquiera. Fíjese que tres de las cuerdas de sostén corren hasta lo alto y otras tres hasta el medio del poste. Si cortamos las tres de arriba se cortará la columna en dos.

Glystra examinó el cargador de su pistola.

—Tenemos que ahorrar cargas; no queda mucha en ésta.

Así diciendo, apuntó e hizo el disparo. Se cortaron tres de los cables grises para caer sobre los tejados de Edelweiss y el poste se cortó en dos, desplomándose casi a sus pies. Repentinamente cesaron los lamentos de los Magickers.

—¡Aquí va! —gritó Elton a los otros—. ¡Cuidado arriba!

—¡Agárrenlo! —aulló Glystra—. ¡Asegúrenlo a la almadía!

Empezó a descender por la pared seguido por Elton. Ya abajo, corrieron por lo alto del barranco y hallaron al fin un punto por el cual descender a la playa.

—Aprisa —gritó Pianza—. La cuerda no soportará todo el peso y podría cortarse en cualquier momento.

Elton y Glystra se internaron en el río para subir a la almadía improvisada.

—¡Suelten!

La balsa apartóse de la orilla. Tras ellos se convirtió el barranco en un manchón

oscuro sobre el que quedaba el pueblo de Edelweiss, privado ahora de sus defensas.

—¡Pobres diablos! —murmuró Glystra.

La corriente empezó a arrastrarlos río abajo, mas frenó su marcha el cable al que estaban sujetos y que se hallaba fijo a uno de los sostenes de la orilla opuesta.

—¡Ah! —suspiró Fayne, sentándose sobre los troncos—. ¡Qué paz maravillosa!

—Alégrense cuando hayamos llegado a la otra orilla —le dijo Ketch—. Todavía tenemos que esquivar a los griamobots. Fayne se levantó a toda prisa.

—Me había olvidado de ellos. ¡Dios mío! ¿Dónde están?... Si no es una cosa es la otra.. .

—Miren —dijo Bishop en ese momento.

Se volvieron todos al mismo tiempo para observar el objeto que subía por un costado de la balsa: una cosa gruesa, reluciente y musculosa que se deslizó hacia arriba con movimientos bruscos. Veinte centímetros más y Pianza soltó la carcajada, mientras que Bishop avanzaba hacia el objeto.

—Creí que era el extremo de un tentáculo —dijo.

—Es una especie de sanguijuela.

—¡Repugnante! —exclamó Bishop, desalojándola de un puntapié.

De pronto se agitó la almadía, girando hacia un costado, mientras que en los alrededores se elevaban columnas de agua.

—Hay algo abajo —susurró Glystra. Motta y Wailie empezaron a gemir.

—¡Silencio! —ordenó Glystra.

Callaron las jóvenes y cesó el movimiento de inmediato.

—Mire hacia el barranco de Edelweiss —dijo entonces Bishop, tocando el brazo del jefe.

Acababa de aparecer una antorcha encendida que se apagó y volvió a encenderse para apagarse de nuevo a intervalos irregulares.

—Están enviando un mensaje en código. Probablemente a los pobladores de la Isla del Pantano. Espero que nadie corte el cable en esa parte.

—Fayne podría nadar hasta la orilla con un mensaje —sugirió Elton, y rió divertido ante la expresión indignada de Fayne.

Desde detrás de la isla salió el griamobot con la cabeza en alto, como buscando presa. La oscuridad ocultaba los detalles y lo único que podía verse claramente eran sus ojos brillantes. El agua se agitaba alrededor de su enorme cuerpo del que llegaba a los viajeros un ruido pavoroso.

Se movió la cabeza de un lado a otro para apuntar repentinamente hacia ellos.

—Nos ha visto —murmuró Glystra mientras sacaba su pistola—. Tal vez pueda herirlo o alejarlo... Esta arma no tiene suficiente poder para matarlo si nos ataca con decisión...

—Vuélele la cabeza —sugirió Pianza con voz trémula—. Así no podrá vernos.

Asintió Glystra y el rayo violáceo tocó la cabeza de la bestia, destrozándosela como si fuera una bolsa de papel. Pero el cuello continuó serpenteando y el griamobot no cesó en su avance ni cambió de dirección.

El jefe apuntó al cuerpo e hizo otro disparo al que siguió un ruido como el de un papel que se rompiera y apareció un agujero en el cuerpo oscuro del animal. Del orificio empezaron a salir objetos blancos.

Glystra se quedó boquiabierto, mas disparó nuevamente a la altura del agua. Oyóse entonces una babel de voces humanas que salían del interior del griamobot.

El cuerpo se inclinó hacia un costado y unas formas blancas empezaron a salir por el agujero.

—¡Ponerse a cubierto! —gritó Glystra—. ¡Nos atacan!

Una pica se clavó en un tronco a su lado y a la primera siguieron otras más, luego de lo cual se oyó un golpe sordo y un prolongado gemido de dolor.

—¡Ketch! —gritó Glystra.

Tirando inútilmente de la pica sepultada en su pecho, Moss Ketch cayó de rodillas, inclinó la cabeza y se quedó inmovilizado en esa posición.

—¡Nos abordan! —gritó Fayne.

—¡Apártense! —ordenó Pianza.

Avanzó entonces para descargar los rayos de su pistola calórica contra los atacantes, los que parecieron arder repentinamente y cayeron al río convertidos en carbones.

Lo que fuera del cuerpo del griamobot estaba ahora tendido sobre la superficie del agua y era llevado por la corriente.

Claude Glystra acostó a Ketch sobre la almadía, se puso de pie y miró hacia Edelweiss. Al cabo de un momento volvióse de nuevo.

—Fayne, déme una mano.

Así diciendo, tomó los tobillos del cadáver. Al tomar Fayne los brazos, vaciló un instante.

—¿Qué va a hacer? —quiso saber.

—Arrojarlo al agua. Lo siento, pero no podemos dejarnos dominar por la emoción.

Fayne abrió la boca, quiso decir algo, pero pareció ahogarse. Al cabo de un momento se repuso y expresó muy quedo:

—¿No le parece que deberíamos... darle sepultura decente?

—¿Dónde? ¿En el pantano?

Fayne se agachó de nuevo hacia el cadáver. Mientras tanto, Glystra miraba de nuevo en dirección a Edelweiss.

—El griamobot era una farsa, una empresa comercial para que la gente le tuviera miedo al río y se viera obligada a usar la línea aérea...

Reinaba la noche en el Planeta Grande y las orillas estaban ocultas por la oscuridad. Sobre la almadía era todo silencio, salvo el ligero golpetear del agua contra los costados de los troncos. Iban flotando aguas abajo, empujados por la corriente y acercándose cada vez más a la costa opuesta gracias al cable que fuera hasta poco antes la línea aérea.

Sobre ellos se erguían los árboles de la Isla del Pantano, desde la que llegaba a sus oídos el chirriar de innumerables insectos. No había luces visibles.

La balsa golpeó suavemente contra un banco de barro y se detuvo.

—Tendremos que esperar la luz del día —dijo Glystra—. Tratemos de dormir un poco...

Pero todos se quedaron contemplando el agua negra, sintiendo profundamente la muerte de Ketch.

Al fin despuntó el alba, tiñendo el cielo de una luminosidad sonrosada y suavísima. Hacia el este se vio un resplandor amarillento, detrás de la arboleda de la Isla del Pantano, cuyos gigantes de espeso follaje se elevaban hasta unos sesenta metros de altura.

Motta soltó un grito que hizo volverse a Glystra con el corazón en la boca. Un tremendo cuerpo negro ocupaba gran parte del río y en lo alto movíase de un lado a otro una enorme cabeza abierta casi en dos por las fauces erizadas de dientes. La cabeza se inclinó hacia abajo y los ojos se abrieron extraordinariamente al tiempo que se arqueaba el cuello; después se hundió la cabeza en el agua para volver a salir con la boca llena de fibrosas algas que desaparecieron garganta abajo. Después hubo un resoplido y la bestia volvió a hundirse en el río.

Los ocupantes de la almadía volvieron a respirar y las mujeres rieron histéricamente...

Glystra exhaló un profundo suspiro.

—Evidentemente, existen los griamobots.

—Doy fe —declaró Roger Fayne.

—Pero... son vegetarianos. Los Magickers arreglaron las cosas para que los creyeran carnívoros; de ese modo desviaron el tránsito del río hacia la línea aérea... Bueno, en marcha.

La almadía quedó desocupada, flotando en el agua. Los zipangotes se hallaban ya cargados y listos sobre la tierra pantanosa, levantando y bajando sus patas mientras extendían, sus cuellos muy cerca del suelo.

Glystra internóse un trecho en el pantano a fin de buscar el camino más firme. Los troncos grisáceos, cubiertos de un musgo verdoso, impedían ver más allá de treinta metros a la redonda; pero, según pudo comprobar, el suelo era bastante firme y estaba cubierto en algunas partes por un agua verdosa y poco profunda.

El jefe volvió hacia el río, donde los zipangotes estaban ahora en hilera, tocando la cabeza de uno con los cuartos traseros del que le precedía.

—Vamos —ordenó.

Dejaron atrás el río para perderlo de vista poco después. La caravana avanzaba serpenteando por entre las altas hierbas, yendo ahora hacia la izquierda y luego hacia la derecha, esquivando los trechos cubiertos de agua.

Elevóse el sol y los viajeros continuaron su avance por lugares alternados de luz y sombra.

10 — LA MONOLÍNEA

Más o menos a mediodía vieron de pronto un claro ante ellos, y, algo más allá, un lago de aguas transparentes que agitaba la brisa y en las que se reflejaba el azul del cielo. A la distancia flotaban, unas cuantas embarcaciones de anchas velas latinas de color anaranjado, y más lejos veíase la Ciudad del Pantano, elevada en el aire, sobre lo alto de la selva, semejante a un espejismo, y a Glystra le recordó una antigua aldea de pescadores.

Durante un momento estuvieron todos contemplando la ciudad sobre zancos; luego les sobresaltó un ave azul y amarilla que pasó por el aire lanzando agudos chillidos.

—Por un instante creí que se nos echaban encima los Magickers —dijo Fayne.

Reanudaron la marcha por la selva, continuando sus rodeos y revueltas para avanzar luego en trechos rectos de cinco o seis metros y volver de nuevo a serpentear por el pantano. El sol siguió su marcha a través del cielo y al fin, a media tarde, Glystra vio arriba las paredes y casas de la ciudad. Cinco minutos más tarde llegaba la caravana a la sombra de las mismas.

—Un momento, por favor —dijo una voz tranquila. Un pelotón de soldados se hallaba cerca de ellos. Eran todos hombres fornidos que lucían chaquetillas encarnadas. El oficial se adelantó hacia Glystra.

—¿Me informa lo que le trae aquí, por favor?

—Venimos de paso. Somos viajeros.

—¿Viajeros? —El oficial observó los zipangotes—. ¿De dónde?

—De Jubilith, al norte de Beaujolais.

—¿Cómo cruzaron el río con las bestias? No puede haber sido por la línea aérea; nuestro agente nos habría avisado.

—Las cruzamos anoche en una almadía.

El oficial se atusó los mostachos.

—¿Y los griamobots...?

—Los Magickers les han estado engañando —explicó Glystra con una sonrisa—. Los griamobots son vegetarianos e inofensivos. El único griamobot peligroso era uno que construyeron los Magickers con madera y papel y llenaron de soldados.

El oficial masculló algunas palabras poco amables, agregando:

—Lord Wittelhatch querrá enterarse de esto. Los reglamentos y tarifas de los Magickers le tienen molesto desde hace tiempo, especialmente porque el que hizo instalar el cable fue él.

—Ese cable me interesa —expresó Glystra—. ¿Es de metal?

—No, no, en absoluto. —El oficial, que era un apuesto joven de rostro muy expresivo y enhiestos mostachos, rió afablemente—. Vengan, les llevaré donde podrán descansar todos y por el camino verán nuestra industria. Somos los fabricantes de cuerda, de este mundo; en ninguna otra parte encontrarán un cable como el nuestro.

Vaciló Glystra un instante.

—Deseábamos avanzar lo más posible antes del anochecer. Quizá quiera usted indicarnos...

—Un hombre rico que llevara prisa viajaría en la monolínea —declaró el oficial—. Costaría mucho metal... Le conviene conferenciar con Wittelhatch.

—Muy bien.

Glystra hizo una señal a la columna, la que siguió al oficial, y así llegaron a un lugar donde se trabajaba con gran ahínco.

Una serie de caminos de cuerda trenzada ocupaban un área de ciento cincuenta metros cuadrados, la que estaba libre de obstáculos y donde quedaban sólo los suficientes troncos pelados para sostener la ciudad de arriba. Cada camino de cuerda consistía de una

serie de armazones. Al irse formando, la cuerda pasaba por un orificio en el armazón e inmediatamente después atravesaba una rueda que giraba alrededor de la misma como si la cuerda fuera su eje. Fijos a intervalos regulares en la soga había cinco tarugos muy gruesos que la retorcían a medida que de otros orificios se le agregaban más hebras de la materia prima de que estaba hecha la soga.

Glystra observó el camino. Cada armazón tenía su rueda y cada rueda estaba dotada de cinco tarugos que ejercían su función específica.

—Está muy bien —comentó—. Muy bien.

—No hay mejor cuerda que la nuestra —declaró con orgullo el oficial—. Flexible, impermeable y muy fuerte. La proveemos para las monolíneas de Felissima, Bogover, Thelma y la línea larga hacia Grosgarth en Beaujolais, así como la que va a la Fuente de Myrtlesee.

—¡Hum!... ¿Y qué es la monolínea?

Rió el oficial.

—Ahora bromea usted. Venga que le llevaré en presencia de Wittelhatch, quien sin duda les invitará a su festín de la noche. Tengo entendido que están cocinando un excelente conger en su horno.

—¡Pero nuestro equipaje! Y los zipangotes no han comido todavía; en el pantano no hay nada para ellos.

El militar hizo una señal y enseguida se adelantaron cuatro de sus hombres.

—Atiendan y den de comer a las bestias, límpienles las patas y el pelaje —ordenó. A Glystra le dijo—: Vuestro equipaje estará seguro; en la Ciudad del Pantano no se conocen ladrones. Aquí somos todos mercaderes e industriales, pero ladrones no.

Wittelhatch era un hombre obeso, de cara redonda, rubicunda y jovial, y ojos de mirar astuto. Vestía una blusa blanca con ranas rojas y amarillas bordadas sobre la pechera, una faja roja, pantalones azules ajustados y botas negras. De cada una de sus orejas pendía un arete de oro y en cada dedo lucía anillos de diversos metales. Se hallaba instalado en su sillón ceremonial y parecía haberse sentado en él en ese momento, pues aún se estaba acomodando las ropas.

El oficial inclinóse airosamente e indicó a Claude Glystra con un ademán.

—Un viajero del oeste, señor.

—¿Del oeste? —Wittelhatch observó a Glystra—. Tengo entendido que está cortada la línea aérea que cruza el río y será necesario volver a instalarla. ¿Cómo cruzaron entonces?

Claude Glystra le puso al tanto del engaño de los Magickers y el señor feudal se puso furioso.

—¡Condenados pillastres! —exclamó—. ¡Pensar que les he mandado tantos clientes por compasión! ¡Me desazona tener que vivir tan cerca de esos canallas!

Glystra dijo con mal contenida impaciencia:

—Nosotros desearíamos continuar nuestro camino. Su oficial sugirió que usáramos la monolínea.

Wittelhatch se tornó de inmediato atento y considerado, como buen hombre de negocios que era.

—¿Cuántos hay en el grupo?

—Ocho y el equipaje.

El señor feudal volvióse hacia el oficial.

—¿Qué sugieres, Osrik? ¿Cinco y uno?

El militar meditó un momento.

—El equipaje es considerable. Sería mejor dos y dos, y como no están

acostumbrados a los vehículos, también un guía.

—¿Qué destino llevan? —preguntó Wittelhatch.

—Queremos llegar lo más lejos posible hacia el este.

—Sería Myrtlesee... La verdad es que no me gusta que mis vehículos vayan tan lejos; tendrían que pagarme una suma muy substanciosa. Si compran los coches serían noventa onzas de buen hierro. Si los alquilan, sesenta onzas más la paga del guía y un agregado de diez onzas más como garantía.

Glystra regateó cortésmente, logrando reducir el precio del alquiler a cincuenta onzas y los zipangotes, mientras que Wittelhatch pagaría los servicios del guía.

—¿Querrías tú guiar el grupo? —preguntó el señor feudal a Osrik.

—Encantado —repuso el oficial, atusándose el mostacho.

—Muy bien. —dijo Glystra—. Partiremos de inmediato.

El viento hinchaba las velas y las ruedas del trolley giraban por la monolínea, un cable de dos centímetros de espesor fabricado en la Ciudad del Pantano. Desde la parte superior de la ciudad se extendía la línea de un poste a otro a través de cinco kilómetros de pantano hasta un promontorio rocalloso, cruzaba sobre el mismo a sólo dos metros de altura y se desviaba hacia el sudeste en una amplia curva. A intervalos de quince metros sostenían la línea unos soportes sujetos a los postes y dispuestos de tal manera que los vehículos se deslizaban sobre ellos con muy poca vibración al hacer el contacto.

Osrik viajaba en el primer vehículo, le seguía Glystra y después iban dos transportes de equipajes de tres ruedas cargados con las mochillas, cajas de víveres, ropas, el metal que representaba su riqueza, las vitaminas de Bishop, los avíos de acampar y diversos objetos que pertenecieran a los soldados de Beaujolais.

El primero de los transportes de carga era atendido por Elton, Motta y Wailie; en el segundo viajaban Nancy, Pianza y Bishop. Fayne cerraba la hilera en un vehículo para un solo pasajero.

Al examinar el coche en el que viajaba, Claude Glystra comprendió muy bien el poco deseo de Wittelhatch de separarse del mismo aunque fuese temporalmente. La madera había sido cortada y modelada con precisión extraordinaria y tan bien terminado el vehículo como lo hubieran hecho en alguna fábrica de la Tierra.

La rueda estaba formada por diez láminas separadas a las que se había unido con un material adhesivo para pulirlas luego en un acabado perfecto. Los rayos que sostenían el eje central eran de una madera especial y durísima. Servía de asiento una horqueta de árbol perfectamente modelada y sujeta al piso de tablillas. La propulsión se lograba por medio de velas sujetas a un mástil y que se podían izar y recoger desde el asiento sin la menor dificultad. Frente al conductor una manivela doble conectaba a un disco similar al «de una bicicleta, y haciéndola funcionar se podía hacer ascender el vehículo los trechos de la monolínea que iban hacia arriba, cosa necesaria cuando fallaba el impulso adquirido o no era posible impulsarse por medio de las velas.

A mediodía cambió el aspecto de la tierra. Empezaron a pasar por una región montañosa y fue necesario efectuar un traslado de los vehículos y todo su contenido a una línea que corría a nivel más elevado.

Al cabo del día durmieron en una cabaña desocupada cerca de la monolínea, y la mañana siguiente partieron a través de las montañas que eran la Cadena Wicksill, según les informó Osrik. El cable salvaba anchos valles, saltando de un risco al otro y pasando a veces a quinientos metros de altura. Al saltar aquellos abismos, los coches descendían por la curva de la línea con velocidad vertiginosa; luego, ya casi en el centro, aminoraba el impulso y el coche seguía llevado por la inercia en dirección al risco siguiente aminorando la marcha cada vez más hasta detenerse casi. Entonces se soltaba la vela en toda su

extensión y se ponía en uso la doble manivela para hacer girar la cremallera de la rueda y de ese modo ascendía el vehículo poco a poco hasta el punto alto al que iba destinado.

En la noche del tercer día comentó Osrik:

—Mañana a esta hora llegaremos a Kirstendale y no deben sorprenderse ante nada de lo que vean.

Glystra le urgió para que le diera más informes, pero el oficial parecía dispuesto a guardar reserva, movido evidentemente por el deseo de divertirse a costa de los viajeros.

—No, no —repuso—. Ya lo verán ustedes mismos. Es posible que abandonen este fantástico viaje y se instalen en Kirstendale.

—¿La gente es poco acogedora?

—En absoluto.

—¿Quién los gobierna? ¿De qué modo rigen sus vidas?

Osrik enarcó las cejas con expresión meditativa.

—Ahora que lo menciona, nunca he oído decir que hubiera gobierno en Kirstendale. En realidad, se gobiernan solos, si es que puede decirse que alguna norma rige sus vidas.

—¿Cuántos días hay desde Kirstendale hasta la Fuente de Myrtlesee?

—Nunca he hecho el viaje, pues no es del todo agradable. En ciertas épocas bajan los Rebbirs del Eyrie para molestar a los viajeros de la monolínea, aunque los Dongmen de Myrtlesee son de raza Rebbir y tratan de mantener libre este medio de comunicación.

—¿Qué hay más allá de Myrtlesee?

Osrik hizo una mueca de disgusto.

—El desierto; la tierra de los derviches comedores de fuego, bestias de presa, vampiros... y no sé qué más.

—¿Y después?

—Después están las Montañas Palo Malo Se y el Lago Blarengorran. Desde el lago corre hacia el este el Río Monchevior en el que podrían viajar una distancia muy considerable por medio de embarcaciones, aunque no sé dónde se pierden las aguas de ese río, pues van hacia regiones desconocidas para mí.

Glystra exhaló un suspiro. Cuando el Río Monchevior los hubiera llevado fuera de la tierra conocida por Osrik, aun les quedarían cincuenta mil kilómetros para llegar a la Junta Terráquea.

Durante la noche se descargó una tormenta y no hubo modo de escapar de la furia del viento y el agua. Los viajeros detuvieron su avance al amparo de un gran peñasco y allí se arrebujaron en sus mantas mientras la tempestad seguía su rumbo hacia el norte.

Húmedos y transidos de frío vieron despuntar un alba muy gris. Por un tiempo cesó la lluvia, aunque las nubes impulsadas por el viento seguían pasando a escasa distancia de donde se hallaban. Subiendo a sus coches voladores, izaron parte de las velas y partieron velozmente por la monolínea con gran chirriar de las ruedas.

Durante dos horas avanzaron a lo largo de un risco y el viento les impulsó montaña arriba con gran facilidad. Abajo vieron pasar la vegetación espinosa de color azulado, hacia la izquierda había un valle oscuro y lleno de una bruma casi impenetrable, mientras que a la derecha las nubes ocultaban el panorama, aunque en los momentos en que se abrían dejaban ver una región quebrada muy atractiva, llena de sierras, selvas, lagos pequeños y, aquí y allá, grandes castillos de piedra.

Osrik se volvió para mirar a Glystra al tiempo que hacía un ademán hacia la derecha.

—El Valle Galatudanian, con el Páramo Hiberniano más abajo. Una tierra de duques, caballeros andantes y barones que se roban unos a otros... Muy peligroso andar a pie por ella.

Acrecentóse la fuerza del viento y, desviándose hacia el este, los coches avanzaron

hacia el sudeste a ochenta kilómetros por hora, pudiendo haber viajado a mayor velocidad si Osrik no hubiera indicado a cada momento que recogieran velas.

Al final llegaron a una plataforma de la que partía otra línea en ángulo recto al curso que llevaban y descendía hacia el valle. El punto de destino de aquella nueva línea era invisible y todo lo que podía verse era la curva cada vez más lejana del cable blanco.

Nancy se estremeció al observar aquello.

—La ida es fácil —dijo Osrik con una sonrisa—. Al regresar es necesario darle a la manivela durante dos días para subir hasta aquí.

—¿Vamos a descender hacia allí? —preguntó Nancy con voz trémula. Asintió el oficial.

—Nos mataremos viajando a tanta velocidad. ¡Es terriblemente pronunciado el descenso!

—El viento frena la caída. No hay nada que temer. Síganme.

Osrik desvió su coche hacia la línea que descendía y un instante más tarde se perdía de vista por ella. Claude Glystra decidió imitarle sin perder tiempo.

—Bueno, creo que yo soy el siguiente —dijo.

Era como lanzarse al vacío desde lo alto de un acantilado. Los dos primeros kilómetros se deslizaron vertiginosamente, azotados por el viento, atravesando blancos jirones de nubes, mientras que el terreno de abajo no era otra cosa que un manchón impreciso.

Arriba zumbaba la rueda de manera incesante, aunque no sostenía casi peso alguno. La línea blanca extendíase hacia adelante, siempre curvándose poco a poco y perdiéndose de vista a la distancia.

Glystra notó luego que el zumbido de la rueda hacíase menos agudo; el cable descendía ahora de manera menos pronunciada y ya se veía el suelo que subía a su encuentro.

Pasó por sobre una selva gris verdosa, viendo abajo una serie de cabañas de troncos y una docena de chiquillos que les miraban. Después desaparecieron y vio delante una plataforma instalada sobre lo alto de un árbol gigantesco. En ella le esperaba Osrik.

Descendió despaciosamente a la plataforma, notando que el oficial le miraba sonriente.

—¿Le gustó el descenso?

—Me gustaría viajar a esa velocidad durante veinte días para poder llegar así a la Junta Terráquea.

Vieron vibrar el cable y al mirar hacia arriba observó Glystra el coche de carga con Asa Elton, Motta y Wailie.

—Podríamos continuar —dijo Osrik—. De otro modo habrá demasiada gente en la plataforma.

De allí seguía la línea de árbol en árbol, y a veces veía Glystra el oscuro follaje de los gigantes que rozaba la parte inferior de su coche. De pronto notó que Osrik acababa de arriar las velas y le llamaba con urgentes ademanes.

—¿Qué pasa?

El otro le hizo señal de guardar silencio mientras que con la otra mano indicaba hacia adelante. Impulsando su vehículo con la manivela, Glystra llegó hasta el de su guía.

—¿Qué sucede?

Osrik miraba por entre el follaje hacia algo que había en tierra.

—Esta parte de la línea es muy peligrosa. Hay bandas de soldados, bandidos y gente famélica de la selva... A veces esperan que los coches estén en los lugares más altos para cortar el cable y matar a los viajeros...

Glystra observó un movimiento a través de las hojas en el momento en que Osrik

saltaba del coche a las ramas del árbol para descender por el mismo dos o tres metros. Al notar la vibración del cable que indicaba la llegada del otro coche, Glystra le hizo señas para que se detuvieran.

Osrik le estaba llamando, de modo que descendió hasta la horqueta en que se hallaba el oficial y por entre el follaje alcanzó a ver el suelo de la selva. Detrás de unos matorrales anaranjados se hallaban tres mozalbetes agazapados, espiando la línea con atención y listos para disparar sus flechas.

—Aquí es donde hacen sus primeras armas —susurró Osrik—. Cuando crecen un poco, salen a asaltar los pueblos del Páramo y de todo el Valle Galatudanian.

Así diciendo, colocó un dardo en su ballesta.

—¿Qué va a hacer? —inquirió Glystra.

—Matar al más grande. Así salvaré la vida a mucha gente inocente.

Claude le dio un golpe en el brazo y el dardo se incrustó en una rama sobre las cabezas de los asesinos en potencia. Estos levantaron la vista con expresión alarmada y escaparon acto seguido como conejos atemorizados.

—¿Por qué hizo eso? —exclamó Osrik con vehemencia—. Esos mismos merodeadores podrían asesinarme cuando regrese a la Ciudad del Pantano.

Al principio no supo Glystra cómo responder. Después murmuró:

—Lo siento... Supongo que tiene razón. Pero si esto fuera la Tierra, esos muchachos estarían en un colegio.

La monolínea alejábase de la selva para cruzar un valle y un río torrentoso al que Osrik llamó el Thelma. Se impulsaron por medio de las manivelas hasta la orilla opuesta y partieron una vez más por sobre una región de pacíficas granjas y casas de piedra, cada una de las cuales se distinguía por tener una maraña de ramas espinosas sobre su tejado.

—¿Qué diablos son esos zarzales? —le gritó Glystra al oficial.

—Las trampas para fantasmas —respondió Osrik—. En esta región abundan los espíritus, y hay uno o más por cada casa. Como siempre dan un salto repentino que los lleva al tejado, esas trampas los alejan...

Glystra no pudo contener una sonrisa al pensar en las particularidades de aquel mundo extraordinario.

La monolínea se extendía siguiendo un camino de tierra y en tres oportunidades pasaron los viajeros sobre enormes carretones de grandes ruedas que avanzaban crujiendo ruidosamente, cargados de melones rojos, damajuanas de vino y canastos de unos frutos de color verde. Los muchachos que marchaban descalzos al lado de los zipangotes que tiraban de los carros llevaban puestos altos sombreros de copas cónicas con velos blancos que les caían sobre los rostros.

—¿Para engañar a los fantasmas? —preguntó Glystra a Osrik.

—Para engañar a los fantasmas.

Así continuó la tarde; la región se tornó más fértil y agradable, y poco después parecieron viajar por sobre una especie de parque gigantesco.

Osrik señaló hacia adelante.

—¿Ve aquel edificio blanco allá lejos? Pues allí está Kirstendale, la ciudad más hermosa del Valle Galatudanian...

11 — ¡TODOS SOMOS MILLONARIOS!

Durante varios minutos no se pudo ver la ciudad, salvo algunos manchones blancos atisbados por entre los árboles y un par de caminos empedrados. Los vehículos aéreos se deslizaron sobre un prado rojizo y a poco se abrieron los árboles para dejar ver a la ciudad que se elevaba en una planicie herbosa sobre un fondo de montañas azuladas.

Era aquélla la población más grande y atractiva que vieran los terráqueos hasta entonces, mas no llegaba a ser una ciudad que pudiera haber existido en la Tierra, y a Glystra le recordó un poco aquellos castillos sobre nubes que solía ver en las ilustraciones de los cuentos de hadas de su niñez.

La línea se desvió de pronto y observaron entonces una escena de gran actividad y colorido.

En un campo se hallaban cincuenta hombres y mujeres ataviados con vestimentas de notable complejidad y elegancia, en sedas, satenes, terciopelos, con adornos de borlas, cintas y galones de todo tipo y color. El campo estaba dividido en cuadrados por medio de líneas pintadas de diversos colores, y cada participante del juego -pues tal era la actividad del momento- ocupaba uno de aquellos cuadros. De una hilera de balones que flotaban en el aire pendían rectángulos de seda de diversos colores: canela, naranja, azul, verde mar y rojo, todos ellos flameando en la brisa. Los jugadores empleaban un sinfín de pelotitas coloreadas que flotaban por el aire.

Los jugadores atrapaban las pelotitas según el color que tuvieran, el que debía armonizar con el de sus adornos y con el del cuadrado donde se hallaba de pie. A veces tomaba uno de ellos tres a la vez y las volvía a arrojar hacia lo alto con gran habilidad. Cuando una de las pelotitas daba contra una de las cortinas de seda se contaba un tanto para gran alegría de muchos de los espectadores.

Varios centenares de hombres y mujeres observaban el juego, todos ellos vestidos de manera llamativa y extravagante, además de lucir adornos de cabeza de una complejidad fantástica y muy ingeniosa. Un joven lucía un sombrero semejante a un barco volcado de diversos colores muy vivos. Una muchacha muy bonita llevaba puesto un casco de cuero blando del que se elevaba una antena con diversas ramificaciones que terminaban en piedras de diversos colores relucientes. La variedad era increíble y sumamente atractiva.

La monolínea describía un círculo alrededor del campo de juego, cuyos ocupantes y espectadores levantaron la vista con poco interés para observar los vehículos y dedicarse de nuevo a lo suyo.

Glystra notó que un individuo empujaba un carrito de mano cargado de pasteles y tortas.

—Pianza, fíjese en la vestimenta —dijo. Eli Pianza lanzó una exclamación de sorpresa y regocijo.

—Es un smoking. Corbata de moño, pantalones con vivo de seda, zapatos de charol... ¡Maravilloso!

En el campo de juego una de las pelotitas cayó sobre una cortina dorada y fue a rodar al suelo, motivando aplausos entusiastas entre los del público.

Fayne gritó desde atrás:

—Me gustaría saber si se aficionarían así al fútbol.

El coche de Glystra siguió su avance impulsado por la inercia y seguido por el de carga en el que viajaban Bishop y Pianza, quienes le alcanzaron poco después.

—Steve —preguntó entonces el jefe—, ¿qué dice el Almanaque acerca de Kirstendale?

Bishop se adelantó hacia la proa de su coche, debajo de la rueda delantera.

—Parece que hay un misterio en todo esto. Lo llaman "la paradoja de Kirstendale".

Ahora empiezo a recordar que un sindicato de millonarios fundó la ciudad para librarse de los impuestos del Sistema. Vinieron aquí unas veinte o treinta familias con sus servidores, y al parecer es éste el resultado.

La monolínea se desvió una vez más, quedando la brisa de popa, de modo que se hincharon las velas y los vehículos pasaron rápidamente por debajo de una arcada para entrar en la ciudad y detenerse junto a una plataforma de embarque.

Se adelantaron entonces tres hombres que vestían librea oscura, retiraron el equipaje de los coches y los cargaron en carros de altas ruedas. Glystra quiso protestar, pero se abstuvo de hacerlo al ver la mirada de Osrik.

—¿Qué pasa? —preguntó en cambio.

—Suponen que son ustedes ricos —le dijo Osrik.

—¡Hum! ¿Y tendré que darles una propina?

—¿Cómo?

—Darles dinero.

Osrik parpadeó, todavía sin comprender.

—Dinero. Metal.

—¡Ah, metal! —El oficial se atusó los mostachos—. Hágalo si lo desea.

El primero de los mozos se adelantó hacia ellos. Era un hombre muy digno, de rostro solemne, mejillas bien afeitadas y largas patillas negras.

Glystra le dio tres arandelas de hierro.

—Para usted y sus hombres —le dijo.

—Gracias, señor... ¿Y dónde quiere que llevemos su equipaje?

—¿Se puede elegir?

—Verá, tenemos el Grand Savoyard, el Metropole y el Ritz-Carlton, todos ellos excelentes hoteles e igualmente costosos.

—¿Muy costosos?

—Alrededor de una onza por semana... La Hostería del Viajero y el Fairmont son también caros, aunque algo más tranquilos.

—¿Y no hay una hostería buena de tarifa moderada?

—Le recomiendo El Club del Cazador. Venga por aquí al carruaje, señor.

Los condujo a un landó montado sobre cuatro elásticos elípticos de madera laminada. No había zipangotes atados a las varas y el carruaje parecía no tener fuerza motriz alguna.

El mozo abrió la portezuela al tiempo que hacía una reverencia. Fayne vaciló un poco, mirando por sobre su hombro.

—¿Será una broma? ¿Nos va a dejar aquí sentados luego que subamos?

—No, señor; de ningún modo.

Fayne subió entonces e instalóse en el muelle asiento, siendo imitado por el resto del grupo.

El mozo cerró la portezuela e hizo una señal imperiosa a la que respondieron cuatro hombres de ajustados uniformes negros que avanzaron con rapidez. Cada uno de ellos aseguró una correa a la vara del vehículo, se la pasó luego por el pecho y empezó a tirar del carruaje.

Kirstendale era una ciudad muy limpia en la que relucían hasta las piedras de la calle. Por doquier veíanse flores y abundaban las torres, cada una de ellas rodeada por una escalera que iba ascendiendo en espiral hasta llegar a la vivienda de forma esférica que había en lo alto de la torre.

Se aproximaron a un edificio cilíndrico tan voluminoso como un tanque de los que se usan para almacenar combustibles, y situado en el centro de la ciudad. Las flores de todos colores y las hileras de ventanas amplias otorgaban una singular elegancia a lo que de otro modo habría sido una construcción grosera y poco atractiva.

El carruaje pasó bajo una marquesita de vidrios coloreados que descomponían la luz del sol en innumerables matices de toda la gama del arco iris al dejar pasar sus rayos para reflejarlos sobre las lajas de la acera. El letrero sobre la marquesina rezaba: "Hotel Metropole".

—Parece un hotel muy elegante —comentó Fayne—. Después de los inconvenientes del viaje, no me vendría mal una semana o dos de descanso en un lugar tan lujoso.

Pero el carruaje continuó dando la vuelta al edificio y a poco pasó por debajo de otra marquesina, ésta adornada con colgajos de satén color de azafrán ornamentados con borlas rojas. "Grand Savoyard" decía el letrero.

Después pasaron ante un imponente pórtico de estilo clásico, sostenido por columnas jónicas y con un hermoso friso en lo alto. Las letras en relieve rezaban: "Ritz-Carlton", y de nuevo miró Fayne con pena por sobre su hombro al seguir su marcha el coche.

—Probablemente iremos a parar al arroyo —refunfuñó.

A poco dejaron atrás una entrada de estilo oriental, ornamentada en los costados con altas urnas de color verde. "La Hostería del Viajero", decía el cartel.

Treinta metros más, siempre siguiendo el círculo, y se detuvieron bajo un toldo de lona a rayas verdes, rojas y blancas que correspondía a la entrada de "El Club del Cazador".

De inmediato se adelantó un portero que les ayudó a descender y fue luego a abrir la puerta.

Los viajeros pasaron a un breve corredor de paredes cubiertas con bayeta verde sobre la que se veían paisajes en blanco y negro. Más allá desembocaba el pasillo en un amplísimo hall central.

Directamente al frente, al otro lado del hall, vieron un corredor que llevaba a la calle y a través de la puerta brillaban los colores de una marquesina de vidrios colorados a la que hería la luz del sol.

Claude Glystra examinó entonces la pared circular. A intervalos regulares había otros corredores que iban hacia afuera como los rayos de una rueda. Sonriente se volvió hacia Pianza.

—El Metropole, el Gran Savoyard, el Ritz-Carlton, La Hostería del Viajero y el Club del Cazador son todos la misma cosa.

Osrik le hizo una señal perentoria.

—Silencio. Todo esto es muy real para los de Kirstendale. Podían ofenderse si le oyeran.

—Pero...

—Debí habérselo dicho —le interrumpió Osrik—. La entrada que elige es la que le coloca en la escala social a la que ha de pertenecer. Las comodidades son idénticas, pero se considera más fino y más a la moda entrar por el Metropole.

—Comprendo perfectamente —asintió Glystra—. Tendremos cuidado.

El portero les condujo hacia un mostrador circular del que se elevaban varillas forradas en telas de diversos colores y las que servían para sostener una especie de techo similar a un parasol. Del centro superior de éste se elevaba un mástil de unos tres metros de altura alrededor del cual volaban mil mariposas de colores en incesantes movimientos.

El portero les llevó hacia la parte del mostrador que correspondía a los colores del Club del Cazador. Glystra se volvió para contar a sus acompañantes, a la manera del padre de varios hijos traviesos. Fayne conversaba con Pianza, el que parecía muy cansado; Elton y Bishop estaban algo más atrás en compañía de Wailie y Motta, las que daban la impresión de estar muy entusiasmadas; Nancy mostrábase pálida y algo nerviosa. Contando a Osrik, eran nueve en total.

—Perdone, señor —le dijo el escribiente—. ¿Es usted el señor Claude Glystra, de la

Tierra?

Glystra se volvió lleno de sorpresa.

—¿Por qué lo pregunta?

—Sir Walden Marchion le envía sus saludos y le ruega que usted y sus acompañantes le hagan el honor de residir en su villa durante su estada en Kirstendale. Ha mandado su carruaje para que lo usen en caso de que decidan aceptar.

Glystra miró a Osrik con gran frialdad.

—¿Cómo se enteró ese Sir Walden de nuestra llegada?

—El mozo de cordel que nos recibió a la llegada me preguntó la identidad de ustedes —repuso Osrik, muy serio—. No vi razón para ocultarla.

—No hay duda que las noticias viajan con rapidez en Kirstendale... ¿Qué opina usted de la invitación?

Osrik miró al escribiente.

—¿Quién es Sir Walden Marchion? —le preguntó.

—Uno de los hombres más ricos e influyentes de la ciudad —fue la respuesta—. Un caballero muy distinguido.

—No veo razón para rechazar la invitación —dijo entonces el oficial a Glystra.

—Aceptamos la invitación —dijo Glystra al escribiente.

—Estoy seguro de que su estada le resultará muy agradable —repuso el empleado—. Sir Walden ha servido carne en su mesa varias veces... El carruaje les espera... Manville, si me hace el favor...

Hizo una señal al escribiente que estaba en el sector correspondiente al Grand Savoyard, el que llamó a un joven ataviado con una librea negra muy elegante. El sirviente hizo una reverencia, salió por la entrada del Grand Savoyard y reapareció unos segundos más tarde por el corredor del Club del Cazador, adelantándose hacia Claude Glystra.

—¡Le espera el carruaje de Sir Walden, señor!

—Gracias.

Cuidándose de no cometer la falta de salir por la entrada de la Hostería del Viajero, todos los del grupo volvieron al exterior para subir a un amplio coche cerrado. El portero cerró la portezuela mientras que el cochero decía:

—Vuestro equipaje será trasladado a la villa de Sir Walden.

—¡Qué cortesía! —exclamó Pianza—. ¡Cuánta amabilidad!

Fayne se arrellanó en el muelle asiento.

—Me parece que todo este feudalismo hace vibrar en mí las cuerdas más sensibles —manifestó con un suspiro.

—¿Qué habrá querido decir el escribiente con eso de que Sir Walden solía servir carne? —dijo Glystra, mirando por la ventanilla.

—Es fácil de explicar —manifestó Osrik—. No sé por qué, en el Valle Galatudanian no hay otros animales que los zipangotes, cuya carne no se puede comer. Un parásito fatal para los animales de pelaje velludo es el responsable de esta situación. El único que se salva es el zipangote. Por lo tanto, la gente de aquí se alimenta de vegetales, frutas, levaduras, hongos, alguno que otro pez y ciertos insectos... y muy de tanto en tanto importan carne de Coelanvilli.

El carruaje, arrastrado por cinco sirvientes que lucían la librea de Sir Walden, avanzaba por la calle y así pasaron frente a numerosos comercios. En algunos escaparates vieron delicadas creaciones en gasa y pompón, en otros vasos y floreros labrados de cristal y un material similar a la porcelana. Después el escaparate de un joyero con bandejas llenas de alhajas de todo tipo; luego una cristalería con juegos de copas de hermoso diseño y delicadeza extraordinaria.

—Me interesa la economía de este pueblo —dijo Fayne—. En alguna parte se

fabrican esas mercaderías. ¿Pero dónde, y quién trabaja en ello? ¿Serán esclavos? Se necesita producir mucho para mantener este estado de cosas.

Glystra se rascó la cabeza al oírle.

—No veo cómo lo hacen. No hay duda que no se proveen de la Tierra...

—Evidentemente es ése su secreto —terció Pianza—. La paradoja de Kirstendale.

—Sea lo que fuere, parece gustar a todos, pues todos se muestran muy contentos —declaró Fayne en tono firme.

—Todos los que están a la vista —dijo Elton.

Wailie y Motta habían estado charlando sin cesar mientras miraban hacia todos lados. Glystra las observó un momento, preguntándose qué pensarían. Las dos jóvenes estaban más bellas, sus mejillas no eran ya hundidas como antes y todo su aspecto resultaba muy atractivo. Elton y Bishop parecían enorgullecerse un poco de ellas.

—¿Ves algo que te guste? —preguntó Elton a Motta.

—¡Oh, sí! Joyas, y metal, y ropas hermosas, y cintas y esas sandalias tan bonitas...

Asa Elton hizo un guiño a Bishop.

—Ropas, ropas, ropas —dijo.

—Le plus de la différence, le plus de la meme chose —repuso Bishop.

El carruaje se introdujo entre las torres que se elevaban para terminar en las viviendas de forma de cebolla en que terminaban todas ellas.

Al fin se detuvieron junto a una columna de color verde claro y un criado les abrió la portezuela.

—El castillo de Sir Walden Marchion...

12 — EL IDÍLICO KIRSTENDALE

Apeáronse los viajeros y se alejó el carruaje.

—Por aquí...

Subieron por la escalera que ascendía rodeando la torre hacia el castillo de Sir Walden. De la columna central sobresalían unos contrafuertes que se abrían al tenderse hacia arriba y servir de sostén a la vivienda.

Elton palpó uno de ellos, viendo que era de un material rugoso y que tenía un espesor de cinco o seis centímetros.

—Madera... Y parece crecer en la columna central. —Levantó la cabeza para observar el piso de la casa—. ¡Estas cosas han crecido aquí! ¡Son plantas gigantescas!

El criado miró hacia atrás, frunciendo el ceño con expresión de reproche.

—Este es el castillo de Sir Walden, su mansión...

Elton hizo un guiño a Glystra al tiempo que decía:

—Parece que me equivocaba y no es una bellota gigantesca como creía.

La escalera describía una última gran curva, apartándose de la columna central, sostenida aparentemente por su propia fuerza estructural. Después de ascender aquel último tramo el grupo se encontró sobre un amplio espacio abierto en el que soplaba la brisa fresca del planeta.

El criado abrió la puerta y se hizo a un lado para franquear la entrada de los invitados al castillo del aire.

Los componentes del grupo se encontraron en un amplio recinto, aireado y con mucha luz, muy bien decorado. El piso no era llano, sino que descendía hacia un espacio central como la parte interior de una trompeta, y la depresión del centro estaba ocupada por un estanque de aguas azules. Insectos de alas blancas transparentes viajaban de un lado a otro por sobre la superficie, dejando estelas de tinte verdoso.

—Pónganse cómodos —dijo el citado—. Sir Walden viene ya a recibirles. Hay aquí refrescos de tres tipos. Sírvanse si gustan.

Hizo luego una reverencia y se retiró, dejando solos a los viajeros.

—Parece un lugar muy agradable —suspiró Glystra.

Transcurrieron cinco minutos antes de que apareciera Sir Walden, un hombre alto, de rostro serio, muy atractivo. Se disculpó por no haber estado presente para darles la bienvenida, manifestando que le habían demorado ineludiblemente en otra parte.

Cuando tuvo oportunidad de hacerlo, Glystra dijo a Pianza por lo bajo:

—¿Dónde le hemos visto antes de ahora? ¿O es una impresión que tengo?

—Que yo sepa, no le conocemos —repuso Pianza.

Entraron entonces dos muchachos de catorce y quince años respectivamente, ataviados con una vestimenta amarilla y verde y calzados con sandalias de un corte muy raro.

—A vuestro servicio, amigos de la Madre Tierra —dijeron al saludar.

—Mis hijos Thane y Halmon —los presentó Sir Walden.

—Estamos encantados de gozar de la hospitalidad de su mansión, Sir Walden —expresó Glystra—, pero, si me permite que le sea franco, desearíamos saber por qué se nos ha brindado si somos forasteros.

Sir Walden hizo un vago ademán.

—Por favor... ya charlaremos largo y tendido, pero ahora están ustedes fatigados por su viaje y deben ser atendidos. —Golpeó las manos—. ¡Criados!

Aparecieron una docena de hombres y mujeres.

—Baños para nuestros huéspedes. Perfumados con... —Se rascó la barbilla como si debiera resolver un problema de gran importancia. Al fin tomó una decisión y dijo—: Con

Nigale Veintinueve. Creo que será el más apropiado. Y provéanlos de nuevas prendas para que estén más cómodos.

—Un baño —suspiró Fayne—. Agua caliente...

—Gracias —dijo Glystra.

La hospitalidad de Sir Walden seguía siendo un misterio.

Le llevaron a una cámara situada muy por encima de la ciudad, y allí se hizo cargo de sus ropas un joven de rostro inexpresivo y negra librea.

—Vuestro baño está al otro lado de esa puerta, Lord Glystra.

Entró Glystra en un recinto pequeño con paredes de madreperla y enseguida se fue alzando el agua hasta sus rodillas, su cintura, su pecho y el cuello. Vio la espuma y las burbujas del jabón perfumado y exhaló un suspiro, dejando relajar los músculos y sintiendo que desaparecía su fatiga.

Poco después bajó rápidamente el nivel del agua y sintió que le envolvía una corriente de aire cálido. Al abrir la puerta notó que había desaparecido el criado y que le esperaba allí una joven sonriente que le tendía una toalla.

—Soy vuestra doncella de cámara. Empero, me retiraré si lo preferís.

Glystra tomó la toalla y envolvióse en ella.

—Déme mis ropas.

Sin cambiar de expresión le entregó ella varias prendas a la moda de Kirstendale y le ayudó a ponérselas, anunciando al fin que ya estaba vestido. Glystra vio que tenía puesto un atuendo verde y azul que le parecía algo ridículo, además de lo cual insistió la joven en que un hombre sin un ornamento en la cabeza sería objeto de risas y burlas, por lo que le permitió que le pusiera un birrete de una tela negra similar al terciopelo. Antes de que pudiera protestar, la joven le sujetó una tira de cuentas de color escarlata que le cayó sobre una oreja.

Después dio un paso atrás como para admirarlo.

—Ahora es milord el rey de la elegancia...

—Pues yo me siento ridículo —masculló Glystra. Descendió al hall principal en el que penetraba la luz del atardecer por las ventanas de los costados. Allí habían tendido una mesa redonda para catorce personas. El mantel era de color de marfil, los platos de mármol delgadísimo y transparente, hechos a mano; los cubiertos habíanse confeccionado con una madera especial muy dura.

Uno por uno fueron llegando los compañeros de Glystra, los hombres altos apabullados por sus nuevas prendas, las jóvenes radiantes y felices. Nancy lucía un vestido verde pálido, rosa y blanco. Al verla entrar la miró Glystra, pero ella apartó los ojos, de modo que el jefe cerró con fuerza los labios e hizo una mueca al volverse en dirección al estanque azul del centro del recinto.

Sir Walden apareció con sus dos hijos, una hija, y una mujer alta ataviada con una prenda de encaje color de lavanda a la que presentó como su esposa.

La comida fue fastuosa y los platos se siguieron unos a otros, a cual más extraño y sabroso. Tal era la variedad que Glystra se llevó un chasco al darse cuenta de que no había carne de ninguna especie.

Después de la comida les sirvieron licores y se charló a más y mejor. Glystra, ya completamente tranquilo, inclinóse hacia Sir Walden.

—Señor, no me ha explicado su interés hacia unos viajeros de paso por su ciudad.

Sir Walden hizo una leve mueca.

—No tiene realmente importancia. Como me agrada la compañía de ustedes y en alguna parte han de descansar... ¿qué más da?

—Es algo que me preocupa —protestó Glystra—. Cada acto humano es el resultado de algún impulso, y el impulso que le hizo mandarme la invitación me tiene intrigado...

Espero que perdone mi insistencia.

Sonrió el noble.

—Bueno, ya que quiere conocer lo inconsecuente de nuestra vida en Kirstendale... —Se inclinó hacia su huésped con gran candor—. A todos nosotros nos encanta lo novedoso, lo nuevo, lo excitante. Ustedes son terráqueos, y hace cincuenta años que no pasa un terráqueo por nuestra ciudad. Su presencia en mi casa no sólo me brinda una experiencia novedosa, sino también acrecienta mi prestigio entre los míos... Ya ve que le soy enteramente franco, aunque ello me perjudique.

—Comprendo —repuso Glystra, enteramente satisfecho con la explicación, la que parecía ser muy razonable.

—Yo fui rápido con mi invitación. Sin duda alguna habrían recibido una docena en menos de una hora. Pero yo tengo relaciones con el encargado de la terminal de la monolínea.

Glystra esforzóse por recordar al mozo que los había recibido a la llegada. Sin duda había sido él quien pasó el informe a Sir Walden sin perder un minuto.

Pasó al fin la velada y, algo mareado a causa del vino consumido, Glystra fue conducido a su aposento, donde durmió toda la noche.

El criado de la mañana que le ayudó a vestirse después de su baño era un joven delgado y silencioso.

Una vez vestido, marchó presuroso hacia el hall central, pues deseaba hallar a Nancy, mas no la vio por ninguna parte. Elton y Pianza se encontraban sentados a la mesa, comiendo unas porciones de una fruta rosada muy parecida al melón.

Los saludó con un gruñido y sentóse frente a ellos. Un momento más tarde entró Nancy, más animada y hermosa de lo que recordaba haberla visto hasta entonces. Durante el desayuno trató de conversar con ella, pero la joven se mostró algo fría, aunque no descortés.

Los otros fueron llegando uno por uno y al fin estuvieron allí todos, salvo Fayne.

—¿Dónde está Roger? —preguntó Pianza—. ¿Es que no piensa levantarse? —Se volvió hacia uno de los criados—. ¿Quiere ir a despertar al señor Fayne?

Al cabo de un momento regresó el sirviente.

—El señor Fayne no está en su aposento —anunció. Y en todo el día no vieron al desaparecido.

Sir Walden dijo que tal vez Fayne había decidido explorar la ciudad a pie, y Glystra, que no tenía otra hipótesis que ofrecer, aceptó ésta sin protestar. Si Fayne habíase alejado por sus propios medios, ya regresaría cuando deseara hacerlo. Si le habían capturado contra su voluntad, no supo de qué modo podrían rescatarlo. Después se dijo Glystra que quizá convendría partir de Kirstendale lo antes posible, y así lo expresó a la hora del almuerzo.

Wailie y Motta se mostraron muy abatidas al oírle.

—Es mejor quedarse aquí —dijo la primera—. Todos están contentos, nadie castiga a las mujeres y abunda la comida.

—Claro que no hay carne, ¿pero qué importa? —terció Motta—. Las telas y las aguas perfumadas y...

Miró a Wailie al tiempo que soltaba una risita. Después miraron ambas de soslayo a Elton y Bishop sin dejar de reír.

Steve Bishop se sonrojó vivamente y Elton enarcó las cejas con expresión burlona.

Sir Walden anunció entonces:

—Tengo una agradable sorpresa para ustedes. Para la cena de esta noche habrá carne, un plato preparado en honor de nuestros huéspedes.

Paseó la mirada por todos los rostros, sonriendo a medias y esperando el entusiasmo

que habría de despertar la noticia.

—Pero quizá la carne no sea para ustedes lo que es para nosotros —dijo luego—. Además, Lord Clarence Atlewee me ha pedido les transmita su invitación a una fiesta que da esta noche en su castillo; se ha preparado en honor de ustedes y espera que acepten.

—Gracias —repuso Glystra—. Por mi parte iré con mucho gusto. —Miró a sus compañeros—. Creo que iremos todos... Aun Fayne si aparece.

Durante la tarde les llevó Sir Walden a lo que llamó una "prensada". La ceremonia resultó ser la extracción de esencia de una gran tina llena de pétalos de flores. Acudieron a la misma doscientos aristócratas ataviados de verde y con adornos grises en la cabeza, atuendo que Sir Walden dijo ser el tradicional para aquellas ocasiones.

Las manijas de la prensa que sobresalían de la parte central a la manera de los rayos de una rueda estaban pintadas de múltiples colores y eran manejadas por niños que giraban entonando una canción interminable. Llenaba el ámbito el aroma de las flores y de la espita salía un líquido espeso semejante a la miel... Los niños repartieron luego entre los presentes unas tazas diminutas que contenían algunas gotas de la esencia así extraída.

—Acerquen la lengua al líquido, pero no lo toquen con ella —les instruyó Sir Walden.

Glystra inclinó la cabeza, haciendo lo indicado. De inmediato penetró por su garganta una fragancia penetrante que llenó su olfato y toda su cabeza. Se le llenaron los ojos de lágrimas, sintió un leve mareo y una sensación de profundo bienestar le corrió por todo el cuerpo.

—Exquisito —jadeó cuando pudo hablar. Asintió Sir Walden, muy satisfecho.

—Esta ha sido la prensa Baie-Jolie. Después se prensará una menta arbórea muy espesa, luego un Jardín Marino, la Rosa Té y, por último, la fascinadora Cosecha del Prado, que es mi favorita.

13 — EL SECRETO

Durante toda la tarde estuvieron los viajeros aspirando perfumes hasta que, semiembriagados de tantos aromas exóticos, regresaron al castillo de Sir Walden.

Allí averiguaron que Roger Fayne no había retornado aún.

Sir Walden fue aquella noche más atento y cortés que nunca; repetidas veces brindó por sus huéspedes y por el planeta Tierra con vinos primero verde, luego anaranjado y después rojo, y Glystra estaba ya mareado antes que se sirviera el primer plato.

Les sirvieron entonces frutas preparadas especialmente, ensaladas, croquetas de verdura en salsa dulce y, al fin, llegó una gran fuente de color negro con rayas verdes. El mismo Sir Walden cortó y sirvió la carne hecha al horno y rodeada de hortalizas en salsa espesa.

Glystra no tenía ya apetito, de modo que apenas si probó su porción.

—¿De qué clase de animal es esta carne? —preguntó. El dueño de casa limpióse los labios con su servilleta.

—Es de una bestia bastante grande, rara vez vista en esta región. Parece haber llegado de los bosques del norte y tuvimos la buena suerte de cazarla. Su carne es deliciosa.

—En efecto —dijo Glystra. Al mirar a su alrededor notó que Elton y Osrik aún tenían apetito y comían la carne con gran gusto, lo mismo que Nancy y las gitanas.

Al servirse el último plato, una sustancia similar al queso, Glystra dijo de pronto:

—Sir Walden, me parece que mañana partiremos de Kirstendale.

—¿Qué? ¿Tan pronto?

—Tenemos mucho que viajar y la monolínea nos lleva sólo un trecho más en nuestro camino.

—¿Pero... y vuestro amigo Fayne?

—Si se lo encuentra... Si regresa, quizá pueda alcanzarnos. Creo que es mejor que nos vayamos antes que... que desaparezca otro del grupo.

—Está usted ansioso por reanudar la vida salvaje que nos espera —dijo Pianza—. Una semana más aquí y ni yo mismo querría irme.

Sir Walden se mostró apesadumbrado.

—Los invité por ser curiosidades del momento; ahora los considero mis amigos —expresó.

A poco llegó un carruaje para llevarles a casa de Sir Clarence Atlewee, donde se celebraba la fiesta en honor de los terráqueos. Sir Walden se quedó en su casa.

—¿No nos acompaña?

—No —repuso—. Esta noche estaré ocupado.

Claude Glystra sentóse en el vehículo y automáticamente se palpó el costado, pero había dejado su arma en su dormitorio. Dijo entonces a Elton en voz baja:

—No beba mucho esta noche. Conviene que mantengamos la cabeza despejada... aunque ignoro lo que puede pasar.

—Bien.

El coche se detuvo junto a una columna pintada de azul y blanco y los criados les condujeron por una escalera en espiral muy parecida a la de Sir Walden Marchion.

Sir Clarence, un hombre de barbilla saliente y ojos muy vivos, les recibió en lo alto de la escalera. Glystra se quedó mirándole, seguro de haberle visto antes en otra parte.

—¿No nos conocemos, Sir Clarence? —preguntó—. ¿Nos vimos ésta tarde en la fiesta de las flores?

—Creo que no —repuso el aristócrata—. Hoy estuve ocupado en otras cosas. —Les hizo pasar a su mansión—. Permítanme que les presente a mi esposa... Y a mi hija Valery.

Glystra quedóse boquiabierto. Allí estaba la joven que le atendiera al salir del baño.

—Encantado de conocerla —logró decirle, y ella se apartó entonces.

Al verla así ataviada con una prenda elegantísima, de ricas telas bordadas, no parecía la misma.

Bishop dio un codazo a su jefe.

—Hay algo raro...

—¿Qué cosa?

—Este Sir Clarence. Estoy seguro de haberle visto en otra parte.

—Yo también.

Bishop hizo castañetear los dedos.

—Ya lo tengo.

—¿Quién es?

—Sir Clarence es, o era, el portero del Club del Cazador.

Glystra miró asombrado al noble, el que ahora estaba hablando con Nancy. En efecto, Bishop tenía razón.

En ese momento oyó una sonora carcajada que le hizo volverse con presteza.

—¡Ja, ja, ja! ¡Miren esto!

Glystra se encontró cara a cara con Roger Fayne, quien vestía una librea negra con alamares dorados e iba empujando un carrito cargado de canapés.

No pudo menos que romper a reír al ver aquello, lo mismo que Bishop y Pianza. Fayne se puso rojo como la grana al tiempo que lanzaba una mirada suplicante a Sir Clarence, quien observaba la escena con expresión inescrutable.

—Bueno, Fayne —dijo Glystra—, ¿por qué no nos confía el secreto? ¿Es que quiere ganarse unas monedas mientras permanece en la ciudad?

—¿Desearía probar estos sandwiches, señor? —preguntó Fayne con toda seriedad.

—¡No quiero sandwiches, sino explicaciones!

—Gracias, señor —dijo el otro, y se fue con su carrito. Glystra echó a andar en su seguimiento, mientras que Fayne parecía decidido a salir del recinto.

—¡Roger! Tenemos que aclarar esto aquí mismo y sin más dilaciones.

—No grite —susurró el otro—. No está bien provocar escándalos.

—Entonces agradezco al cielo el no ser aristócrata.

—Pero yo sí lo soy... y usted está perjudicando mi prestigio.

Glystra dio un respingo.

—¿Usted? ¿Un aristócrata? No es más que un lacayo que empuja una mesita rodante cargada de sandwiches.

—Todos los demás hacen lo mismo. Todos son criados de los otros. ¿Cómo cree que se mantiene este estado de cosas?

Glystra se dejó caer en un sillón.

—Pero...

—Me gustó esto —declaró Fayne con vehemencia—. Quiero quedarme, pues estoy harto de andar marchando por un país salvaje y de correr el riesgo de que me maten. Pregunté a Sir Walden si podía quedarme y me dijo que sí, pero me aclaró que tendría que trabajar como todos, y trabajar duro. No hay en todo el universo un pueblo más industrioso que los Kirsters. Saben lo que quieren y trabajan para conseguirlo. Cada hora de vivir como un aristócrata la pagan con dos horas de trabajo en loa talleres, las fábricas, las casas de familia. En lugar de vivir una sola vida, viven dos o tres, y les gusta ser así. A mí también me gusta. Llámeme *snob* si quiere —gritó con ira—. Lo reconozco. Pero mientras usted y los otros siguen su penosa marcha, yo viviré aquí como un rey.

—Está bien, Roger —asintió Glystra—. O quizá debería decir Sir Roger. ¿Por qué no me puso al tanto de sus planes?

—Porque creí que se opondría —repuso el otro.

—En absoluto. Es usted un hombre libre. —Glystra le saludó con un movimiento de cabeza—. Le deseo mucha suerte.

La mañana siguiente llegó el carruaje al castillo de Sir Walden Marchion. Al observar a los criados que tiraban del vehículo, Glystra reconoció entre ellos a uno de los hijos de Sir Clarence.

Wailie y Motta habían desaparecido.

—¿Dónde está su sirvienta? —preguntó Glystra a Bishop.

—No viene.

—¿Sabía que nos íbamos?

—Sí.

El jefe se volvió hacia Elton.

—¿Y Motta?

—Seamos sinceros —dijo Asa Elton, mirando a Bishop—. No podemos competir con Kirstendale.

—¿Quieren buscarlas? —les preguntó Glystra.

—Aquí están mejor —dijo Elton—. Partamos —propuso.

Al llegar a la estación de la monolínea, el mozo principal se Introdujo en el coche para descargar el equipaje y trasladarlo en su zorra, hasta los vehículos del funicular.

Claude Glystra hizo un guiño a sus amigos. El mozo de cordel no era otro que Sir Walden Marchion.

Sin sonreír siquiera, Glystra le dio una propina de tres arandelas de hierro.

Sir Walden se inclinó ceremoniosamente.

—Muchas gracias, señor.

Un rato más tarde dejaban atrás a Kirstendale. Tal como antes, Osrik iba delante de todos y le seguía Glystra. Detrás avanzaba el primer coche de carga con el equipaje, Elton y Nancy, y luego el segundo con Bishop y Pianza. El de Fayne había quedado en Kirstendale.

El grupo se iba empequeñeciendo. Ketch, Darrot, Vallusser, muertos en las últimas semanas. Fayne acababa de renunciar al viaje. Abbigens, Morwatz, los cincuenta soldados de Beaujolais, todos muertos o convertidos en esclavos. Atman, los Politboros, los Magickers del griamobot. ¿Cuál sería el próximo en caer?

Esta idea ocupaba su mente mientras seguían la costa de un río de aguas mansas, un ramal del Thelma. El campo estaba salpicado de árboles similares a los robles, cipreses y olmos de la Tierra, lo cual no era de extrañar, pues habían sido importados por los primeros colonizadores y estaban perfectamente adaptados. Varias granjas se veían en las praderas próximas al río.

A poco se torció el cauce hacia el norte, mientras que la monolínea continuaba en dirección al este, donde cambiaba de aspecto el paisaje; las verdes praderas y la selva quedaron a la izquierda, convirtiéndose a poco en un manchón oscuro; adelante se extendía un desierto azulado y, a la distancia, elevábanse unas montañas a las que llamo Osrik las Eyrie.

Al promediar el tercer día señaló Osrik hacia adelante, diciendo:

—Estamos llegando al Lago Pellitante.

El terreno se tornó pantanoso y poco después se desviaba el cable aéreo hacia el sur. Durante media hora cruzaron dunas salpicadas de escasa vegetación amarillenta, y el reflejo del sol sobre las arenas blancas les impidió ver claramente el terreno.

Pasaron a poco sobre una duna muy alta cuya cima rozaron casi los vehículos, y

luego descendieron hacia una laguna llena de brillantes cañas amarillas.

Osrik, que iba cincuenta metros más adelante, se perdió súbitamente de vista y de entre las cañas aparecieron numerosos individuos desnudos, flacos y altos como jirafas, con el cuerpo pintado a rayas verticales, amarillas y negras. Eran enormemente altos, de no menos de dos metros y medio de estatura, y avanzaban dando largos saltos. Se oyó de pronto un grito agudo que sonó como una clarinada, y todos se detuvieron a fin de arrojar sus lanzas...

Se vio entonces el resplandor violáceo de las pistolas de rayos y los salvajes gigantes cayeron como espigas segadas. Tres de ellos salvaron la vida, pero quedaron agitándose en tierra como insectos con las alas cortadas.

Osrik se puso de pie, cruzó el cañaveral y los atravesó con sus propias lanzas.

Al reinar de nuevo el silencio Glystra examinó el cargador de su pistola.

—Agotada —dijo.

Al disponerse a arrojarla al suelo, recordó el valor del metal y la puso bajo el asiento. Osrik volvió a su coche, mascullando maldiciones.

—¡Esos demonios del cañaveral cortaron la línea!

Evidentemente, para él no había crimen peor en el planeta.

—¿De qué raza son estos hombres? —preguntó Bishop, que había descendido por uno de los postes de sostén.

—Se llaman a sí mismos Stanezi —repuso el oficial con indiferencia—. Son una gran molestia para los viajeros.

Bishop dio vuelta uno de los cadáveres y le examinó la boca.

—Dientes afilados, rasgos bastos... Hace unos cuatrocientos años emigró del Sudán al Planeta Grande una tribu Shilluk que no quería estar sometido al Gobierno Mundial. Posiblemente sean éstos sus descendientes.

Mientras tanto, Osrik sacó su caja de herramientas y se puso a reparar el cable, lo que hizo con gran destreza y celeridad, empleando para ello una roldana especial y varias fibras de cuerda que llevaba para tales emergencias.

Terminada la reparación, subieron el coche al cable, se izaron las velas y la caravana reinició viaje.

Cuando describieron una curva siguiendo la línea de la laguna, Glystra se volvió para ver unas sombras furtivas que avanzaban hacia los cadáveres. *¡Qué tragedia!*, pensó. *En diez segundos diezmamos a la flor de la tribu.*

La monolínea se desvió entonces hacia los árboles que flanqueaban el Lago Pellitante, y la súbita sombra al entrar entre ellos les hizo el efecto de internarse en la oscuridad. El viento era poco fuerte y los coches avanzaban apenas a la velocidad del paso de un hombre. La orilla opuesta del lago se perdía entre la bruma y muy a lo lejos avistaron tres o cuatro embarcaciones que, según Osrik, ocupaban pescadores de una tribu que temía a la tierra y jamás posaba sus plantas en ella.

Al atardecer estaban aún viajando por entre los árboles a orillas del lago, y cuando oscurecía vieron aparecer un grupo de traficantes que llegaban por la monolínea desde la dirección opuesta.

Osrik detuvo su coche y el primero de la otra caravana avanzó poco a poco para saludarle.

Los traficantes eran hombres de Miramar, en Coelanvilli, situada al sur de Kirstendale, y regresaban de la Fuente de Myrtlesee. Tratábase de individuos de ojos relucientes y cuerpos musculosos, ataviados con trajes de hilo blanco y pañuelos rojos sobre sus cabezas, detalle que les daba cierto aire pirata. No obstante, Osrik pareció estar muy tranquilo ante ellos, por lo que Glystra dejó de recelar de los desconocidos.

La caravana de traficantes consistía de catorce coches cargadas con azúcar cristalizado. Siguiendo la regla establecida, los terráqueos, que llevaban sólo cuatro coches, viéronse obligados a bajar a tierra y dar paso a los otros.

Como estaba ya bastante oscuro, Glystra decidió acampar, y lo mismo dispusieron los traficantes.

—Estamos pasando por una mala época —dijo el jefe del grupo—. Todos tratan de robarnos nuestras mercaderías y casi siempre conviene buscar la compañía de gente honrada para acampar tranquilos.

14 — TRAICIÓN

Aún era demasiado temprano para dormir. Los traficantes se hallaban sentados alrededor del fuego, ocupados en un entretenimiento que consistía en hacer girar una jaula llena de insectos multicolores. Nancy estaba en cuclillas, con los ojos fijos en la hoguera; Eli Pianza se cortaba las uñas; Bishop fruncía el ceño al estudiar lo escrito en una libreta pequeña. Elton apoyábase contra un árbol, observando la escena con interés. Osrik engrasaba las ruedas de los coches, canturreando entre dientes.

Glystra marchó hacia la costa para ver caer la noche sobre el lago, observando los diversos tonos de anaranjado, verde y gris de que se pintaba el cielo en el oeste, mientras que hacia el este adquiría el firmamento un matiz malva. El viento había cesado por completo y la superficie del lago semejaba la de un espejo.

Nancy acercóse a él con paso lento y se detuvo a su lado.

—¿Por qué vino aquí? —inquirió.

—Por pasear... Estaba pensando...

—¿Lamenta haberse ido de Kirstendale?

—¡No, no! —repuso, sorprendido ante el tono de reproche de la joven.

—Me ha estado evitando —dijo ella.

Glystra tuvo la desagradable sensación de que debía defenderse.

—No, no. Se equivoca —contestó.

—Tal vez las mujeres de Kirstendale le resultaron más apetecibles que yo —murmuró ella en tono a la vez pesaroso y acusador.

—¡Casi ni hablé con ellas! —rió él—. ¿Y a usted cómo le resultaron los hombres de Kirstendale?

Se le acercó más la joven.

—¿Cómo podía pensar en otro que no fuera usted? Me dominaron los celos...

Sintió él que se le quitaba un gran peso de encima. Sentándose sobre un tronco caído, la atrajo a su lado.

—Después de Myrtlesee no hay más monolínea —expresó.

—Así es.

—He estado pensando en volver a Kirstendale...

La sintió ponerse rígida.

—... y construir allí un planeador lo suficientemente amplio para llevarnos a todos. Pero después me di cuenta de que no podríamos mantenernos indefinidamente en el aire; que sin la fuerza motriz necesaria, lo mismo es quedarnos en tierra... Y luego pienso en cosas fantásticas: cohetes, cometas...

Ella le acarició el rostro.

—Se preocupa demasiado, Claude.

—Un globo podría resultarnos. Lo llenaríamos de aire caliente y... Pero, por desgracia, el viento sopla casi siempre hacia el sudeste y muy pronto nos llevaría al mar.

Exhaló un profundo suspiro y Nancy le tomó de las manos, obligándole a ponerse de pie.

—Vámonos por la playa. Nos alejaremos del campamento...

Cuando regresaron vieron que los traficantes habían sacado un gran botellón de vino verde y bebían alrededor del fuego junto con los otros viajeros. Glystra y Nancy bebieron también unos sorbos.

La luz brillante del sol inundaba el campamento cuando despertó Glystra con gran trabajo. ¿Por qué tenía tan mal gusto en la boca? ¿Por qué no le había despertado el último centinela?

Miró a su alrededor, viendo que habían desaparecido los traficantes.

De un salto se puso de pie. Bajo la monolínea yacía Eli Pianza boca abajo. Los coches no se veían por ninguna parte. Cuatro vehículos, cincuenta kilos de metal, ropas, herramientas...

Y Eli estaba muerto...

En silencio lo enterraron en una fosa de poca profundidad. Luego de mirar hacia las dos direcciones en que se extendía la monolínea, Glystra se volvió hacia sus compañeros.

—Sería inútil querer engañarnos. Esto es un golpe terrible para nosotros.

Osrik murmuró en tono avergonzado:

—El vino... No deberíamos haber bebido. Frotaron nuestros vasos con aceite de adormidera. No se debe confiar en los traficantes.

El jefe meneó la cabeza, mirando la tumba de Pianza. Un hombre excelente, bondadoso, trabajador...

—Osrik, no hay motivo para que siga usted el viaje. Han desaparecido los coches y nuestro metal. Para usted no hay nada allá adelante. Le conviene volver a Kirstendale, hacerse cargo del coche de Fayne y volver así a la Ciudad del Pantano.

El grupo lo formarían entonces Asa Elton, Steve Bishop, Nancy y él.

—Cualquiera de ustedes puede hacer lo mismo —dijo entonces—. Allá adelante nos esperan penurias y peligros mortales. El que desee volver a Kirstendale cuenta con mi aprobación.

—¿Por qué no te vuelves, Claude? —preguntó Nancy—. Tenemos toda la vida por delante, y tarde o temprano podríamos hacer llegar un mensaje a la Junta Terráquea.

—No; yo sigo viaje.

—Y yo le acompaño —dijo Bishop.

—A mí no me gusta Kirstendale —expresó Elton—. Trabajan demasiado.

Nancy bajó la cabeza.

—Puedes volver con Osrik —le dijo Claude.

—¿Quieres que lo haga? —preguntó ella en tono apenado.

—Yo no deseaba que iniciaras el viaje con nosotros —fue la respuesta.

—Ahora no me vuelvo atrás —decidió la joven. Osrik se puso de pie, atusándose los mostachos al tiempo que hacía una reverencia.

—Les deseo mucha suerte —dijo—. Pero les convendría regresar conmigo a la Ciudad del Pantano. Wittelhatch es un buen amo. —Miró los rostros de sus interlocutores—. ¿No?

—No.

—Entonces les deseo que lleguen a destino sanos y salvos.

Glystra le observó alejarse por entre los árboles, notando que no llevaba nada en las manos. El oficial había dejado su ballesta en uno de los coches ahora desaparecidos.

—Espere un momento —le gritó.

Al detenerse Osrik, le alcanzó para darle la pistola de rayos caloricos.

—Quite el seguro y apriete el botón —le indicó—. Aún queda un poco de potencia. Ahórrela en lo más posible y no dispare si no es absolutamente necesario.

—Muchísimas gracias.

—Adiós.

Le vieron desaparecer por entre los árboles.

—Las dos o tres cargas en esa arma podrían habernos llevado unos kilómetros más o matado unos cuantos Rebbirs —suspiró Glystra—. A él le salvarán la vida... Bien, hagamos inventario. ¿Qué nos queda?

—Las mochilas con los alimentos concentrados, mis vitaminas, las mantas, el purificador de agua y cuatro pistolas eléctricas —dijo Bishop.

—Así será menor la carga —aprobó Elton.

El lago tenía sesenta kilómetros de anchura; dos días de marcha bajo los árboles. En la noche del segundo día les impidió el paso un río que iba desde el lago hacia el sur. Allí acamparon, a orillas del caudal.

La mañana siguiente improvisaron una almadía con ramas secas y, remando furiosamente, lograron llegar a la orilla opuesta, cinco kilómetros más abajo de la monolínea.

Al subir por la barranca del otro lado, observaron el paisaje. Hacia el nordeste se destacaban las elevaciones del Eyrie que eran una serie de farallones que se extendían de norte a sur en una gran muralla.

—Unos tres días más hasta los farallones —dijo Bishop—. Y no veo una abertura para la monolínea.

—Tal vez es mejor que andemos a pie —comentó Elton—. ¿Se imaginan el trabajo de subir hasta allá a manivela?

Se volvió Glystra para mirar en dirección al lago y señaló luego con la mano hacia la orilla.

—¿Qué ven allá arriba?

—Una docena de hombres montados en zipangotes —repuso Elton.

—Los traficantes hablaron de un grupo de Rebbirs. Tal vez... —Sin terminar la frase, Glystra hizo una señal de asentimiento con la cabeza.

—¡Qué agradable sería ir montados en esas bestias en lugar de caminar! —suspiró Nancy.

—Lo mismo se me había ocurrido a mí —repuso el jefe.

—Hace tres meses era yo un individuo civilizado —quejóse Bishop—. Nunca creí que llegaría a ser un ladrón de caballos.

Sonrió Glystra al contestar:

—Se asombra uno más al pensar que hace quinientos años los Rebbirs eran terráqueos civilizados.

—¿Qué hacemos? —preguntó Elton—. ¿Nos acercamos a matarlos?

—Si nos esperan. Espero que podamos hacerlo con menos de un macrowatt. —Estudió el indicador de la pistola que sacara de entre las ropas de Pianza—. Porque sólo quedan dos en el cargador.

—Lo mismo que en ésta —dijo Bishop.

—A mí me quedan unos pocos más —terció Elton.

—Si pasan sin atacar sabremos que son buenos ciudadanos y no tendremos que matarlos —dijo Glystra—. Pero si...

—¡Nos han visto! —exclamó Nancy—. ¡Ya vienen!

Los sañudos jinetes de negras capas avanzaban al galope de sus zipangotes, éstos de una especie diferente a las bestias que vendieran los terráqueos a Wittelhatch, pues eran más grandes y pesados, y de cabezas muy blancas, semejantes a calaveras.

—¡Son demonios! —dijo la joven.

—Arriba, sobre la barranca —ordenó Glystra—. Debemos demorar a los primeros hasta tenerlos a todos al alcance de nuestras armas.

Las pezuñas hacían temblar la planicie mientras que los Rebbirs lanzaban alaridos feroces. Ya se veían claramente las caras de los primeros: huesudos, de narices aquilinas, dientes al descubierto.

—Son trece —dijo Glystra—. Bishop, despache a cuatro de la izquierda; Elton, cuatro de la derecha; yo me ocupo de los cinco del centro.

Los jinetes se desplegaron en una línea casi perfecta frente a la barranca donde se hallaban los cuatro. Hubo tres destellos violáceos, un crujido motivado por la descarga

eléctrica y los trece Rebbirs quedaron tendidos sin vida en el suelo.

Unos minutos más tarde partió el grupo por la planicie en dirección a los farallones. Montaban los cuatro zipangotes más fuertes y veloces; a los otros habíanlos dejado en libertad. Las espadas, cuchillos, y otros objetos metálicos de los Rebbirs los llevaban bien asegurados detrás de sus sillas de montar. Todos ellos vestían capas negras y cascos blancos, disfraz que resultó muy poco agradable para Nancy.

—Los Rebbirs huelen muy mal —dijo, haciendo una mueca—. Esta capa me resulta abominable, y el casco está lleno de grasa por la parte interior.

—Límpialo —le aconsejó Glystra—. Si nos sirven para llegar hasta Myrtlesee, habrán cumplido un buen servicio...

La tierra, que se elevaba en una larga cuesta, se tornó rocosa y árida. En la mañana del segundo día apareció a la distancia una caravana de seis funiculares de carga que viajaba velozmente impelida por el viento. Desde un refugio situado a cincuenta metros del camino, los cuatro viajeros observaron a los coches que pasaron raudos por la monolínea para perderse de vista en dirección al Lago Pellitante.

El tercer día se destacó enorme ante sus ojos la escarpadura de los farallones hacia lo alto de los cuales se elevaba la mono-línea en una empinadísima subida.

—Por allí se desciende desde Myrtlesee —dijo Glystra. Volvió luego la cabeza para seguir la curva del cable que desaparecía tras el cantil—. La subida no sería nada fácil y habría que hacerla a manivela. Pero la bajada... ¿Recuerdan el descenso hacia el Valle Galatudanian?

Se estremeció Nancy.

—Esto sería mucho peor...

Llegaron a la parada al extremo de la monolínea donde debía empezar la subida a manivela. El camino desviábase hacia la izquierda, pasando por sobre restos de piedras caídas de lo alto. Después volvía hacia atrás, avanzando junto al farallón por espacio de doscientos metros en una dirección y otros tantos en la dirección opuesta. Las ancas de los zipangotes rozaban la pared de tal modo que era necesario sentarse con una pierna sobre el pomo de la silla. Las bestias ascendían por el sendero con sus seis patas en continuo movimiento y sin dar la sensación de hacer mayor esfuerzo.

Siempre hacia arriba, hacia atrás y hacia adelante. Poco a poco fue quedando abajo la superficie del Planeta Grande que se extendía inmenso e impresionante, y donde el ojo de un terráqueo esperaba ver el horizonte, con una división bien definida entre la tierra y el cielo, sólo se veía tierra y más tierra. El Lago Pellitante resplandecía a la distancia.

Siempre arriba. El viento empujaba las nubes contra el farallón y de pronto estuvo el camino envuelto en una bruma gris que lo cubría todo.

Se detuvieron cerca del cantil, con el viento que los empujaba contra la faz de la montaña. La meseta era de piedra pelada y estaba libre de polvo. Gris blancuzca, sin nada que la distinguiera, se extendía por espacio de treinta kilómetros, tan llana como una hoja de cartón; después se la veía salpicada de sombras grisáceas. El área intermedia estaba completamente desierta y sólo veíase en ella la monolínea con sus postes a intervalos de quince metros entre cada uno y el cable que se perdía a la distancia.

—Bueno, como no hay nada a la vista... —empezó Glystra.

—Mire —dijo Elton, indicando hacia el norte, a lo largo del cantil.

—¡Rebbirs! —exclamó el jefe.

Avanzaban por el borde como una columna de hormigas, aún a varios kilómetros de los viajeros. Claude Glystra calculó que eran unos doscientos y dijo con voz enronquecida por la emoción:

—Conviene que emprendamos la marcha... Si seguimos la monolínea sin apresurarnos demasiado, quizá nos dejen en paz...

—¡Vamos! —dijo Elton.

Al trote largo partieron hacia el este, siguiendo la dirección del cable. Glystra no dejaba de observar a los jinetes del desierto.

—No parecen seguirnos...

—Ahora vienen —le dijo Elton.

Una docena de jinetes se apartó de las filas con la evidente intención de interceptarlos.

—Tendremos que poner pies en polvorosa —gruñó Glystra.

Así diciendo, golpeó con sus talones al zipangote que montaba, el que lanzó un gemido al lanzarse hacia adelante, poniendo cara al viento.

Veinticuatro pezuñas golpearon con fuerza las piedras del suelo... y tras ellos se lanzaron los Rebbirs con sus capas agitándose al viento.

15 — LOS REBBIRS

Una huida de pesadilla, pensó Claude Glystra. ¿Estaría dormido? Corceles de pesadilla, jinetes de pesadilla, el llano gris blancuzco de colosales dimensiones.

Apartó de sí aquella sensación y, volviéndose, observó a los perseguidores por sobre el hombro. Todo el ejército habíase desplegado, como si lo estimulara el entusiasmo de la persecución. Los primeros doce no estaban mucho más adelante de los otros. Glystra acarició el pescuezo de su cabalgadura casi con afecto.

—Adelante, viejo, adelante...

Kilómetros sin cambio alguno; un llano liso todo igual, el golpear de las pezuñas sobre el suelo. Mirando hacia adelante vio que estaban cerca de la región de las sombras moteadas: dunas de arena tan blanca como la sal, cristalina y brillante como vidrio.

Los Rebbirs habíanse acercado más. Al mirar hacia atrás vio un espectáculo que habría sido hermoso en otras circunstancias. Los jinetes de primera línea estaban parados sobre los lomos de sus bestias y cada uno se echaba hacia atrás la capa para colocar una flecha en su negro arco.

—¡Agacharse! —gritó—. ¡Van a disparar contra nosotros!

Y se echó sobre el pescuezo de su bestia en el momento mismo en que zumbaba una flecha poco más arriba de su cabeza. Las dunas se destacaban ya frente a ellos y Glystra sintió que las patas de su montura pisaban de otro modo. Un instante después empezaban a cruzar la extensión de arena... El animal respiraba jadeante; unos kilómetros más y los cuatro fugitivos se verían acorralados.

Salvaron las dunas para bajar a unos vallecillos que también dejaron lejos. Mirando hacia atrás vieron a sus perseguidores que salvaban también los obstáculos como una marea arrolladora.

Terminaron las dunas y se oyeron entonces las pezuñas de los otros zipangotes, así como los gritos de guerra de los Rebbirs... A poco entraron en un lecho seco donde quizá corría el agua varias veces al año. Los zipangotes tropezaron con los trozos enormes de rocas volcánicas que abundaban en el lugar.

A cada lado se abrían barrancos que eran sin duda los desagües del lecho principal. Glystra torció hacia la izquierda.

—¡Aquí! —El también jadeaba a la par con su bestia—. ¡Rápido! Si podemos esquivarlos quizá nos salvemos.

Se introdujo en el barranco, seguido por Nancy, Bishop y Elton.

—Silencio —ordenó—. Confundámonos con las sombras.

Se oyó el galope de las otras bestias que pasaban por el lecho principal y por la abertura vieron pasar las siluetas negras de los bandidos. Los gritos de guerra se perdieron poco a poco a la distancia.

A poco hubo un cambio en los sonidos y empezaron a menudear las llamadas. Glystra volvióse para mirar hacia atrás. El costado del barranco se alzaba hacia lo alto en cuesta muy empinada.

—Empieza a subir —ordenó Glystra a Nancy, diciendo luego a los otros dos—: Síganla.

Nancy azuzó a su bestia, la que avanzó un poco, se detuvo al llegar a la cuesta y trató de volverse. La joven agitó las riendas, golpeándole los flancos con los telones, y así consiguió que posara el primer par de pezuñas en la ladera, iniciando el ascenso.

—¡Rápido! —ordenó Glystra—. ¡Llegarán en cualquier momento!

Siguieron Elton y Bishop cuando los gritos de sus perseguidores sonaban ya más cerca. Glystra azuzó a su animal, lanzándolo hacia lo alto. Detrás llegaban los Rebbirs, echados hacia adelante, blandiendo sus espadas.

El barranco se llenó de hombres de ojos relucientes. La empinada cuesta fue atacada por un millar de patas movedizas.

Nancy llegó a lo alto del risco y enseguida la siguieron Bishop, Elton y al fin Glystra.

Elton sabía ya lo que era necesario hacer. Riendo sacó su pistola y apuntó con ella al primer zipangote de los Rebbirs, apretando la empuñadura. La gran cabeza se convirtió en una roja flor ensangrentada y la bestia levantó sus patas delanteras; estuvo así una fracción de segundo y cayó luego sobre las que la seguían.

Glystra hizo volver grupas a su cabalgadura, lanzándola a lo largo del cantil y los cuatro escaparon exigiendo toda la velocidad de que eran capaces sus bestias, avanzando por la línea del risco para dejar atrás los barrancos que bajaban hacia el lecho seco. Al cabo de unos minutos se internó el jefe en una de las fisuras y se detuvo detrás de una pila de enormes piedras.

—Tardarán muchísimo en encontrarnos si se molestan en buscar... Por lo menos estaremos a salvo hasta el oscurecer.

Miró luego a su fatigada bestia.

—No serás muy hermoso, pero has sido un buen amigo.

Luego del anochecer volvieron a lo alto del risco y alejáronse en dirección al este al amparo de las sombras, llegando a poco a una parte más llana y ancha donde las piedras se confundían al fin con una superficie arenosa muy extensa.

Cuando partieron por el llano les llegó desde atrás una llamada prolongada, impresionante. Glystra detuvo su zipangote a fin de escuchar, pero no oyó entonces más que el silencio.

El animal movió las patas, lanzando un resoplido débil. Una vez más se repitió la llamada y Glystra se movió en la montura, azuzando a su cabalgadura.

—Conviene que nos alejemos lo más posible de los Rebbirs mientras nos ampare la oscuridad, o por lo menos hasta que hallemos dónde ocultarnos.

Reanudaron el avance silencioso por el llano de arena, oyendo una vez más la prolongada llamada en la lejanía.

El Planeta Grande continuó su viaje por el espacio, girando de nuevo hacia Fedra. Al fin presentóse el alba con sus explosivos colores, y a esa hora apenas si podían los zipangotes caminar a tropezones, con las cabezas casi tocando el suelo.

La luz se hizo más fuerte y hacia el este apareció una silueta prolongada, una línea de vegetación sobre la tierra.

Al asomar Fedra en el cielo pudieron ver claramente una isla verde de quince kilómetros de largo en medio de aquel mar blanco. Del centro de la misma se elevaba una cúpula hemisférica que relucía como metal blanco.

—Debe ser Myrtlesee con su Fuente Mágica —dijo Glystra.

No había un área de transición; el desierto se convertía en oasis tan bruscamente como si se hubiera cortado con un cuchillo el reborde del sector cubierto de vegetación. A un lado crecía el musgo celeste, húmedo y lleno de vida; al otro veíase la tierra arcillosa, seca y tan árida como a veinte kilómetros hacia el oeste.

Aquello de entrar en la penumbra verdosa de la selva fue como penetrar en el Jardín del Edén. Glystra deslizóse de sobre su bestia, ató las riendas a una raíz y ayudó a Nancy a desmontar. La joven estaba muy pálida, Bishop parecía lleno de fatiga y los ojos de Elton brillaban como dos lunas llenas.

Los zipangotes se pusieron a mordisquear el musgo, echáronse y rodaron para restregarse el lomo. Glystra apresuróse a retirar los bultos antes que los aplastaran contra el suelo.

Nancy habíase tendido a la sombra con Bishop a su lado.

—¿Tienes apetito? —preguntó Glystra a la joven.

—No. Sólo siento fatiga —fue la respuesta—. ¡Qué tranquilidad reina aquí! ¡Y qué silencio!... Escucha, ¿no es un pájaro que canta?

Escuchó Glystra un instante.

—En efecto, parece un pájaro.

Asa Elton abrió una de las mochilas y mezcló el concentrado de vitaminas con polvo alimenticio, lo humedeció, convirtiéndolo en una pasta espesa que puso en la olla de Fayne. La cerró y al cabo de un rato retiró de ella una torta de pasta caliente y sabrosa.

Claude Glystra se tendió sobre el musgo.

—Celebraremos un consejo de guerra.

—¿Cuál es el problema? —preguntó Elton.

—La conservación del pellejo —fue la respuesta del jefe—. Fuimos ocho los que salimos de Jubilith, sin contar a Nancy. Tú, Bishop, Pianza, yo, Ketch, Darrot, Fayne y Vallusser. Con Nancy son nueve. Hemos viajado miles de kilómetros y sólo quedamos cuatro. Adelante tenernos primero más desierto, o sea la mayor parte de Palari. Después las montañas, luego el lago y el Río Moehevior; más allá no sé.

—¿Es que quiere asustarnos?

Glystra continuó como si no le hubiera oído:

—Cuando partimos de Jubilith pensé que teníamos muchas posibilidades de triunfar. Que sufriríamos algunas penurias, pero que llegaríamos vivos. Veo que me equivocaba, de modo que ahora ha llegado el momento. El que desee regresar a Kirstendale en la monolínea tiene mi aprobación. En esas espadas Rebbirs hay suficiente metal como para convertirnos a todos en hombres ricos. Si cualquiera de ustedes prefiere ser un Kirster vivo que un terráqueo muerto... éste es el momento de decidirse.

Aguardó sin que le contestara ninguno de los otros. Después miró hacia lo alto del follaje.

—Bien, descansaremos aquí en Myrtlesee un día o dos y luego, el que quiera marchar hacia el este...

Caminó silenciosamente por sobre el musgo para observar a sus compañeros. Bishop roncaba a más y mejor, Elton dormía como un chiquillo y a Nancy le temblaban las manos como si tuviera una pesadilla.

Los traficantes mataron a Pianza que estaba de guardia, pensó. *¿Por qué se detuvieron?* Hubieran podido terminar con todos sin el menor peligro, y eran individuos que, aparentemente, no tenían remordimientos de conciencia. Los terráqueos vestían ropas valiosas y llevaban encima muchos objetos de metal. Sólo las pistolas hubieran representado una fortuna inconmensurable para ellos. ¿Por qué no masacraron a todos los durmientes? ¿Fue porque se lo impidió alguien con suficiente autoridad como para detenerlos, alguien quizá armado de una pistola de rayos?

Glystra les dio la espalda, profundamente desazonado, y regresó a la arboleda. El musgo era como una alfombra espesa de maravillosa suavidad, el aire olía a flores y la luz del sol se filtraba por entre el follaje, manchando de amarillo el suelo de la selva. Desde lejos llegó el sonido argentino que oyera antes, el canto de un pájaro... No, debía ser un insecto o un lagarto, pues no había pájaros en el Planeta Grande. Y desde la dirección de la cúpula oyó el sonido de un gong.

De pronto sonaron pasos a su espalda y se volvió a toda prisa, listo para defenderse, pero lanzó un suspiro de alivio al ver que era Nancy.

—Me asustaste.

—Claude —susurró ella—, volvámonos todos... No tengo derecho a hablar así, pues soy una huésped no invitada, pero... es seguro que morirás, y no quiero yo que suceda eso. ¿Por qué no podemos vivir los dos? Si regresáramos a Kirstendale, podríamos seguir viviendo en paz.

—No me tientes —repuso, meneando la cabeza—. No puedo volver... Pero creo que tú deberías hacerlo.

Se apartó ella, mirándole a los ojos con profunda atención.

—¿Ya no me quieres?

—Claro que sí —rió Claude—. Te necesito desesperadamente; pero... es un milagro que hayamos llegado tan lejos y nuestra suerte no durará eternamente.

—¡Claro que no! —gritó ella—. ¡Por eso quiero que nos volvamos! —Le puso las manos sobre el pecho—. ¿No quieres renunciar, Claude?

—No.

Corrieron las lágrimas por las mejillas de la joven, mientras que él la contemplaba sin saber cómo consolarla. Al fin, como no se le ocurría otra cosa que decir, le sugirió:

—Será mejor que descanses.

—Jamás volveré a descansar.

La miró con expresión interrogativa; pero ella fue hacia el límite del oasis, apoyóse contra un árbol y se quedó mirando hacia el desierto.

Glystra empezó a pasearse de un lado a otro. Al cabo de una hora se encaminó hacia donde estaba Nancy y la vio dormida en el suelo, con la cabeza posada sobre los brazos. Algo en su posición dio a entender a Glystra que jamás volverían a ser las mismas sus relaciones.

Fue entonces hacia donde dormía Asa Elton y le tocó el hombro, despertándole.

—Su turno —le dijo—. Llame a Steve dentro de una hora.

—Bien —repuso el otro, poniéndose de pie.

Glystra estaba muy fatigado y se durmió enseguida, no obstante lo cual oyó al cabo de un rato un sonido raro que parecía indicar peligro. Se dijo que debía despertar. ¡Debía despertar!

Súbitamente se levantó de un salto, echando mano a su pistola. A su lado yacía Elton que dormía profundamente. No vio a Steve Bishop ni a Nancy.

Después llegó a su oído un rumor de voces ásperas, un golpe sordo y otro más. Luego otras voces que se alejaban.

Corrió por entre los árboles y enredaderas, atravesando luego un matorral lleno de flores verdosas. Fue entonces cuando tropezó con un cuerpo y se detuvo helado de horror.

El cuerpo era el de Steve Bishop y le habían degollado. ¿Dónde estaba aquella cabeza que encerrara tantos conocimientos? ¿Cuál era el destino de los muertos?

Sintió que le tomaban de un brazo.

—¡Claude! —exclamó Elton.

—Han matado a Steve.

—Ya lo veo. ¿Dónde está Nancy?

—¿Dónde está? ¿Dónde está?

Se volvió para mirar a su alrededor y luego observó el suelo a sus pies.

—El que mató a Steve se la llevó consigo —dijo Elton—. Aquí en el musgo se ven sus huellas...

Glystra inspiró profundamente, observando las huellas. Sintióse luego lleno de energías y corrió hacia la cúpula, pasando una hilera de delgados cipreses cargados de unos frutos dorados. Salió a poco a un camino pavimentado que se extendía hacia la gran cúpula central, cuya fachada era ya visible, lo mismo que las arcadas y columnas de los costados. Ni Nancy ni sus apresadores estaban a la vista.

Por un momento se quedó Glystra completamente inmóvil; luego reanudó el avance, cruzando los jardines a la carrera y pasando a un banco de mármol, una fuente de aguas claras y un camino pavimentado con losas blancas y negras.

Un viejo canoso se hallaba arrodillado junto a un macizo de flores. Claude se detuvo

junto a él, preguntándole ásperamente:

—¿Dónde fueron los hombres y la mujer?

Le miró el viejo como si no entendiera.

—¿Dónde fueron? Contésteme o...

Elton llegó en ese momento.

—Es sordo —le dijo.

Glystra hizo una mueca de furor al reanudar la marcha. Al extremo del camino se abría una puerta; debía ser la misma por la que habían hecho pasar a Nancy. Corrió hacia ella e intentó abrirla, mas no pudo hacerlo. La golpeó entonces con el puño.

—¡Abran! —gritó furioso—. ¡Abran!

—Golpeando a esta puerta no ganará otra cosa que una cuchillada —le dijo Elton.

El otro se apartó entonces, mirando con furia al edificio de piedra. La luz del sol había perdido su fuerza y los jardines mostrábanse ahora carentes de color. Con voz acerba dijo:

—Todavía hay suficiente poder en mi pistola como para matar a unos cuantos. ¡Juro por todos los santos que veré la sangre de muchos!

—Mejor sería que hiciéramos las cosas de manera racional —repuso Elton en tono impaciente—. Primero vamos a ocuparnos de nuestras bestias antes que nos las roben.

Glystra lanzó una mirada más hacia el muro de piedra antes de darle la espalda.

—Está bien. Tiene usted razón... ¡Pobre Bishop!

—Es probable que le sigamos nosotros dentro de un día o dos —dijo Elton con sequedad.

Los zipangotes estaban gruñendo y quejándose, como de costumbre, apoyados contra los árboles. Glystra y Elton cargaron sobre ellos el equipaje de todos.

Elton se interrumpió un momento en su tarea para decir:

—Si fuera yo el jefe, ¿sabe lo que haría?

—¿Qué?

—Me marcharía de aquí hacia el este lo más rápidamente posible.

—No puedo hacerlo, Asa —negó Glystra.

—Aquí pasa algo raro.

—Lo sé, y tengo que asegurarme de lo que es. Ahora estoy defendiendo una causa perdida... Usted puede volverse a Kirstendale si lo desea.

Elton le contestó con un gruñido ininteligible.

Acto seguido montaron sus bestias y cabalgaron hacia la cúpula.

16 — LA BÚSQUEDA

Oíanse infinidad de sonidos en los alrededores: el lejano piar similar al de los pájaros, el zumbar de pequeños insectos, el susurro del viento entre las hojas. Pasaron por entre un grupo de árboles rosados bajo los cuales jugaba una niña con una rueda sujeta a un eje. De cara triangular y grandes ojos negros, vestía pantalones de satén verde y calzaba zapatillas rojas. En silencio los observó pasar, con la boca abierta, olvidando su juguete. Al verla tan limpia y bella, Glystra se hizo cargo de su propia suciedad y de su barba de varios días.

Se alejaron de la mirada curiosa de la niña, pasando junto a una pared baja rematada por esferas de piedra pulida recubiertas de líquenes de colores. La pared se confundía con el costado de la cúpula principal, de manera que la soslayaron para seguir por un camino muy bien cuidado a cuya izquierda corría una zanja llena de agua limpia. Del otro lado vieron una hilera de tiendas pequeñas semejantes a los numerosos bazares que viera Glystra en muchos otros planetas del universo.

Allí se vendía de todo: alfombras, chales y cobertores; frutas apiladas en el suelo; cacharros de barro y cerámica, cubiertos por una delgada película de polvo; canastos pendientes de cuerdas. Nadie prestó atención alguna a los terráqueos que pasaban a lomos de los gimientes zipangotes.

Frente a una de las tiendas, algo más grande que las otras, vieron colgada una espada de madera que identificaba el oficio del propietario. Glystra detuvo su cabalgadura.

—Tengo una idea —dijo.

Sacando dos espadas de las que quitaran a los Rebbirs, entró con ellas en la tienda.

El hombre bajo y obeso que se hallaba sentado detrás del mostrador levantó la cabeza para mirarle. Tenía una gran cabeza, pelo negro salpicado de gris, nariz y barbilla muy pronunciadas... El semblante de un Rebbir cambiado por la civilización.

Glystra arrojó las espadas sobre el mostrador.

—¿Cuánto valen para usted? —preguntó.

El obeso comerciante dio un respingo de sorpresa y no trató de ocultar su interés.

—¿De dónde las sacó? —quiso saber, tocando las hojas—. Son de acero de lo mejor... Solamente los Rebbirs del sur usan acero como éste.

—Las vendo baratas.

El armero le miró con renovado interés.

—¿Qué desea? ¿Un saco de peraldinas? ¿Un yelmo de cuatro capas de madre perla, coronado por un ópalo de la Montaña Mágica?

—No —repuso Glystra—. Es algo menos difícil de comprender. Hace una hora se llevaron a mi mujer a la cúpula grande, o el templo, o lo que sea. Quiero rescatarla.

—¿Dos espadas de acero por una mujer? ¿Bromea usted? Por las dos le daré catorce doncellas tan hermosas como el sol de la mañana.

—No —dijo Claude—. Quiero la que me quitaron.

El mercader se acarició el cuello con ademán distraído, mirando hacia la parte posterior del local.

—En verdad me interesan las espadas... pero no tengo más que una cabeza. —Levantó una de las armas—. Los Dongmen son un misterio; a veces parecen viejos tontos, y otras veces oye uno hablar de su astucia y crueldad, por lo que un hombre honrado nunca sabe qué pensar de ellos...

Claude Glystra se movió con impaciencia; los minutos escapaban de entre sus dedos. Nancy... No quiso pensar en lo que podía estar ocurriéndole.

—¿Y bien? —preguntó.

—¿Qué es lo que quiere de mí?

—Quiero a esa mujer. Es hermosa y joven; me imagino que se la habrán llevado a la cámara privada de algún jefe.

Con gran sorpresa ante su ignorancia, el mercader hizo una señal negativa.

—Los sabios son célibes. Lo más probable es que la hayan llevado al corral de los esclavos.

—No conozco el templo. Quiero la ayuda de alguien que sepa orientarse en él.

Asintió el comerciante.

—Comprendo. ¿Entonces está dispuesto a arriesgar la cabeza?

—Sí —repuso Glystra en tono colérico—, pero no se haga la idea de que no arriesgará usted la suya al mismo tiempo.

—Yo no —manifestó el otro—. Pero hay uno que lo hará.

Apretó un botón oculto bajo el mostrador y un momento más tarde entró por detrás un joven fornido que se le parecía mucho. Los ojos del recién llegado se fijaron en las dos espadas y a sus labios afloró una exclamación.

—Mi hijo Nymaster —dijo el comerciante. Se volvió luego hacia el joven—. Una de las espadas es tuya, pero primero debes llevar a este hombre por la rajadura de Zello al interior del templo. Pónganse mantos ceremoniales y lleven otros extra. Este hombre te indicará la mujer que quiere; sin duda debe estar en los corrales. Sobornarás a Koromutin; prométele una daga de porfirio para que acceda a tus pedidos. Trae a la mujer aquí a la tienda.

—¿Nada más? ¿Y con eso me gano la espada?

—Te la ganas.

Nymaster se volvió, haciendo una señal a Glystra.

—Venga.

—Un momento —dijo Claude, y fue hacia la puerta a llamar a Elton.

Entró el otro, mirando a su alrededor con indiferencia. Glystra le señaló las dos espadas.

—Si vuelvo con Nancy, este hombre recibe las dos espadas. Si no volvemos ninguno de los dos, mátele.

El mercader exhaló una exclamación de protesta.

—¿Cree que confío en usted? —le dijo Glystra.

—¿Confiar? —repuso el otro con acento intrigado—. ¿Confiar? ¿Qué palabra es ésa?

Claude sonrió a su amigo.

—Si no vuelvo a verle, buena suerte —le dijo—. Funde un imperio privado en alguna región del planeta.

Nymaster volvió a llamarle y salieron juntos de la tienda, dando la vuelta en torno del edificio para entrar en un pasaje entre dos cercos cubiertos de altos helechos. Nymaster se detuvo frente a un cobertizo, apretó con el pie una de las tablas y se abrió una puerta. Sacando un bulto del interior, lo pasó a Glystra.

—Póngase esto.

Era una prenda enteriza con capuchón terminado en pico. Glystra se lo pasó por encima de la cabeza, poniéndoselo.

—Ahora esto.

Nymaster le dio un delantal marrón sin mangas, algo más corto que la primera prenda.

—Y esto —agregó entonces, dándole una capa negra, aun más corta, dotada de otro capuchón.

El joven se vistió de manera similar.

—Es el ropaje de un Dongman ordinario, un sabio. Una vez dentro del templo no nos mirará nadie. —Hizo un atado con otra vestimenta igual y miró hacia ambos extremos del

pasaje—. Vamos, aprisa.

Corrieron unos treinta metros hasta un portal del cerco y entraron en un jardín lleno de helechos.

Nymaster se detuvo entonces por unos segundos, avanzó luego cautelosamente, se detuvo una vez más e hizo señal de silencio. Mirando hacia adelante, por entre el follaje, Glystra vio a un hombre alto y flaco que miraba hacia el cielo. Tenía en la mano un largo látigo con el que se golpeaba una de las botas. A poca distancia había un grupo de chiquillos que trabajaban la tierra.

Nymaster echóse hacia atrás, diciendo por lo bajo:

—Para llegar al muro tenemos que pasar cerca de Zello. Si llega a vernos dará la alarma.

Inclinóse y recogió un terrón que arrojó a uno de los pequeños en cuclillas en el suelo. El niño lanzó un grito y calló de inmediato, agachándose más sobre la tierra.

Zello levantóse perezosamente para avanzar por la huerta con el látigo en alto.

—Ahora —dijo Nymaster, tirando de la manga de su compañero.

Glystra se dejó conducir por el espacio abierto hasta detrás de una pared semiderruida. Se detuvieron junto a un grueso árbol de retorcidas ramas, miraron en todas direcciones y finalmente vieron la parte superior de la cúpula de Myrtlesee.

—A veces hay en la torrecilla un sabio que observa el desierto. Es cuando esperan visitantes de importancia y desean preparar el oráculo. —Nymaster siguió mirando con atención.—. ¡Ah! Allí está, observándolo todo.

Glystra vio la silueta oscura dentro de una jaula que había sobre lo alto de la cúpula.

—No importa —manifestó su compañero—. No se fijará, en nosotros; sólo mira a lo lejos y hacia arriba.

Trepó la pared aprovechando todas sus desigualdades y huecos. A mitad de camino hacia el remate desapareció de la vista y Glystra, que le seguía, llegó de pronto a una angosta fisura invisible desde abajo.

Del interior le llegó la voz del joven.

—La pared se construyó más para impresionar que para otra cosa. Está hueca por dentro y hay aquí un pasaje.

Oyó Glystra un chasquido y vio varias chispas en la oscuridad. Poco después se encendió una antorcha que tenía Nymaster en la mano.

El joven avanzó sin la menor vacilación y ambos marcharon por espacio de unos doscientos metros, pisando un terreno arcilloso y húmedo. Después se vieron frente a una pared y Nymaster descendió por un pozo abierto en el suelo.

—Cuidado —recomendó—. Los huecos están abiertos en la arcilla. Agárrese bien.

Glystra descendió un metro y medio, pasó por debajo del cimiento de una gruesa pared y se arrastró por un pasaje que se inclinaba hacia arriba.

—Ahora estamos bajo el piso del Colegio Mayor —le dijo Nymaster—. Hacia allá está el Veridicarium, donde se sienta el oráculo.

Arriba sonaron pasos apresurados y algo irregulares. Nymaster inclinó la cabeza hacia un costado.

—Es el viejo Caper, el encargado. Cuando era joven, una esclava se envenenó los dientes y le mordió en el muslo. La herida no se cerró nunca y el viejo tiene esa pierna más flaca que una varilla.

Una segunda masa rocosa les impidió el paso.

—Este es el pedestal del oráculo —expresó el joven—. Ahora debemos tener mucho más cuidado. Mantenga la cara en la sombra y no diga nada. Si nos detienen y reconocen...

—¿Qué ocurrirá?

—Depende del rango del que nos vea. Los más peligrosos son los novicios de atavío

negro; son demasiado celosos de su importancia. Lo mismo pasa con los Jerarcas que lucen adornos dorados en sus capuchones. Los Ordinarios son menos cuidadosos.

—¿Qué piensa hacer?

—Este pasaje va hasta los corrales donde se retiene a los prisioneros antes de prepararlos.

—¿Prepararlos? ¿Quiere decir que los hacen servir para el oráculo?

—En absoluto. El oráculo necesita la sabiduría de cuatro hombres para guiar sus pensamientos, y por cada disertación de un oráculo hay que preparar a tres hombres más. El mismo es el cuarto para el oráculo siguiente.

Gobernado por una impaciencia súbita, Glystra agitó una mano.

—Démonos prisa.

—Ahora en silencio —le advirtió el otro.

Le condujo luego alrededor de la masa rocosa y subieron por una escala rústica por la que llegaron a una cornisa. Nymaster fijó la antorcha en un hueco y se alejó arrastrándose entre las sombras. Glystra le siguió sin perder tiempo, sintiendo la dureza de la piedra que le rozaba la espalda, tan angosto era el paso.

A poco se detuvo Nymaster, escuchó un momento y reanudó luego el avance.

—Sígame enseguida.

Glystra estuvo a punto de caer en un agujero oscuro al obedecerle. Pudo agarrarse a tiempo y se descolgó para pisar un piso de piedra, viendo a Nymaster poco más adelante. Por entre sus pies corría un agua maloliente. El otro avanzó hacia la luz que se filtraba por lo alto de una escalera de piedra. Trepó luego los escalones y sin la menor vacilación salió a la luz.

Al imitarle notó Glystra el calor reinante y sintió un hedor que estuvo a punto de descomponerle. Desde el otro lado de una amplia arcada le llegó el rumor de gente que andaba de un lado a otro.

Hizo un esfuerzo para contener las náuseas que le dominaban y siguió a su guía por el corredor.

Se cruzaron con varios hombres ataviados como ellos que no les prestaron la menor atención. Después se detuvo Nymaster súbitamente.

—Allá, detrás de esta pared, están los corrales. Mire por entre esas ranuras e indíqueme cuál es su mujer.

Glystra apretóse contra el muro, espiando por una ranura que había a la altura de su cara. Vio entonces a una docena de seres humanos de ambos sexos que se hallaban en medio del recinto o sentados en bancos de piedra. Habíanles afeitado la cabeza y pintado el cuero cabelludo de diversos colores.

—¿Cuál es? —preguntó Nymaster—. ¿Aquella del extremo?

—No. No está aquí.

—¡Ah! —masculló el joven—. Entonces tenemos un problema muy difícil y que temo esté fuera de lo que tratamos.

—¡Nada de eso! El trato fue que hallaríamos a la mujer y la sacaríamos de donde estuviera... ¡Lléveme donde está ella o le mato ahora mismo!

—No sé dónde buscarla —repuso el otro en tono paciente.

—¡Averígüelo entonces!

Nymaster frunció el ceño.

—Le preguntaré a Koromutin. Espere aquí...

—No; iré con usted.

El joven masculló algo por lo bajo y echó a andar por el pasaje, asomando la cabeza hacia el interior de una cámara. El hombre que la ocupaba era obeso, de edad mediana, y vestía una túnica blanca con un cuello de encaje. No se sorprendió de ver a Nymaster, y se

resintió sólo porque el joven le haría perder su precioso tiempo.

Nymaster le habló en voz baja mientras Glystra adelantábase para captar sus palabras. Los ojos de Koromutin estudiaron su rostro bajo la sombra del capuchón.

—... dice que no está en el corral, y no se irá sin hallarla.

Koromutin frunció levemente el ceño.

—Evidentemente, la mujer debe estar encerrada arriba. En tal caso... Bueno, ¿cuánto va a pagar tu padre? Recuerdo cierta daga de muy buen porfirio filemonio...

—Tuya será —asintió Nymaster.

El dignatario restregóse las manos al tiempo que se ponía de pie y examinaba a Glystra con renovado interés.

—Sin duda esa mujer es una reina muy rica. Estimado señor —dijo, haciendo una reverencia—, me inclino ante su lealtad. Permítame que le asista en su búsqueda.

Dicho esto se volvió sin esperar respuesta.

Ascendieron por una escalera curvada y desde lo alto les llegó el ruido de pies que descendían. Koromutin se detuvo para inclinarse con abyecta obsequiosidad.

—¡Inclínese! —susurró Nymaster—. ¡Es el Superior!

Así lo hizo Glystra, viendo el ruedo de un ropón de rica tela blanca y la capa de piel roja y suave como el pelaje de un castor.

—¿Dónde estás, Koromutin? —preguntó una voz llena de fastidio—. Dentro de poco tendrá que hablar el oráculo. ¿Dónde está la sabiduría? Te has demorado.

Koromutin se excusó largo y tendido y el Superior regresó a lo alto. El dignatario menor volvió entonces sobre sus pasos hacia su cámara, donde se puso una prenda de alto cuello y brocado blanco adornado con arañas escarlata, así como un gorro cónico, blanco, con orejeras.

—¿A qué se debe la demora? —susurró Glystra. Nymaster se encogió de hombros.

—El viejo Koromutin es el Inculcador y ésos son sus atavíos ceremoniales. Nos vamos a retrasar un poco.

—No tañemos tiempo; sigamos con lo nuestro.

—¡Imposible! —fue la respuesta—. Koromutin debe cumplir su parte mientras habla el oráculo. De todos modos, me gustaría presenciar el rito; nunca he visto lo que hacen.

Glystra masculló algunas amenazas, pero el otro no se dejó convencer.

—Espere hasta que Koromutin nos lleve donde está la mujer. Si no se encuentra en los corrales, no podremos hallarla por nuestra cuenta.

Glande se vio obligado a acceder.

17 — EL ORÁCULO

Koromutin continuó sus preparativos y de un armario retiró un frasco lleno de un líquido espeso, amarillento, con el que llenó una jeringa hipodérmica.

—¿Qué es eso?

—Sabiduría —repuso el dignatario con untuosa complacencia—. En cada dosis están concentradas las glándulas cerebrales de cuatro hombres que dan por resultado una sagacidad multiplicada por veinte.

Hormonas, fluido pineal, pensó Glystra.

El dignatario volvió a poner el frasco en su estante y se prendió la jeringa al gorro.

—Vamos al Veridicarium.

Condujo a Nymaster y Glystra corredor abajo, escaleras arriba, a lo largo de un ancho pasaje y hasta el hall central bajo la cúpula, un amplio recinto de paredes recubiertas de madreperla en el que imperaba una luz de un tono gris pálido. En el centro elevábase un estrado de madera negra con una silla encima.

Sólo había dos decenas de sabios en el hall, formados en fila semicircular frente a la silla, entonando un cántico incomprensible.

—Sólo una veintena —masculló Koromutin—. El Lord Voivode no va a sentirse complacido, pues suele calcular el valor de la sabiduría del oráculo por el número de sabios que hay en hall... Tengo que esperar aquí en el nicho —agregó quedo—. Según la costumbre, yo sigo al oráculo. —Miró un momento a su alrededor—. A ustedes dos les conviene ir por la pared Boreal, pues alguno de los novicios podría reconocerlos y dar la alarma.

Nymaster y Glystra se situaron de la manera menos conspicua posible junto a un gran biombo de madera trabajada. Un momento más tarde introdujeron en el hall un palanquín de forma oval adornado con cortinillas de satén amarillo con borlas rojas. Los portadores eran cuatro negros de calzones rojos. Les seguían dos mujeres jóvenes que llevaban una silla de mimbre con cojines de raso.

Los negros dejaron el vehículo en el suelo y del interior saltó un hombrecillo carirrojo que fue a sentarse en la silla que las jóvenes instalaron apresuradamente frente al estrado.

El personaje hizo agitadas señas con las manos.

—¡Aprisa! ¡Aprisa! —jadeó—. ¡La vida se me va! ¡La luz abandona mis ojos mientras estoy aquí sentado!

Se le acercó el Superior, inclinando la cabeza con actitud respetuosa.

—Quizás el Lord Voivode querría beber algo fresco durante los ritos preliminares.

—¡Al diablo con los preliminares! —exclamó el Voivode—. De todos modos, noto que no hay más que una veintena de sabios para honrar mi presencia, de modo que unos preliminares tan improvisados podemos pasarlos por alto. A ver el oráculo, y que esta vez sea un hombre en la plenitud: un Rebbirs, un Bode, o un Juillard.

De nuevo se inclinó el Superior.

—Trataré de complacerte, Voivode —dijo, y levantó la cabeza al oír un sonido—. Ya llega el oráculo.

Aparecieron dos sabios que sostenían entre ambos a un individuo ataviado con una amplia prenda blanca. El pobre prisionero miraba hacia todas partes con expresión de terror.

—¿Es ésta la criatura que va a aconsejarme? —rugió el Voivode—. ¡Bah! Parece no ser capaz de otra cosa que de temblar despavorido.

—No desconfíes, Lord Voivode —respondió el Superior con imperturbable suavidad—. Habla con la sabiduría de cuatro hombres.

El pobre infeliz del atavío blanco fue levantado hasta la silla en la que se quedó temblando. El Lord Voivode le observaba con mal disimulado disgusto.

—Me parece que yo puedo decirle más de lo que puede decirme él, aun con su sabiduría cuadruplicada. Lo único que sabe es temer, y una vez más se pierden inútilmente los preciosos instantes de mi vida. ¿Dónde hallaré a quien me trate con justicia?

El Superior se encogió de hombros.

—El mundo es grande; tal vez existe otro oráculo más sabio que el de la Fuente de Myrtlesee. El Lord Voivode podría ir a formular sus preguntas a esos otros omniscientes.

El visitante masculló algunas maldiciones, pero interrumpióse de pronto, presa de la ira.

Apareció entonces Koromutin, majestuoso y digno con su atavío ceremonial... Subiendo al estrado, retiró la jeringa de su gorro y clavó la aguja en el cuello del oráculo. Este se puso tenso, arqueó la espalda como un arco, echó hacia afuera los codos y apretó los dientes. Por un momento estuvo así rígido, después se dejó caer agotado sobre el asiento, poniendo la cabeza entre las manos y frotándose la frente.

En la cámara reinaba un silencio sepulcral mientras el oráculo seguía frotándose la frente.

Luego agitó un pie y movió la cabeza, profiriendo unos sonidos raros. Levantó entonces la cara, lleno de asombro. Le temblaron los hombros y agitó de nuevo el pie. A sus labios afloró una jerigonza ininteligible, su voz se tornó cada vez más aguda. Gritó entonces roncamente, cada vez más agitado y tembloroso, haciendo moverse la silla con sus temblores.

Claude Glystra observaba fascinado.

—¿Es ésa su sabiduría? —inquirió.

—Silencio.

El individuo estaba en agonía; sus músculos habíanse anudado y sus ojos brillaban como dos lámparas encendidas.

Lord Voivode inclinóse hacia adelante, sonriente y asintiendo con la cabeza. Después se volvió en dirección al Superior, quien se inclinó respetuoso para escuchar sus preguntas. Asintió luego, se irguió y quedóse esperando con las manos a la espalda.

El oráculo quedó ahora inmóvil, sereno, como si la agonía hubiera purgado su alma de toda materia extraña, dejándole libre para entregarse a la meditación.

En el silencio subsiguiente se oyó con claridad al Superior que decía:

—Ya está listo. Tienes ahora cinco minutos de su sabiduría a tu disposición antes que muera.

El Voivode se adelantó un poco.

—Oráculo, respóndeme bien, ¿Cuánto tiempo me queda de vida?

Sonrió el oráculo con expresión cansina.

—Preguntas algo trivial... y te contestaré. ¿Por qué no? Por la posición de tu cuerpo, tu actitud y ciertas consideraciones mentales, es evidente que te roe un cáncer. Tu aliento huele a muerte. Calculo que no te queda más de un año de vida.

El otro volvió su rostro distorsionado hacia el Superior.

—¡Llévenselo! Es un embustero. Pago buenos esclavos y me dice mentiras...

El Superior levantó la diestra con dignidad.

—No vengas nunca a la Fuente de Myrtlesee en busca de adulación, Voivode; aquí sólo oirás la verdad.

El Voivode miró de nuevo al oráculo.

—¿Cómo puedo prolongar mi vida?

—No tengo conocimientos exactos al respecto. Un régimen razonable incluiría alimentos no excitantes, la abstinencia de narcóticos estimulantes y revitalizadores de

glándulas, así como un programa de actos de caridad para tranquilizar tu mente.

El otro miró al Superior con expresión airada.

—Me has engañado; este individuo dice las cosas más tontas. ¿Por qué no revela la fórmula?

—¿Qué fórmula? —preguntó el dignatario sin gran interés.

—¡La del elixir de la vida eterna! —rugió el Voivode—. ¿Qué otra podría ser?

—Pregúntaselo tú mismo.

Así lo hizo el noble visitante.

—No hay tal información en mi experiencia y no dispongo de suficientes datos como para inventar una fórmula de ese tipo —respondió el oráculo luego de haberle escuchado atentamente.

En tono más suave sugirió el Superior:

—Pídele sólo informes que estén dentro de los límites naturales. El oráculo no es un adivino como los Witthorns o las Brujas de Edelweiss.

La cara del Voivode habíase tornado de una tonalidad purpúrea.

—¿Cuál sería la mejor manera de asegurar la herencia a mi hijo?

—En un estado aislado de influencias externas, el gobernante puede gobernar según la tradición, por medio de la fuerza o gracias al deseo y la buena voluntad de sus súbditos. Esto último es lo que garantiza el reinado más sólido.

—¡Sigue, sigue! —chilló el otro—. Morirás en cualquier momento.

—Extraño —dijo el oráculo con una leve sonrisa—. Precisamente ahora empiezo a vivir por primera vez.

—¡Habla! —le ordenó ásperamente el Superior.

—Tu dinastía nació contigo cuando envenenaste al Voivode anterior, de modo que no hay gobierno por tradición. Por lo tanto tu hijo podría mantenerse en el trono por la fuerza. El proceso es muy sencillo; debe matar a todos los que le disputen el trono. Esto le ganará nuevos enemigos a los que también tendrá que matar. Si logra matar con la suficiente rapidez corno para evitar que sus enemigos concentren sus fuerzas, continuará gozando del poder.

—¡Imposible! Mi hijo es un estúpido. Me rodean traidores y adulones que sólo esperan el momento de mi muerte para saquear el país.

—En este caso tu hijo debe demostrar que es un gobernante tan hábil que nadie quiera librarse de él.

Se empañaron los ojos del Voivode; seguramente pensaba en su heredero.

—Para favorecer esta situación deberás cambiar tu modo de obrar. Examina las acciones de cada uno de tus funcionarios desde el punto de vista de los miembros menos privilegiados de tu país y modifica tu política de acuerdo con tus observaciones; luego, cuando mueras, tu hijo será mantenido por la buena voluntad y la lealtad de sus súbditos.

El gobernante se echó hacia atrás en la silla, mirando al Superior.

—¿Y es para esto que he pagado veinte esclavos magníficos y cinco cruzas de cobre?

El dignatario no se turbó en lo más mínimo.

—Te ha bosquejado un curso de acción para que te guíes. Ha respondido a tus preguntas.

—¡Pero no me dijo nada agradable! —protestó el otro.

—En la Fuente de Myrtlesee no oirás halagos ni evasivas, sino la exactitud de la verdad.

El Voivode pareció hincharse de rabia, pero se contuvo.

—Muy bien, una pregunta más. Los hombres del Delta han estado invadiendo todo el Valle Cridgin y robando ganado. Mis soldados no pueden buscarlo entre el barro y los cañaverales. ¿Cómo puedo solucionar ese problema? ¿Qué debo hacer?

—Planta setos en las Colinas Imsidiption.

El Voivode se puso rojo y el Superior ordenó con premura:

—Explícate.

—La gente del Delta vive preferentemente de ostras. Durante siglos las han criado en el lecho de su río. El Voivode ha hecho pastar sus pechavíes en las laderas de las Imsidiption con tanta frecuencia que ha desaparecido la vegetación y el agua hace deslizar mucho cieno al Río Pannasic. Este cieno se deposita sobre los lechos de ostras y las mata. Urgidos por el hambre, los hombres del Delta matan el ganado del valle. Para evitar esta molestia hay que curar la causa del mal.

—Han sido osados y traidores; quiero vengarme.

—Nunca conseguirás cumplir ese deseo.

El Voivode se levantó de un salto y, tomando un jarro de piedra de su palanquín, lo arrojó contra el pecho del oráculo. El Superior levantó una mano para contenerle, pero el otro le lanzó una mirada feroz, apartó a las dos jóvenes y saltó a su vehículo, el que se llevaron de allí los cuatro portadores negros.

El oráculo había cerrado los ojos, aspirando el aire con gran dificultad al tiempo que crispaba las manos. Glystra, que lo miraba fascinado, se dispuso a avanzar, pero Nymaster le contuvo.

—¿Está loco? ¿Es que quiere perder la cabeza?

Koromutin pasó entonces frente a ellos, haciéndoles una señal disimulada.

—Espérenme en el corredor.

—¡Aprisa! —susurró Glystra.

El viejo le lanzó una mirada desdeñosa antes de desaparecer por el pasaje. Diez minutos más tarde regresó allí ataviado ahora con sus vestimentas comunes blancas y azules. Sin una palabra ni una mirada, ascendió por unos escalones cubiertos de laca bermellón que iban hacia una arcada en lo alto de la cúpula. Por las aberturas pudo ver Glystra el oasis, el resplandor del desierto y las colinas negras iluminadas ahora por el sol de la tarde.

Koromutin subió por otra escalera y llegaron entonces a un corredor que daba la vuelta en torno de la cúpula. Esta vez las aberturas permitían ver el hall de abajo. El viejo entró en una cámara pequeña donde se hallaba otro hombre sentado a un escritorio. Koromutin indicó a Glystra y Nymaster que se apartaran, acercóse al escritorio y habló con el otro, recibiendo una respuesta en voz baja.

Después llamó a Nymaster.

—Este es Jentile, el Ordenanza Principal. Él puede ayudarnos si tu padre está dispuesto a desprenderse de otra daga igual a la que vas a darme a mí.

Nymaster dejó escapar una maldición entre dientes.

—Está bien —accedió luego.

Asintió Koromutin y el viejo ordenanza se puso de pie para salir al corredor.

—Él ha visto a la mujer —dijo entonces Koromutin en tono confidencial—, y puede llevarlos a su alojamiento. Les dejo en sus manos. Tengan mucha discreción, pues van a entrar en un lugar peligroso.

Guiados por Jentile, alejáronse a lo largo de interminables corredores y ascendieron otra escalera. Glystra oyó de pronto un sonido prolongado que le hizo detenerse súbitamente.

—Vamos, vamos —le dijo Jentile con impaciencia—. Le mostraré la mujer y habrá terminado mi misión.

—¿Qué es ese sonido? —preguntó Glystra.

—Mire por el enrejado y lo verá. Es un organismo de vidrio y metal que habla con voces distantes, algo muy potente, pero que no nos concierne. ¡Vamos!

Espió Glystra por el enrejado, viendo un equipo electrónico moderno combinado de manera que sugería una improvisación hecha por mano diestra. Sobre una mesa reposaban un altavoz, un micrófono, un tablero lleno de llaves y palancas y, detrás, las veinte aletas paralelas con los circuitos impresos que servían como condensadores y resistencias... Claude Glystra se quedó boquiabierto al imaginar las posibilidades que ofrecía aquello.

—¡Vamos, vamos! —tronó el ordenanza—. Deseo mantener mi cabeza sobre los hombros.

—¿Falta mucho? —preguntó Nymaster.

—Unos pasos más y verán a la mujer. Pero cuídense de no hacerse ver porque podrían ejecutarnos a los tres.

—¿Qué? —rugió Glystra en tono salvaje. Nymaster le tomó de un brazo para contenerle.

—No discuta con ese viejo tonto —le susurró—. Sí lo hace no la encontraremos jamás.

18 — CHARLEY LYSIDDER

Continuaron andando sobre una gruesa alfombra verde a lo largo del corredor que se curvaba constantemente. Al fin se detuvo Jentile frente a una maciza puerta de madera, miró furtivamente hacia atrás y se agachó luego con mucha práctica para espiar por un intersticio donde la bisagra se unía a la jamba.

Después volvióse e hizo una señal a Glystra.

—Venga a ver, asegúrese de su presencia y luego váyase. En cualquier momento podría presentarse el Alto Sacerdote.

Sonriendo sañudamente se agachó Glystra para mirar por la ranura.

Nancy se hallaba sentada en un sillón, con la cabeza echada hacia atrás y los ojos semicerrados. Vestía un pijama suelto de brocado verde, tenía el cabello cepillado y limpio y parecía haber terminado de asearse. Su rostro mostrábase inexpresivo o, mejor dicho, lucía una expresión que Claude no pudo interpretar. Con la mano izquierda buscó Glystra el picaporte mientras que empuñaba la pistola con la diestra. El obeso ordenanza chilló entonces:

—¡Atrás, atrás! Ahora tenemos que partir...

Al mismo tiempo tiró de la manga del terráqueo, pero Glystra le apartó con brusquedad.

—Nymaster, hágase cargo de este tonto.

La puerta no estaba cerrada con llave, de modo que la abrió violentamente, parándose en el hueco de la misma. Nancy le miró asombrada.

—Claude...

Se puso de pie con lentitud, mas no corrió hacia él llena de alegría o de alivio.

—¿Qué pasa? —preguntó él—. ¿Qué te ha ocurrido?

—Nada —fue la respuesta—. Estoy bien.

—Vámonos. Nos queda poco tiempo.

Le pasó un brazo por sobre los hombros, notándola algo aturdida.

Nymaster retenía al ordenanza por la nuca cuando pasó Glystra diciendo:

—Vamos a la cámara de la radio.

El ordenanza se volvió en redondo, echando a andar por el corredor a toda prisa. Bajaron para retornar por el camino ya recorrido. Glystra empuñaba la pistola con la diestra y llevaba del brazo a Nancy con la otra mano.

Se oyó el zumbido del aparato y Glystra se introdujo en la cámara, donde un individuo delgado de atavío azul le miró con cierta sorpresa.

—De pie —ordenó Claude—. Si calla no le pasará nada.

El operador se levantó lentamente, fijos sus ojos en la pistola, la que reconoció enseguida.

—Usted es un terráqueo —le dijo Glystra.

—En efecto. ¿Qué hay con eso?

—¿Instaló este equipo?

El operador lanzó una mirada desdeñosa a la mesa.

—Así es. ¿Tiene algo de malo? ¿Qué sucede?

—Comuníqueme con la Junta Terráquea.

—No, señor, no puedo hacerlo, pues todavía le tengo apego a la vida. Si quiere comunicarse con la Junta Terráquea, llame usted mismo. Como me apunta con esa pistola, yo no puedo impedírselo.

Glystra dio un paso hacia adelante, mas el otro no cambió de expresión.

—Póngase contra la pared, junto al ordenanza... ¡Nancy!

—¿Sí, Claude?

—Entra y párate junto a la pared, fuera del paso. No te muevas.

Marchó ella poco a poco hacia donde le ordenara él. Sus ojos se paseaban por la cámara y en un momento dado se pasó la lengua por los labios como para decir algo, mas se abstuvo de hacerlo.

Glystra sentóse a la mesa y se puso a estudiar el aparato. La corriente provenía de un acumulador atómico pequeño y el equipo era uno muy sencillo, de onda corta, como los que tenían un millón de estudiantes de la Tierra.

Bajó la palanca de transmisión.

—¿Cuál es la frecuencia de la Junta?

—Lo ignoro.

Glystra abrió el índice, buscó la letra J. "Junta Terráquea, Monitor Oficial: Código. 181933". El panel de control tenía seis perillas. Bajo la primera figuraba el símbolo O, bajo la segunda un 10, luego un 100, y así sucesivamente por múltiplos de diez hasta la sexta... Evidentemente, cada perilla sintonizaba un decimal de la frecuencia. Puso la sexta en 1, la segunda en 8 y levantó la cabeza, aguzando el oído.

Sonaron pasos pesados por el corredor y Nancy dejó escapar un gemido de pánico.

—¡Silencio! —susurró Glystra, inclinándose sobre las perillas—, Uno... nueve...

Abrióse la puerta y asomó por ella una cara grande, de ojos oscuros. Instantáneamente se arrojó el ordenanza de cara al suelo.

—Honorable Sacerdote, no fue mi voluntad...

Mercodion volvióse hacia el corredor.

—Adentro. Apresen a estos hombres.

Glystra siguió marcando. Tres. Aun le faltaba uno. En ese momento penetraron varios individuos robustos y Nancy apartóse de la pared con el rostro desencajado, poniéndose en la línea de fuego.

—¡Nancy! —gritó él—. ¡Atrás!

Al mismo tiempo apuntó con su pistola, aunque la joven se hallaba entre él y el Alto Sacerdote.

—Lo siento —susurró él—. Es más importante que tu vida...

Oprimió la empuñadura y hubo una luz violácea que iluminó los blancos rostros da los presentes. Un zumbido que se ahogó enseguida y al momento cesó la luz. No quedaba ya carga en el arma.

Los tres sacerdotes ataviados de negros ropajes se le arrojaron encima. Glystra defendióse con furia tan salvaje como la de un Rebbir. Cayó la mesa hacia un costado y a pesar de los esfuerzos del operador se hizo añicos el equipo. En ese momento escapó Nymaster de la cámara echando a correr por el pasillo.

Glystra luchaba en un rincón, defendiéndole con uñas y dientes, pero los sacerdotes le arrojaron al suelo, le patearon la cabeza, y le pusieron los brazos a la espalda.

—Atenlo bien —ordenó Mercodion—. ¡Al establo con él!

Le condujeron por corredores, escaleras abajo y por la arcada desde la que se veía el desierto. Por el cielo pasaba en ese momento un puntito negro que hizo gritar al prisionero:

—¡Un coche volador! ¡Es un terráqueo!

Se detuvo, tratando de llegar a una ventana.

—¡Un coche aéreo de la Tierra!

—Un coche aéreo de la Tierra —dijo Mercodion—, pero no viene de ese planeta, sino de Grosgarth.

—¿De Grosgarth? Sólo un hombre de Grosgarth podría tener un coche aéreo...

—Exacto.

—¿Sabe el Bajarnum...?

—El Bajarnum sabe que está usted aquí. ¿Cree que tiene un coche aéreo y no tiene

radio?

El Alto Sacerdote se volvió hacia los de negro.

—Llévenlo al corral. Yo debo ir a recibir a Charley Lysidder... Vigílenlo bien; es un individuo peligroso.

Glystra se hallaba parado en el centro del recinto, sintiéndose muy abatido. Tenía la cabeza afeitada y habíanle bañado en un fluido que olía a vinagre.

Allí en el corral de los esclavos de la Fuente de Myrtlesee imperaba una atmósfera pesada v Glystra debía respirar por la boca para evitar en lo posible que le ahogara el olor. Después frunció el ceño. ¡Qué extraño! Una parte del olor era penetrante, casi dulzón... y hacía vibrar una cuerda sensible en su memoria.

Se quedó quieto, tratando de pensar sin conseguir reconcentrarse. El piso de piedra estaba muy resbaladizo bajo sus pies. Junto a la pared había cuatro mujeres acurrucadas que se quejaban sin pausa. De la cámara contigua se filtraba el vapor por entre las ranuras de las piedras y con el vapor llegaba ruido de golpes, agua que hervía y conversaciones.

Por un agujero en la pared le espiaban de tanto en tanto... ¿Por qué estaba allí? Eli Pianza había tenido suerte; ahora yacía enterrado en el cañaveral del Lago Pellitante. Roger Fayne tenía aún más suerte, pues lucía ropas raras y jugaba a ser rey y siervo alternativamente.

Se sintió muy apabullado; gran parte de la dignidad del hombre se pierde con el cabello... Un soplo de aire cargado de aquel olor dulzón, más fuerte ahora que antes. Era decididamente familiar. ¿Limón? ¿Almizcle? ¿Aceite para el cabello? No. De pronto se hizo la luz en su cerebro. ¡Zygage! Fue enseguida hacia la pared para espiar por una ranura.

Casi bajo su cara hervía un gran caldero; hacia la izquierda vio un canasto lleno de frutos de forma de bellotas. En efecto, era zygage. Observó fascinado a un individuo pálido y sudoroso que levantaba una palada de los frutos para echarlos dentro del caldero.

¡Zygage! Glystra apartóse de la ranura, pensando en aquel detalle. Si el zygage era uno de los elementos del suero del oráculo, ¿qué papel desempeñaban entonces los extractos de glándulas? Probablemente ninguno, salvo por su simbolismo. Claro que no podía estar seguro; pero le pareció que tal extracto no podía provocar las contorsiones que presenciara en el Veridicarium. Más posible era que el ingrediente activo fuera el zygage, el que sin duda se asemejaba en sus efectos a sus similares de la Tierra: la marihuana, el curare, opio, pejote y una docena más de drogas. Recordó su propia experiencia con el zygage, la primera sensación de bienestar y el subsiguiente decaimiento. La reacción del oráculo era la misma, aunque vastamente incrementada. Glystra meditó sobre el episodio: un pobre individuo aterrorizado sufrió el tormento y una purga mental para lograr una magnífica calma y un raciocinio máximo.

Fue aquella una transformación asombrosa que dejó al descubierto la personalidad óptima aparentemente latente en cada ser humano. ¿Cómo obraba la droga? El problema era para científicos, no para él; pero parecía lograr los resultados de los grandes institutos curativos de la Tierra, probablemente por los mismos métodos esenciales: una revisión de los acontecimientos de toda una vida, el rechazo de todas las obsesiones subconscientes. Era una pena que el hombre llegara a ese punto maravilloso sólo para morir. Era como el efecto posterior que sufrió luego de haber aspirado el humo... Cesó de pronto en sus meditaciones. Steve Bishop no sufrió aquellos efectos; por el contrario, se acentuó su bienestar después de inhalar el zygage. Al parecer, su hábito de ingerir vitaminas le protegió en aquella ocasión.

Vitaminas... Tal vez el oráculo moría desvitaminizado por completo. Esto le hizo pensar aún más y empezó a pasearse por la celda con paso nervioso.

De pronto oyó que le chistaban y volvióse para mirar por una de las ranuras de la pared sin ver otra cosa que ojos hostiles. Se fue hacia el otro lado y miró al corredor.

Era Nymaster, quien parecía muy airado.

—Ahora está en el corral —dijo en tono bajo—. Ahora va a morir. ¿Qué pasará entonces con mi padre? Su amigo se llevará las espadas y es posible que mate a mi padre como le ordenó usted.

Era verdad, se dijo Glystra. Nymaster habíale servido fielmente.

—Tráigame un papel —le dijo—. Le escribiré a Elton.

Nymaster le pasó un trozo de papel grasiento y un pedazo de grafito.

—¿Ha sabido algo de...? —preguntó Claude luego de una leve vacilación.

—Koromutin dice que será usted el oráculo para Charley Lysidder —le interrumpió el otro—. Así le informó el Superior mientras le daba de latigazos.

—¿No puede hacerme salir por medio del soborno? Tengo más metal, y otras espadas como la suya.

—Ahora ni con una tonelada de hierro se lograría nada —fue la respuesta del joven—. Esta noche ha ordenado Mercodion que ha de consumirse su mente para el Bajarnum.

Las palabras se grabaron en el cerebro del prisionero, quien miró con fijeza a Nymaster mientras se acariciaba la barbilla.

—¿No puede traer a Elton con usted? Le daría otra espada de muy buen acero.

—Sí —asintió el joven de mala gana—. Puedo hacerlo... Es un riesgo mortal, pero lo haré.

—Entonces llévele esta nota y tráigalo con usted.

Ahora los sonidos y olores del corral no significaban nada para él. Empezó a pasearse de un lado a otro, silbando entre dientes. A cada vuelta que daba esperaba ver la cara de Elton.

De pronto se le ocurrió una idea que le hizo estremecer. Había conjeturado en parte el desarrollo del complot del que fuera víctima. Luego que fracasó Morwatz y después que pudo eludir la segunda expedición cruzando el Río Oust, se le dejó que siguiera su camino hacia Myrtlesee; pero en todo momento fue avanzando hacia una trampa ya preparada. La estrategia estaba clara; le dejaron para que se ejecutara solo. ¿Y si Elton era cómplice de sus enemigos? En ese momento no había nada imposible.

—Glystra.

Levantó la vista, volviéndose hacia la ranura. Era Asa Elton, ataviado como los sabios del templo. Claude corrió hacia la pared.

—¿Cómo marcha eso? —le preguntó el otro. Glystra acercóse más a la ranura.

—¿Lo trajo? —preguntó muy quedo. Elton le pasó un paquetito.

—¿Y ahora? —quiso saber.

—No sé, Asa. De estar yo en su lugar, regresaría enseguida hacia Kirstendale. Aquí no puede hacer nada más.

—No me ha dicho lo qué piensa hacer con las vitaminas.

—Pienso comérmelas.

Le miró el otro interrogativamente.

—¿No le están alimentando como deben? —le dijo.

—No. Es una idea que se me ha ocurrido.

Elton miró hacia ambos lados del corredor.

—Con un martillo pesado podría abrir un agujero en esta pared y...

—No. Al primer golpe vendrían aquí cien sabios. Vuelva a la tienda del armero y espere allí hasta mañana; si no regreso para entonces, ya no me verá más.

—Aun quedan dos o tres cargas en mi pistola —declaró el otro—. Tenía la esperanza

de encontrarme con alguien que conocemos.

Glystra sintió como si se le cerrara la garganta.

—No puedo creerlo —murmuró.

Elton no dijo nada.

—Estoy seguro de que no hizo matar a Bishop... Fue un accidente o él trató de detenerla.

—Se mire como se mire, tuvo participación en el complot. Cuatro hombres buenos murieron por ella: Bishop, Pianza, Darrot, Ketch. No cuento a Vallusser, pues ese sinvergüenza también estaba contra nosotros. La estaba vigilando desde hacía rato... desde que insistió en unirse a nuestro club de suicidas.

Rió Glystra de mala gana.

—Yo creía que era porque... que me... —dijo, y no pudo finalizar la frase.

—Ya lo sé —asintió su amigo—. Una cosa hay que reconocerle: arriesgó la vida con nosotros y salió triunfante. Ahora está allá arriba y usted se encuentra aquí abajo. ¡Qué agujero! ¿Qué es lo que cocinan?

—Ya lo ha visto —repuso Claude con indiferencia—. Destilan una especie de bebida que mezclan con el zygage y le dan a los oráculos. Les hace el mismo efecto que hizo el humo a los soldados de Beaujolais, aunque multiplicado por mil.

—¿Y les mata?

—No se salvan.

—Esta noche será usted el oráculo.

Glystra levantó el paquete que le diera Elton.

—Tengo esto. No sé lo que va a suceder, pues de aquí en adelante no tendré plan alguno. Y quizá me equivoque, pero sospecho que va a haber grandes novedades en la Fuente de Myrtlesee.

Nymaster apareció detrás de Elton.

—Vamos. Allí se acerca un prefecto. Vámonos enseguida.

Glystra acercóse más a la ranura.

—Hasta pronto, Asa.

Elton le saludó con la mano antes de alejarse.

19 — SABIDURÍA PARA LYSIDDER

El sol se hundió detrás del follaje de la Fuente de Myrtlesee pintando a las plantas de un matiz dorado. Hacia oriente veíase una bruma grisácea que avanzaba poco a poco en alas de la noche que caía sobre pueblos, castillos y cabañas.

Al este de la cúpula había un pabellón de mármol cerrado por una columnata de hermoso estilo muy ornamentado. Detrás de las columnas veíase un estanque de aguas quietas en el que se reflejaban los colores del cielo y la silueta de las plantas. De la cúpula salieron cuatro mancebos delgados con antorchas encendidas en las manos. Tenían el cabello bastante largo y vestían prendas muy ajustadas, en telas a rombos rojos y verdes, colocaron las antorchas sobre trípodes de madera oscura y volvieron al interior.

Un momento más tarde salieron seis hombres que lucían faldas negras y colocaron una mesa cuadrada en el centro exacto del pabellón. Se alejaron luego en fila al regresar los mancebos con sillas y un mantel de tela dorada con rayas marrones. En el centro de la mesa colocaron una maqueta en la que se reproducía perfectamente la Fuente de Myrtlesee en todos sus detalles, completa con la cúpula y el pabellón, y aun con la mesa en éste y cinco personas sentadas a su alrededor e iluminadas por velas diminutas.

Luego de haber puesto fuentes con comestibles y botellas de vinos de diversos colores, los mancebos fueron a situarse debajo de las antorchas encendidas.

Pasaron varios minutos mientras se acentuaban las sombras de la noche y en el cielo del Planeta Grande empezaban a lucir las estrellas. Una brisa suave llegó entre las columnas para mover levemente la llama de las antorchas.

Desde la cúpula llegaron voces y a poco se presentaron en el pabellón Mercodion, el Alto Sacerdote de Myrtlesee, y Charley Lysidder, Bajarnum de Beaujolais. El primero lucía sus ropajes más lujosos y una estola adornada con perlas y trocitos de metal. El Bajarnum vestía una chaqueta de grueso paño gris, calzones rojos y botas grises de cuero blando.

Detrás llegaron el Superior y dos nobles del imperio Beaujolais.

Lysidder hizo comentarios complacidos al observar la mesa, mirando con interés a los mancebos apostados bajo las antorchas. Después tomó asiento y se sirvieron los vinos y alimentos.

Charley Lysidder estaba de muy buen humor y Mercodion festejó esto riendo amablemente al oír sus jocosos comentarios. Cuando reinaba un momento de silencio, una joven arrancaba notas armoniosas a una flauta, cesando en ello no bien hablaba uno de los comensales.

Les sirvieron sorbetes helados en altos vasos de cristal y finalmente colocaron potes de incienso encendido frente a cada uno de ellos.

—Hablemos ahora del oráculo Claude Glystra —expresó entonces el Bajarnum—. Mi primera intención había sido interrogarlo por medio de la tortura, pero este otro procedimiento resultará más fácil para todos. Es un hombre de gran experiencia y amplios conocimientos, de modo que tendrá mucho que decirnos.

—Es una pena que sea tan breve la oportunidad de sondear su sabiduría.

El Bajarnum agitó un índice, apuntando con él al sacerdote.

—Mercodion, tendrás que tratar de que los oráculos vivan una vida más prolongada.

El Alto Sacerdote bajó la cabeza.

—Es como dices... Y ahora haré preparar al oráculo e iremos al Veridicarium.

El amplio hall estaba atestado de los sabios de negra vestimenta. Según lo ordenaba la costumbre, de noche no se usaban las capuchas; pero se expresaba el deseo característico de anular la individualidad en lo más posible por medio de una tela blanca que cubría la frente, la nuca y la barbilla.

Habíanse ordenado cánticos ceremoniales para la ocasión y había doce coros situados cada uno en una de las paredes.

El Bajarnum, Mercodion y su séquito entraron en el hall, fueron hacia los bancos frente al estrado del oráculo y tomaron asiento. Una joven de rostro serio y relucientes cabellos rubios apareció entonces por una de las entradas laterales y se detuvo un instante en el umbral, cruzando luego el recinto con lentitud, única mujer entre centenares de hombres, una paloma entre los cuervos. Todos los ojos siguieron su avance. Ella se detuvo frente al Bajarnum, mirándole con expresión extrañamente inquisidora. Mercodion inclinóse cortésmente y el Bajarnum sonrió con cierta frialdad.

—Siéntate.

Se borró la expresión interrogativa del semblante de la joven y el mismo tornóse inescrutable cuando tomó asiento junto al gobernante. Entre los espectadores hubo un leve rumor de voces. Sabíase que la mujer era la nueva servidora del Alto Sacerdote, y muchos miraron a este dignatario sin poder leer nada en su rostro.

Sonó de pronto la llamada de un gong y todos los ojos se volvieron hacia los personajes principales de la reunión. El Bajarnum pareció notar entonces el número de los allí congregados y dijo algo al Alto Sacerdote, quien asintió al tiempo que se ponía de pie.

—Despejad el salón. Idos todos.

Murmurando protestas se retiraron los sabios con lentitud. Sonó otra llamada y apareció el oráculo, flanqueado por dos prefectos y seguido por el Inculcador con su manto blanco y su gorro con orejeras.

El oráculo estaba ataviado con una prenda gris y roja y tenía la cabeza cubierta por un velo blanco. Marchaba lentamente, pero sin vacilaciones. Al llegar frente al estrado se detuvo y fue levantado hacia el asiento.

El silencio reinante era similar al que podría haber en una caverna bajo los hielos; no se oía ni siquiera la respiración de los allí reunidos.

Los prefectos tomaron los brazos del oráculo y el Inculcador se situó detrás de la víctima, retirando la jeringa de su gorro con la intención de clavarle la aguja en el cuello.

El Alto Sacerdote se levantó entonces de un salto, frunciendo el ceño, reluciente la mirada.

—¡Un momento! —ordenó con voz tonante.

—¿Sí, Mercodion?

—Retirad el velo de sobre la cabeza; el Bajarnum desea ver el rostro del hombre.

Vaciló un poco el prefecto, pero luego decidióse y retiró el velo que cubría la cabeza del oráculo, quien miró fijamente al Bajarnum.

—¡Vaya! —dijo sonriente—. Si es mi compañero de viaje, Arthur Hidders, traficante de cueros.

El Bajarnum hizo una leve inclinación de cabeza.

—La gente de aquí me conoce por el nombre de Charley Lysidder. Parece usted nervioso, señor Glystra.

Claude Glystra dejó escapar una risa aguda. La gran cantidad de vitaminas ingeridas había estimulado enormemente su sistema nervioso y vasomotor.

—Me hace usted un honor del que no me creo digno...

—Ya veremos, ya veremos —dijo Lysidder.

Los ojos de Glystra se posaron en Nancy, quien le miró un momento antes de apartar la mirada. Él frunció el ceño. Vista ahora así, junto al hombre que se hiciera llamar Arthur Hidders, la joven adquiría una nueva identidad que no le era desconocida.

—¡La Hermana del Socorro! —exclamó.

—En efecto —asintió el Bajarnum—. Muy buen disfraz, ¿verdad?

—Muy bueno... ¿pero por qué fue necesario?

—Un traficante de cueros y pieles podría acumular suficiente dinero terráqueo como para hacer el viaje al mundo paterno —explicó el Bajarnum con un encogimiento de hombros—. Pero difícilmente llevaría consigo a su talentosa secretaria.

—No hay duda que es talentosa.

Lysidder volvióse para contemplar a Nancy con cierta frialdad.

—Es una pena que se haya convertido en una herramienta de mi política; en realidad es hábil para cosas más elevadas... Pero ese estúpido de Abbigens hizo caer la nave demasiado lejos de Grosgarth y no tenía yo cerca a nadie que me sirviera. Sí, es una pena; ahora tendrá que buscarse otro protector. —Miró a Mercodion con expresión jocosa—. Imagino que no tendrá que buscar muy lejos, ¿eh, Sacerdote?

Se sonrojó el aludido, lanzándole una mirada de soslayo.

—Bajarnum, mis gustos son quizá tan exigentes como los tuyos.

Charley Lysidder se arrellanó en su asiento.

—No importa; puedo utilizarla en Grosgarth. Prosigamos con la ceremonia del oráculo.

—Continuad —ordenó Mercodion.

El Inculcador levantó la jeringa, clavó la aguja en el cuello de Glystra y presionó el émbolo. El prefecto le apretó más los brazos, preparándose para sus reacciones. Glystra notó que Nancy había bajado el rostro, mientras que el Bajarnum observaba el procedimiento con gran interés.

Una mano férrea atenaceó su cerebro; su cuerpo expandióse enormemente; sus brazos parecieron alargarse; sus pies se posaron en el fondo de un abismo y sus ojos fueron como dos largos telescopios que veían todo el mundo. La voz de Lysidder le llegó desde muy lejos.

—¡Ah, ahora se sacude! Ya le hace efecto.

Los prefectos le sostenían con la destreza de la larga práctica.

—¡Miren! —exclamó el Bajarnum—. Miren cómo se sacude... ¡Qué trabajo me ha dado este hombre! Ahora lo está pagando.

Pero Glystra no sentía dolor; había pasado los límites de las sensaciones humanas; estaba reviviendo «u vida, desde la concepción hasta el momento actual, revistando los acontecimientos de su existencia con mirada de super conocedor, a la manera de un inspector que observa una máquina. Al pasar frente a él cada concepto equivocado, cada error o idea fallida, la mano del inspector se tendía hacia abajo, arreglaba los acontecimientos de manera racional, con una nueva perspectiva y lo aclaraba todo.

Así pasó frente a él su infancia, luego sus primeros años en la Tierra, su entrenamiento en los planetas del sistema. El Planeta Grande apareció en el espacio y de nuevo sufrió el accidente en la Gran Cuesta, cerca de Jubilith; nuevamente inició el largo viaje hacia el este, recorriendo su ruta por el Bosque Psalombar, Nomadlandia, Edelweiss, el Río Oust, la Ciudad del Pantano, por la monolínea sobre el Páramo Hiberniano, Kirstendale, a través del desierto hacia la Fuente de Myrtlesee. El momento presente apareció ante sus ojos y avanzó hacia él como un tren que se lanza por un túnel. Una vez más recobró la conciencia, ya con toda su vida reordenada y sus conocimientos listos para aprovecharlos al máximo.

Llegó a sus oídos la voz del Alto Sacerdote.

—Ahora le ves con su cerebro purgado y lúcido. Ahora debes darte prisa, pues en pocos minutos se agotará su chispa vital y morirá.

Claude Glystra abrió los ojos. Su cuerpo estaba lleno de sensibilidad, cálido y fresco a la vez. Sentíase fuerte como un leopardo, ágil, lleno de potencia.

Miró a su alrededor, estudiando los rostros preocupados de los que se hallaban allí. Todos eran víctimas de sus deseos recónditos y de sus vicios. Nancy estaba muy pálida,

con los ojos humedecidos. La vio tal cual era; adivinó los motivos que la impulsaban.

El Bajarnum dijo en tono dubitativo:

—Parece perfectamente feliz.

—Es la reacción común —le informó Mercodion—. Durante un período muy breve están llenos de bienestar; después les falla la vitalidad y se extinguen. Aprisa si deseas informes.

Charley Lysidder habló entonces en alta voz.

—¿Cómo puedo comprar armas del Control de Armas del Sistema? —preguntó—. ¿A quién puedo sobornar?

Les miró Glystra y de pronto le pareció tan graciosa la situación que casi no pudo contener la risa.

—Pruebe con Alan Marklow —dijo como si impartiera un gran secreto.

El Bajarnum inclinóse hacia adelante sin poder contener su entusiasmo.

—¿Alan Marklow? ¿El presidente de la Junta de Control? —Se echó de nuevo hacia atrás, sonrojado el rostro—. De modo que se lo puede sobornar, ¿eh? ¡Canalla, hipócrita!

—Se lo puede sobornar lo mismo que a cualquier otro miembro de la junta —declaró Glystra—. Ese es el razonamiento en que se basa mi consejo. Si quiere sobornar a cualquiera de ellos la persona más indicada para intentarlo es la que está a cargo de todo.

El Bajarnum se quedó mirándole, mientras que Mercodion se erguía en su asiento, frunciendo el ceño.

—Según tengo entendido, quiere usted armas a fin de extender su imperio, ¿no? —dijo Glystra.

—Algo por el estilo —admitió Lysidder con cierta cautela.

—¿Cuál es el motivo que impulsa ese deseo?

El Alto Sacerdote levantó la cabeza, se dispuso a gritar una orden, lo pensó mejor y cerró la boca nuevamente. El Bajarnum reflexionó unos segundos.

—Deseo dar gloria a mi nombre, hacer de Grosgarth la ciudad imperial del mundo, castigar a mis enemigos.

—Ridículo. Inútil.

Lysidder se quedó asombrado y volvióse hacia Mercodion.

—¿Es ésta una manifestación usual?

—En absoluto —contestó Mercodion, quien no pudo contener ya su furia y se levantó de un salto—. ¡Responda sólo a las preguntas! ¿Qué clase de oráculo es que da evasivas, discute y deja aflorar el ego que debe haber adormecido la droga de la sabiduría? Le ordeno que obre con más docilidad, pues morirá dentro de dos minutos y el Bajarnum tiene mucho que saber.

—Quizá mi pregunta no fue bien hecha —dijo Lysidder, y volvióse hacia el prisionero—. ¿Cuál es el método más práctico para que adquiera yo armas de metal a bajo costo?

—Anótese en la Patrulla —respondió Glystra—. Le entregarán sin ningún gasto un cuchillo y una pistola de rayos.

Mercodion exhaló un profundo suspiro y el Bajarnum frunció el ceño. La entrevista no salía como esperaban. De nuevo hizo otra tentativa.

—¿Es probable que Central Tierra haga federar por la fuerza al Planeta Grande?

—Muy improbable —contestó Claude con toda sinceridad. Pensó entonces que ya era casi hora de morir y relajó los músculos, quedando acurrucado en la silla.

—Muy poco satisfactorio —refunfuñó Mercodion.

Lysidder se mordía el labio inferior, observando a Glystra con fingida ingenuidad. Nancy no sabia qué hacer, y a pesar de haberse agudizado sus sentidos y su inteligencia, Glystra no pudo adivinar sus pensamientos.

—Una pregunta más —dijo el Bajarnum—. ¿Cuál es la mejor manera de prolongarme la vida?

Sólo gracias a su gran voluntad pudo Glystra dominar la risa, y respondió con voz débil y melancólica:

—Permita al Inculcador que le inyecte como a mí la droga de la sabiduría.

—¡Bah! —exclamó Mercodion—. ¡Este individuo es insufrible! De no estar ya casi muerto juro que yo mismo le atravesaría... Realmente...

Pero el oráculo habíase desplomado sobre el estrado.

—Llévenselo —rugió el Alto Sacerdote. Se volvió acto seguido hacia Lysidder—. Un error imperdonable, Bajarnum. Si lo deseas, prepararemos otro oráculo.

—No —contestó Lysidder mientras observaba meditativamente el cuerpo de Glystra—. Sólo me pregunto qué habrá querido decir.

—Cosas sin sentido —gruñó Mercodion.

Miraron a los prefectos que se llevaban el cuerpo.

—Es extraño —musitó Lysidder—. Parecía lleno de vida; muy lejos de la muerte. Me gustaría saber qué quiso decir...

Por las sombras de la noche avanzaba un hombre llevando consigo el olor de la muerte. Cruzó la huerta a cargo de Zello, se introdujo en el pasaje y siguió silencioso hacia la calle.

No había nadie a la vista, por lo que se decidió a trotar al amparo de la oscuridad en dirección a la armería, viendo filtrarse la luz por entre las tablillas de los postigos.

A su llamado abrió Nymaster, quedándose inmóvil, con los ojos desorbitados. Otro que estaba adentro se acercó para mirar recelosamente por sobre su hombro. Era Elton, que también se quedó apabullado.

—Claude —pudo decir al fin—. Está... está...

Se le quebró la voz, impidiéndole continuar.

—Tenemos que darnos prisa —dijo Glystra—. Primero un baño.

—Necesita algo así —asintió Elton. A Nymaster le dijo—: Llene una bañera; traiga ropas.

El joven se retiró sin decir palabra.

—Me llevaron al depósito de cadáveres —explicó Glystra—. Al llegar el encargado, le salté encima y tuvo un desmayo. Aproveché la oportunidad para escapar por la pared.

—¿Le inyectaron esa droga de la sabiduría?

—En efecto, y fue toda una experiencia.

Mientras se bañaba relató a Elton y Nymaster su aventura en el hall de los oráculos.

—¿Y ahora? —preguntó Elton.

—Ahora le haremos una mala pasada a Lysidder.

Media hora después, luego de haberse deslizado por los jardines, miraron hacia un patio con piso de mármol en el que se hallaba el coche aéreo del Bajarnum. Un hombre de túnica escarlata y botas negras estaba apoyado contra el aparato. De su costado pendía una pistola de rayos.

—¿Qué opina? —preguntó Glystra por lo bajo.

—Si podemos robarlo, yo puedo pilotearlo —repuso Elton.

—Magnífico. Correré hacia el otro lado. Atraiga usted su atención.

Dicho esto desapareció.

Luego de aguardar dos minutos, Elton salió al patio con la pistola en alto.

—No se mueva —ordenó.

El guardián se irguió, parpadeando repetidas veces.

—¿Qué...? —empezó a decir.

Detrás de él apareció Glystra que le derribó de un golpe en la nuca. Apoderándose de

la pistola del individuo, Claude indicó a su amigo que se acercara.

—Vamos.

Poco después quedaba debajo de ellos la ciudad de Myrtlesee y Glystra reía lleno de entusiasmo.

—Estamos libres, Asa. Lo hemos logrado.

Elton tendió la vista hacia el espacio.

—No lo creeré hasta que veamos la Junta Terráquea.

Le miró Glystra con expresión de sorpresa.

—¿La Junta Terráquea?

—¿Se propone volar a Grosgarth? —exclamó Elton.

—No. Pero piense un poco. Estamos en situación envidiable; Charley Lysidder se encuentra sin recursos en la Fuente de Myrtlesee, privado de su coche aéreo, sin su radio para pedir otro si es que tiene más de uno.

—Le queda la monolínea —expresó Elton—. Es un medio de transporte bastante rápido y puede estar de regreso en Grosgarth al cabo de cuatro días.

—La monolínea. Exacto. La usará y allí lo capturaremos.

—Es más fácil decirlo que hacerlo. No se aventurará a salir si no va armado hasta los dientes.

—No lo dudo. Hasta es posible que envíe a otro a Grosgarth, pero eso sólo si tiene otro coche aéreo. Tendremos que asegurarnos. Según recuerdo, hay un punto en que la monolínea pasa debajo de un barranco; ése es el lugar más conveniente.

Elton se encogió de hombros.

—No me gusta abusar demasiado de la suerte...

—Ahora no necesitamos suerte; no somos los pobres fugitivos de antes y ahora sabemos lo que hacemos. Antes era el Bajarnum el que nos perseguía; ahora le perseguimos nosotros a él. —Glystra señaló con el dedo—. Allá, en aquel farallón rocoso. Nos instalaremos allí a esperar toda la noche. Mañana temprano, si decide partir, veremos a Lysidder pasar a toda vela. Querrá regresar a Grosgarth lo antes posible.

20 — VACANTE EN BEAUJOLAIS

Dos horas después del amanecer vieron un punto blanco que avanzaba sobre el desierto procedente del manchón verdoso que era la Fuente de Myrtlesee.

—Allí viene el Bajarnum —expresó Glystra con evidente satisfacción.

El funicular se acercó más y más, agitándose con la fuerza creciente del viento. Era un largo coche de carga, equipado con dos largas velas latinas, y se deslizaba por el cable con la gracia de un cisne sobre el agua mansa.

Con gran zumbido de ruedas pasó debajo de ellos el aparato para desviarse hacia el oeste. Sobre la plataforma viajaban cuatro hombres y una mujer; eran Charley Lysidder, tres nobles de Beaujolais y Nancy.

Glystra quedóse mirando el vehículo que se perdía a la distancia.

—Ninguno de ellos parecía muy complacido.

—Pero todos llevan pistolas de rayos —señaló Elton—. Será riesgoso acercárseles.

—No pienso acercarme —repuso Glystra al ponerse de pie para marchar hacia el coche aéreo.

—No me molesta seguirle si sé lo que se propone —gruñó Elton—. Pero, en mi opinión, creo que lleva demasiado lejos su audacia de seudo superhombre.

Glystra se detuvo súbitamente.

—¿Realmente doy esa impresión? —contempló meditativamente el verde paraíso que era la lejana Myrtlesee—. Tal vez es el estado normal de la psiquis luego de un shock semejante.

—¿Cuál es el estado normal?

—La introversión, la egocentricidad. —Exhaló un suspiro—. Trataré de reajustarme.

—Quizá me convenga a mí también una dosis de ese veneno.

—En eso estaba pensando. Pero ahora... ¡a atrapar a Lysidder!

Subió entonces al coche aéreo y partieron hacia el oeste por sobre las retorcidas colinas pedregosas, dunas de arenas blancas, la meseta rocosa, el cantil del gran farallón.

La monolínea, al elevarse hacia el cantil del farallón, describía una vasta curva, dibujando una raya en el cielo. Glystra desvióse hacia el este, voló un kilómetro más allá de la plataforma del fondo y fue a aterrizar bajo uno de los soportes.

—Aquí violaremos el primero de los mandamientos de Osrik, pues cortaremos el cable. Más aún, nos llevaremos treinta metros de línea, el largo entre dos de los soportes.

Trepó por uno de los postes y cortó la cuerda, mientras Elton hacía lo mismo a treinta metros de distancia.

—Ahora la doblamos y la atamos al armazón de abajo.

Así lo hicieron.

—Bueno, volvamos al punto más bajo.

Regresaron a la plataforma desde la que la monolínea subía al cantil del farallón. Glystra posó el coche aéreo a la sombra de la plataforma y saltó sobre la misma.

—Páseme uno de esos extremos de debajo del coche.

Elton le arrojó uno de los extremos de la cuerda.

—Ahora nos ataremos a la monolínea.

—¡Ah! —exclamó Elton—. Empiezo a entender. Esto no le gustará al Bajarnum.

—No le consultaremos... Suba al coche, por si el peso de la monolínea empieza a arrastrarlo... ¿Listo?

—Listo.

Glystra cortó el cable un metro más allá del primero de los sostenes. Vibró la monolínea al curvarse más hacia abajo y perderse de vista. El coche aéreo servía ahora de sostén de la misma.

Glystra se unió a su amigo en el vehículo.

—Les doy una hora; menos si continúa el viento.

Pasó el tiempo mientras que Fedra se alzaba más y más en el cielo azul del Planeta Grande. Entre los matorrales algunos salvajes albinos merodeaban espiando. Insectos semejantes a anguilas con una docena de alas pasaban volando por el aire y rozaban las ramas espinosas. Enormes sapos rosados con ojos sobre largas antenas saltaban entre las rocas. En la parte superior del farallón apareció un punto blanco.

—Allí vienen —anunció Elton.

—Les espera la sorpresa de sus vidas —repuso Claude. El punto blanco pasó por sobre el borde y empezó a descender la larga curva.

—Me gustaría verle la cara al Bajarnum —rió Glystra.

Acto seguido tocó la palanca de mando y el coche elevóse de detrás de la plataforma, ascendió por el aire hasta la altura del cantil. El funicular siguió hasta lo más bajo del arco, aminoró su avance y quedó suspendido. Los cinco puntos negros que eran sus pasajeros se movían de un lado a otro sin saber qué hacer.

Glystra voló por sobre el coche hasta la plataforma en lo alto del farallón y se asentó sobre ella. Aseguró luego el otro extremo del cable a su aparato, cortó la parte atada al sostén y el coche quedó así suspendido del vehículo volador.

—Allí tiene al Bajarnum de Beaujolais, atrapado en debida forma sin que le hayamos puesto la mano encima —expresó, mirando hacia abajo.

—Todavía tienen sus armas —aclaró Elton—. Dondequiera que los dejemos, corremos peligro de que nos despachen, aunque los llevemos a la Junta.

—Ya lo he pensado. Un baño en el lago refrescará a nuestro amigo Lysidder al mismo tiempo que deja sin efecto sus pistolas de rayos.

De pie sobre la playa arenosa del lago, el Bajarnum chorreaba agua y se mordía los labios de rabia. Sus tres nobles acompañantes habían logrado mantener su dignidad aun empapados como estaban, y Nancy tenía el mojado cabello adherido a las mejillas y el rostro tan blanco como el mármol.

Al verla temblar de frío, Glystra le arrojó su capa. La joven se la puso sobre los hombros y, dándoles la espalda, quitóse las ropas empapadas.

—Ahora suban de a uno al coche aéreo —ordenó Glande, apuntándoles con la pistola—. Elton les registrará para ver si tienen cuchillos, ganchos y otras armas similares. Usted primero —dijo al Bajarnum.

Uno por uno pasaron frente a Elton, quien se apoderó de tres dagas, las pistolas mojadas y un saquito lleno de veneno.

—Vayan hacia popa, caballeros —ordenó Glystra entonces.

—Me vengaré aunque tenga que vivir doscientos años para ello —gruñó el Bajarnum por lo bajo.

—Ahora dice tonterías —rió Glystra—. La venganza quedará a cargo de los cien mil hombres y mujeres que ha vendido como esclavos.

El otro parpadeó al mirarle.

—No ha habido tal número —negó.

—Bueno, no importa. Cien o cien mil, el crimen es el mismo.

Dicho esto, instalóse junto a Elton, mirando a sus cinco prisioneros. Vio entonces que las emociones de Lysidder se revelaban claramente en su rostro; al Bajarnum dominábale una rabia feroz, a pesar de que se esforzaba por contenerse. Los tres nobles mostrábanse igualmente melancólicos y aprensivos. ¿Y Nancy? El semblante de la joven denotaba una especie de trance, como si sus pensamientos estuvieran muy lejos, pero no se veía en ella el temor, la ira ni la duda.

He aquí, pensó Glystra, el conflicto de las múltiples personalidades de esta mujer; ha

estado en guerra consigo misma, se vio atrapada en un torrente demasiado impetuoso para resistirlo; ahora se somete con alivio. Se siente culpable y espera el castigo con alegría.

—Vamos —ordenó a Elton—. ¿Le parece que podrá hallar la Junta?

—Así lo espero —repuso el otro, tocando el tablero de instrumentos—. Podemos guiarnos por la onda radial una vez que estemos del otro lado del planeta.

—Magnífico.

El coche aéreo elevóse en el aire, partiendo hacia el oeste y poco después desaparecía el lago de la vista.

Lysidder se estrujó el ruedo de la capa mojada. Había recobrado parte de su aplomo y habló ahora en tono meditativo.

—Creo que me confunde usted, Glystra. Es verdad que he vendido siervos famélicos, pero sólo como medio para llegar a un fin. Es verdad que no parece una cosa agradable, ¿pero acaso no murió mucha gente antes que se federara la Tierra?

—¿Entonces su ambición es federar al Planeta Grande?

—Exacto.

—¿Con qué fin?

El Bajarnum se quedó asombrado.

—Pues... —contestó—. ¿No se conseguiría así que hubiera paz y orden?

—No, claro que no... y usted debe saberlo muy bien. El Planeta Grande jamás podría unificarse por medio de la conquista, nunca por un ejército de Beaujolais montado en zipangotes y jamás durante lo que le queda a usted de vida. Dudo que le interese la paz y el orden. Ha empleado su ejército para invadir y ocupar Wale y Glaythree, ambos países de labriegos pacíficos, mientras que los gitanos y los Rebbirs andan por todos lados, saquean y matan a voluntad.

Se volvió Nancy para mirar dubitativamente al Bajarnum, mientras que éste se atusaba los mostachos.

—No —dijo Glystra—. Sus conquistas las motiva la vanidad y el egoísmo. Usted no es otra cosa que Atman el Azote con ropas más vistosas.

—Puro palabrerío —fue la respuesta desdeñosa—. Las comisiones terráqueas llegan y se van; el Planeta Grande se las traga a todas. Se ahogan como ratas en el Océano Batzimarjian.

Sonrió Claude.

—Esta comisión, o lo que queda de ella, es diferente. Insistí en que se me dieran plenos poderes antes de aceptar el encargo, de modo que no necesito recomendar, sino dar órdenes.

El Bajarnum frunció el ceño como si hubiera tragado algo feo.

—Suponiendo que fuera verdad todo eso, ¿qué haría usted?

—No lo sé. Tengo ideas, pero no un programa. Una cosa es segura: la matanza y el tráfico de esclavos deben terminar.

—¡Ah! Así que llamará las naves de guerra de la Tierra, matará a los gitanos, a los Rebbirs, a los nómadas, a los de las estepas y a todas las tribus vagabundas del Planeta Grande; erigirá un imperio terráqueo donde yo habría erigido un reino de Beaujolais.

—No. Es evidente que no capta usted lo importante del problema. No se puede imponer la unidad a los pueblos de este planeta como no se puede formar una sociedad de hormigas, gatos, peces, monos y elefantes. Pueden pasar mil años antes que el Planeta Grande tenga un gobierno único. Y un planeta gobernado desde la Tierra sería poco conveniente, costoso y arbitrario... casi tan malo como un imperio de Beaujolais.

—¿Qué piensa hacer entonces?

—Formar organizaciones regionales, pequeños cuerpos de guardia por distritos...

El Bajarnum dejó escapar un resoplido.

—Todo el mismo sistema decrépito de la Tierra. En cinco años los gobernantes regionales se convertirían en pequeños tiranos, los jueces solicitarían soborno y los políticos de cada sector tratarían de crear por la fuerza una uniformidad imposible en comunidades completamente dispares.

—En eso es en lo que debemos tener cuidado —admitió Glystra.

Miró por la ventanilla hacia el paisaje bañado de sol, observando el amplísimo panorama, las montañas, los verdes valles, los ríos y las planicies inmensas.

Al oír un grito ahogado se volvió para ver a dos de los nobles que se hallaban de pie, listos para saltarle encima. Levantó la pistola y los dos individuos volvieron a sentarse.

Lysidder profirió una palabra que no alcanzó a oír, y Nancy dejóse caer sobre su asiento, a un costado.

Hubo un silencio de diez minutos y al fin dijo Lysidder en tono áspero:

—¿Y puedo preguntarle lo que piensa hacer con nosotros?

Glystra volvió a asomarse a la ventanilla.

—Se lo diré dentro de un par de horas.

Volaron sobre un mar salpicado de islas, un desierto grisáceo, una cadena de montañas altísimas y una región en la que se veían muchísimas viñas.

—Creo que aquí es bastante lejos —anunció Glystra—. Descienda, Asa.

El coche aéreo tocó tierra. Charley Lysidder se echó hacia atrás.

—¿Qué va a hacer? —preguntó.

—Nada. Les dejo en libertad. Pueden tratar de volver a Groagarth si lo desean, aunque dudo que lo consigan. Si se quedan aquí, tendrán que trabajar para vivir, y ése es el peor castigo que podría sufrir usted.

Lysidder y los tres nobles saltaron a tierra de mala gana. Nancy quedóse a un costado y el Bajarnum le hizo una señal perentoria.

—Tengo mucho que decirte.

Nancy miró a Glystra con la desesperación pintada en el rostro.

—¿No me dejarías en otra parte?

Glystra cerró la portezuela.

—Arriba, Asa —ordenó. Volviéndose hacia Nancy, le dijo—: No voy a dejarte en ninguna parte.

Lysidder y sus tres compañeros se convirtieron a poco en tres figuras diminutas inmovilizadas en tierra. Lysidder levantó de pronto un brazo, agitando el puño furiosamente. Glystra sonrió al verlo.

—Ahora no existe ya el Bajarnum de Beaujolais —dijo—. Hay una vacante, amigo Elton. ¿No quiere el puesto?

—Creo que no sería mal rey... Ahora que lo pienso —continuó el otro—, siempre he querido tener un bonito dominio feudal en una región fértil... Bueno, anote mi nombre para el puesto.

—Desde ya es suyo.

—Gracias. Mi primer acto oficial será limpiar la Fuente de Myrtlesee, esa cueva de farsantes. ¿O mi imperio no llega tan lejos?

—Si quiere Myrtlesee, tendrá que aceptar el desierto Palari y a los Rebbirs que lo habitan.

—No, no. Trace el límite a lo largo del Río Oust —repuso Elton—. No quiero demasiadas complicaciones.

Continuaron el viaje en silencio, observando el panorama de abajo. Al fin le resultó imposible a Glystra seguir ignorando a la joven silenciosa que se hallaba a popa. Descendiendo de la plataforma de mando, se sentó a su lado.

—Por mi parte —dijo roncamente—, estoy dispuesto a creer que fuiste una cómplice

involuntaria y me ocuparé de que...

Le interrumpió ella en voz baja y apasionada.

—Jamás podré hacerte creer que trabajamos para lograr los mismos fines.

Sonrió él con cierta pena al recordar el viaje desde Jubilith. Darrot, Ketch, Pianza, Bishop... todos muertos, si no por mano de ella, por lo menos con su connivencia.

—Sé lo que piensas —dijo la joven—. Pero déjame hablar y luego puedes arrojarme donde quieras, aun en medio del océano. Los gitanos quemaron mi casa con todos los que estaban dentro —continuó quedamente—. Era verdad lo que te conté. Yo me fui a Grosgarth y Lysidder me vio durante el Festival del Verano. Estaba llevando a cabo una campaña contra el mundo exterior, y en sus palabras creí ver el método de convertir el Planeta Grande en un lugar seguro y exterminar a malvados como los gitanos. Él me llamó a su servicio y no me negué. ¿Qué mujer puede negarse a un emperador? Me llevó a la Tierra y durante el trayecto de regreso nos enteramos de tus planes. Al parecer no proyectabas tú otra cosa que la persecución de Charley Lysidder. Yo estaba amargada contra la Tierra y su gente. Ellos vivían en medio de la riqueza y la seguridad mientras que en el Planeta Grande, los descendientes de los terráqueos eran víctimas del asesinato y las torturas, ¿Por qué no podían ayudarnos?

Glystra se dispuso a hablar, pero le interrumpió con un ademán.

—Ya sé lo que vas a decir: "La Tierra puede ejercer su autoridad sobre un ámbito limitado del espacio. El que rebase esos limites renuncia a la protección de que gozan los del sistema". Esto podría haber valido para los primeros que salieron de la Tierra, pero parece una crueldad castigar a los hijos de los que se alejaron así al principio... Y me pareció que, además de no hacer nada por ayudarnos, también querían obstaculizar la acción de Charley Lysidder, el único de los nuestros que tenía un poco de visión y podía Hogar a unirnos. Por eso tuve que luchar contra ti, aunque me dolió muchísimo, pues... llegué a quererte.

—¿Por qué no luchaste contra mí en debida forma? —preguntó él.

—No pude hacerlo —se estremeció la joven—. Y he vivido torturada... No sé cómo no llegaste a sospechar de mí.

—Ahora que lo pienso, me parece que lo supe desde el principio, pero me resistí a creerlo —expresó él en tono meditativo—. Hubo un centenar de indicios. Los soldados de Morwatz nos tenían atados e indefensos, y tu te negaste a soltarnos hasta que saltó a la vista que los de Beaujolais estaban muertos y se acercaban los gitanos. Pensaste que los insectos de la Puente cantaban como pájaros, pero no hay pájaros en el Planeta Grande. Y cuando mataron a Bishop...

—No tuve nada que ver con eso. Traté de escaparme hacia la cúpula y él me siguió, pero lo sorprendieron los sabios que lo degollaron.

—¿Y Pianza?

La joven meneó la cabeza.

—Los traficantes ya lo habían matado. Yo les impedí que terminaran con todos los demás; pero les dejé llevarse los coches de la monolínea porque pensé que si te decidías a regresar a Kirstendale, viviríamos felices y seguros... —Lo miró con expresión dolorida—. No crees una sola palabra de lo que te digo.

—No; por el contrario, lo creo todo... Ojalá tuviera yo tu coraje.

Desde la plataforma de mando les llegó la voz de Elton.

—Ustedes dos están empezando a fastidiarme. Dense un abraco y terminen de una vez.

Glystra y Nancy guardaron silencio. Al cabo de un rato dijo él:

—Tenemos muchas cosas que terminar... En nuestro camino de regreso bajaremos a Kirstendale y contrataremos a Sir Roger Fayne para que se enganche a un coche y nos

lleve a pasear por la ciudad.

—Cuenta conmigo —dijo Elton—. Llevaré un látigo bien largo.

FIN